

| RESEÑAS IBEROAMERICANAS

253

RESEÑAS IBEROAMERICANAS

LOURDES ALBUIXECH / MARCELLA TRAMBAIOLI / JOSÉ ELÍAS GUTIÉRREZ MEZA / ANTJE DREYER / ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ / CARLOS GARCÍA / LUIS GALVÁN MORENO / BORJA CANO VIDAL / WILFRIDO H. CORRAL / AN VAN HECKE / PAULO ANTONIO GATICA COTE / VERENA DOLLE / DANIEL MESA GANCEDO / CAMILO DEL VALLE LATTANZIO / CAROLYN WOLFENZON / LETICIA A. MAGAÑA / ÁNGEL VIÑAS / JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA / NINO VALLEN / THOMAS FISCHER / MARGARITA GARRIDO / FREDERIK SCHULZE / JOBST WELGE / MARCIO ORSOLINI / SEBASTIAN PATTIN / FREDERIK SCHULZE / ANTONY P. MUELLER / CAROLINA TAMAYO ROJAS / LAURA RIVERA REVELO / VEIT STRASSNER / KERSTIN SCHMIDT

1. LITERATURA IBÉRICAS: HISTORIA Y CRÍTICA

Rogelio Reyes Cano: *Los locos de Cervantes y otros estudios literarios*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2016 (Serie Literatura, 143). 587 páginas.

Son dos los motivos que han impulsado al autor a recoger en un volumen trabajos tan diversos y al mismo tiempo tan ligados conceptualmente por el interés sevillano que trasluce en varios de ellos: por un lado, el afán de difundir muchas de las reflexiones derivadas de una vida de continuo *docere, studere et discere* llegado el momento de retirarse de las aulas. Por otro, su inagotable empeño en regalar a estudiosos e interesados en la literatura española en general e hispalense en particular con una serie de textos que puedan, de acuerdo al conocido ideal literario horaciano, enseñar deleitando (*prodesse et delectare*) o servir de acicate a futuros trabajos de investigación.

Aparte de las secciones preliminares (prólogo y procedencia de los artículos contenidos en el volumen) y posliminares

(una rebotante lista de publicaciones del autor, que da buena cuenta de su fecunda labor académica) del libro, se nutre el mismo de siete haces de trabajos agrupados temáticamente.

La primera parte, “De locos y locuras literarias”, es la más extensa. Incluye seis trabajos, cinco de los cuales tienen por enfoque principal el riguroso rastreo de características formales y conceptuales de la ambivalente y polimórfica “literatura del loco”, galvanizada por el humanismo renacentista, en la creación de autores consagrados –Cervantes y Castillejo– y de figuras menos conocidas –los locos sevillanos Amaro Rodríguez y Juan García– de la época áurea. El último capítulo del apartado traslada al lector al “fin de siglo” y está orientado al comentario de la locura lúcida del arquetipo valleinclanesco de la bohemia, Max Estrella, que tanto debe al bohemio real Alejandro Sawa y, “con mayor o menor conciencia literaria” (p. 160), al paradigma de la “literatura del loco” o “literatura

bufonesca”. Es entonces este subgénero literario de gran solera el hilo conductor que eslabona los seis textos compilados en el apartado que abre el libro y que sirve de base al título del volumen. El perspicaz uso de esta modalidad literaria como clave interpretativa de obras tan dispares como el *Quijote*, las diferentes composiciones poéticas de Castillejo, los “Sermones” del loco Amaro, los dichos agudos y facecias de dementes áureos dispersos en bocas y escritos de tanta gente, o *Luces de bohemia*, pone de relieve la ubicuidad del género así como la urgencia de revisar otras obras a la misma luz para “ir fijando con ponderación [la] fortuna y límites [de dicho género]” (p. 66).

Las tres partes que siguen recogen, respectivamente, estudios sobre Gustavo Adolfo Bécquer, Juan Ramón Jiménez y Luis Cernuda. Dos trabajos sobre las rimas becquerianas subrayan la modernidad e instinto renovador del poeta, en primer lugar, por valerse del sueño como fuente en varios de sus poemas, y, en segundo lugar, por la finura y originalidad con que sabe fundir lirismo popular (cantares del arte flamenco y populares escuchados desde su niñez y adolescencia sevillanas) y culto (poesía culta) en algunas de sus realizaciones literarias.

Son cuatro los trabajos de tema juanramoniano recogidos en el apartado dedicado al poeta onubense. En casi todos ellos se destaca el papel protagonista de lo sevillano y, de manera más general, de lo andaluz, en su vida y obra poética, si bien el tercer estudio resalta el desconocimiento en que aún dormita buena parte de la producción prosística juanramoniana, debido en gran medida a la escasez de edicio-

nes de rigor filológico existentes de estos textos, vacío que, como remarca Reyes Cano, se comienza a suplir con la edición de la prosa poética del moguerense a cargo de Javier Blasco Pascual y Teresa Gómez Trueba publicada por Espasa-Calpe en 2005. Aprovecha Reyes Cano la oportunidad, a la par que elogia dicha edición e invita a decir más del complejo corpus textual juanramoniano, para aportar algunos detalles sobre escritos de prosa lírica concretos del poeta, producidos a lo largo de toda una vida consagrada a la creación literaria (así, los conjuntos o proyectos prosísticos conocidos bajo los marbetes de *Primeras prosas*, *Libros de Moguer*, *Libros de Madrid*, *Espanoles de tres mundos* —que agrupa sus retratos líricos—, *Viajes y sueños* y varios de sus libros de prosa lírica que habían quedado sueltos hasta la publicación de la susodicha edición).

Cabe mencionar el admirable arte de Reyes Cano a la hora de alternar el relato personal con la investigación, rasgo que describe a la perfección no solo este, sino todos los apartados del libro. En especial, la evocación de su emoción, siendo aún adolescente, al presenciar el cuerpo muerto de Juan Ramón a su paso por Sevilla en 1958, rememorada hasta la saciedad en los capítulos contenidos en este apartado y aun en algunos de otras secciones (como el dedicado a las azarosas relaciones entre Cansinos Assens e Isaac del Vando), sirve no solo para desatar algunos de los pasajes más líricos de la prosa del propio Reyes Cano, sino también como fulcro al análisis de la vida y obra del insigne poeta moguerense. Toca Reyes Cano en estos capítulos, además, temas de interés como el papel decisivo que tuvo el Ateneo sevillano en la formación lírica del poeta, insti-

tución de corte liberal y progresista donde se familiarizó con la poesía becqueriana y “respiró también una pasión por la literatura popular” (p. 229), o la compleja noción de Andalucía como categoría ética y estética que se fraguó en la mente de Juan Ramón en parte a raíz de sus experiencias vitales y en parte como rectificación al castellanismo imperante del 98 y como rechazo al pintoresco “andalucismo” del Romanticismo.

Bajo el epígrafe “Luis Cernuda”, engloba Reyes Cano cuatro textos. En el primero ofrece su visión personal en referencia a las relaciones entre Cernuda y Sevilla, ciudad natal que el poeta abandonará para siempre en 1928 y que asoma a sus textos en una forma contradictoria que “hace pensar [...] en una peculiar relación de amor y odio, en una íntima y paradójica ambivalencia frente a Sevilla” (p. 312). Como bien observa Reyes Cano, con el correr de los años la ciudad va perdiendo su semblante real y Cernuda recupera por la palabra una Sevilla estilizada y reinventada, enteramente abstraída del tiempo. Ya en este trabajo se refiere Reyes Cano al conflicto existencial, entre eternidad y temporalidad, que llevó al poeta a varios “exilios interiores” a lo largo de su vida, de los que Sevilla fue el primero. Retoma esta idea en los dos capítulos consecutivos, donde se repiten *verbatim* algunas reflexiones del primer texto del apartado, aunque matizadas y bastante ampliadas. Se trata en el segundo trabajo de acercarse a los exilios físicos cernudianos pero “desde la perspectiva de la historia interna del propio poeta” (p. 324) para examinar a fondo el sentimiento elegíaco o de pérdida del “tiempo sin tiempo”, el momento anterior a la adquisición de la

conciencia de la temporalidad, un estado espiritual que Cernuda trata de recuperar en poemas como “Jardín antiguo”, del que existen dos versiones, o en “Luna llena en Semana Santa”. Como señala Reyes Cano, la asociación entre la felicidad pretemporal infantil y adolescente y el marco natural arcádico en que se vivió ese estado encuentra modelos en la tradición clásica, pero sobre todo en poetas leídos en la juventud, como Bécquer y Antonio Machado, y en la estética modernista de tantos creadores (Darío, Valle-Inclán, Juan Ramón...). El reencuentro con la Arcadia infantil, con la sensación de eternidad, se produce al llegar Cernuda a México en 1949. Deja constancia de ello, como explica Reyes Cano, en *Variaciones sobre tema mexicano*.

El orden de impresión de los capítulos no refleja el orden en que fueron escritos estos trabajos. Así, en realidad, el tercero de los capítulos de tema cernudiano se fraguó con anterioridad a los primeros dos, y es por ello que resulta casi una tautología de ciertas secciones del segundo, a las que sirve de cimiento. Lo que, a mi parecer, resulta de mayor interés en el tercer capítulo es la minuciosa exégesis del *dictum* latino *Et in Arcadia ego* con que termina Cernuda su “Luna llena en Semana Santa”. Además de aventurar las posibles fuentes pictóricas que pudo tener en cuenta el poeta a la hora de valerse de la expresión, Reyes Cano traduce el adagio poniendo de relieve una sutil referencia al pasado, “[Recordad] que también yo estuve en la Arcadia” (p. 356), traducción novedosa que ayuda a esclarecer el sentido último del poema.

El capítulo de cierre a este apartado es una ramificación del capítulo de arran-

que al mismo. La postura ambivalente de Cernuda con respecto a Sevilla se observa, asimismo, en las declaraciones del poeta con respecto al teatro de los hermanos Álvarez Quintero, que van desde la cautelosa descalificación de dicho teatro, a su justa, sopesada y rectificadora valoración. Como explica convincentemente Reyes Cano, la desaprobación inicial del teatro de los dramaturgos utreranos parece obedecer más a “oportunismo ideológico” que a la intención de definir abiertamente sus gustos personales (p. 363). De ahí que reconsidere el teatro regionalista y costumbrista de los Álvarez Quintero, pasada ya la “efervescencia ideológica de la España republicana en plena Guerra Civil” (p. 369), y lo juzgue en su justa medida. La admiración personal que a la postre acaba revelando Cernuda por la obra de estos comediógrafos andaluces se manifiesta también en los ecos formales, poco estudiados hasta ahora, que los escritos de los Álvarez Quintero dejaron en la única comedia acabada de Cernuda, *La familia interrumpida*.

La quinta parte del libro, bajo el epígrafe “Andalucía y Sevilla”, recoge dos capítulos dedicados, el primero, a repasar las aportaciones de diferentes autores, en su mayoría andaluces, al paradigma de las ruinas de la Antigüedad, particularmente las de Itálica, a partir del humanismo renacentista y hasta el siglo xx. El segundo, a las estampas literarias que la albarrana Torre del Oro y otros encantos, pero también lacras, de la urbe sevillana han suscitado en escritores y poetas desde el periodo andalusí hasta el siglo pasado.

Una sexta gavilla titulada “Escritores de mi entorno”, reúne siete trabajos que versan sobre diferentes aspectos de

la vida y obra de varios artistas sevillanos. El primero trata de las complicadas relaciones entre dos amigos sevillanos, un tiempo adeptos del Ultraísmo, cuyo compañerismo terminó rompiéndose como muestran los numerosos dictérios que Cansino Assens le dedicó posteriormente a Del Vando-Villar en varias ocasiones. El segundo da cuenta de la propensión que ostentó Rafael Lasso de la Vega a la automixtificación, como se ve al examinar la suerte de su poema inédito “Toits”, que Lasso envió a su paisano sevillano y ultraísta Del Vando afirmando haber aparecido esta composición en la edición francesa de *Galerie de glaces*, edición que nadie ha podido encontrar. Dedicamos los siguientes tres capítulos, primero, a examinar la novela *La ciudad*, de Manuel Chaves Nogales, a quien Reyes considera el mejor periodista sevillano (p. 476); segundo, a la pasión poética que la obra becqueriana despertó en Rafael Montesinos, pasión que halla reflejo en las referencias a Bécquer con que el lector tropieza en su lectura de diversos poemas de Montesinos; y tercero, a prestar homenaje al escritor gaditano afincado en Sevilla, Francisco Pleguezuelo, con motivo de la publicación póstuma de su *Obra completa* que Reyes Cano ha sido invitado a presentar.

El apartado culmina con textos destinados a reseñar dos poemas del autor sevillano Jacobo Cortines, *Carta de junio* y *Nombre entre nombres*, obras ambas de andadura sosegada donde se palpa el eco de las abundantes y personalísimas lecturas del poeta.

En “Filólogos en mi recuerdo”, última parte del libro antes del extenso y notable expediente académico de Reyes

Cano, el lector encuentra seis emotivos y sentidos homenajes a maestros, compañeros y amigos, todos ellos filólogos admirables ya fallecidos: Francisco López Estrada, Francisco Márquez Villanueva, Klaus Wagner, Manuel Gil Esteve, Rafael de Cózar y, como no podía ser menos, su propio hermano, José María Reyes Cano. Obsequias redactadas con gran delicadeza, con un lenguaje que resulta unas veces campechano y otras primorosamente lírico, pero siempre llano, donde al registro cronológico y preciso de momentos en la trayectoria biográfica de cada una de estas figuras se unen tiernas e íntimas remembranzas que, en más de una ocasión, harán al lector esbozar una sonrisa.

A pesar de la variedad de figuras y obras que se exploran en el volumen, existe un encordamiento temático que une unos apartados con otros. Así, muchos capítulos vuelven sobre autores tratados en partes precedentes para aquilatar su influencia en las páginas de creadores posteriores. Otro tema sobre el que se insiste es en la modernidad inherente a la obra de algunos autores al desentrañar aspectos clave de la realidad —Cervantes constata a través de innumerables contradicciones la ambigüedad de la realidad (p. 51); Bécquer evidencia la esencialidad del sueño en la existencia humana (p. 192)—. Se ahonda también en el maridaje entre lo culto y lo popular apreciable en Cervantes, Bécquer, Juan Ramón, Cernuda, ... Por último, en todos los trabajos se vislumbran, finalmente repujados, los relieves de Sevilla y Andalucía. Este engranaje de ideas en el discurso académico de Reyes Cano deja de manifiesto, por un lado, su erudición en una diversidad de asuntos tocantes a

la literatura española de todos los tiempos, y, por otro, su interés en recalcar la continuidad consustancial a la actividad literaria, patente en el eco imborrable de voces pasadas en la producción de todo lector/creador.

La redundancia de ideas y pasajes a la que ya nos hemos referido, que resulta insoslayable en el quehacer académico de todo investigador y que se explica en parte por tratarse de una colección de trabajos de naturaleza diversa (ponencias, artículos, mesas redondas, disertaciones académicas, homenajes, etc.) forjados por el erudito sevillano en el transcurso de décadas de docencia e investigación, no deslucen el valor de las ideas, la frescura con que se rememoran y dan a conocer tantas anécdotas y detalles, la riqueza expresiva y facilidad de palabra que hacen de *Los locos de Cervantes y otros estudios literarios* una colección de ensayos de lectura amena e iluminativa, fanal que posiblemente guiará muchos otros estudios literarios en el futuro. Hace falta, y con ello termino, cuidar más la labor de revisión, para evitar no solo errores tipográficos, sino también equivocaciones en la numeración de notas a pie de página (por ejemplo, hay una misteriosa nota 28 carente de pie en la página 116), o erratas como la que lleva a escribir la palabra “inteligencia” con “g” y “j” en dos instancias de la transcripción de un poema juanramoniano de *Eternidades* (177), cuando debería respetarse la peculiar ortografía del poeta, que optaba por usar la “j” en palabras con “ge” y “gi”.

LOURDES ALBUIXECH
(SOUTHERN ILLINOIS UNIVERSITY,
CARBONDALE)

María Asunción Flórez Asensio: *Músicos de compañía y empresa teatral en Madrid en el siglo XVII*. Kassel: Edition Reichenberger 2015 (DeMusica, 22, 23). 2 vols., vii + 821 páginas.

La autora, musicóloga y cantante, se propone arrojar alguna luz sobre los músicos de las compañías teatrales de Madrid en tanto que grupo concreto de profesionales de la música que “muy pronto tomó conciencia de que su ocupación no era solamente un oficio sino también un ‘arte’” (p. 15).

La primera parte del trabajo consiste en una puntual y documentada reconstrucción de la vida teatral madrileña entre la segunda mitad del siglo XVI y el siglo XVII, echando mano de la cuantiosa bibliografía a disposición sobre los corrales de comedias y su funcionamiento, la aparatosa puesta en escena de los autos sacramentales, las representaciones cortesanas y sus espacios teatrales (jardines, patios, salones, el Real Alcázar, el Salón Dorado, el Buen Retiro, el Coliseo), sin dejar de lado las cuestiones administrativas, económicas y la reglamentación de la articulada y riquísima actividad teatral de la Villa y Corte. Cabe apuntar que este capítulo no deja de ser una reiteración de todo lo dicho por las fuentes documentales y críticas utilizadas. De paso, cabe subrayar también un llamativo olvido por parte de Flórez Asensio, quien, al subrayar que Lope de Vega “es uno de los más hábiles empleadores de la música en el teatro” (p. 5), omite mencionar *La selva sin amor*, primera ópera en lengua castellana del Fénix, representada ante los reyes en 1627.

De las compañías de representantes la autora empieza concretamente a tratar a

partir de la p. 162, a propósito de sus ingresos por su participación en el Corpus de la capital –que a menudo eran insuficientes, obligando a los actores a aprovechar el sistema de “ayuda de costa”– así como por las puestas en escena –particulares o fiestas– ante los reyes.

El segundo capítulo se centra en la organización del teatro profesional hispano, documentada ya en relación con la presencia de los cómicos *dell’Arte*, que ve su temprana consolidación gracias a su vinculación con la beneficencia. Las compañías contaban con diversas tipologías, y la autora describe y documenta su régimen económico, los componentes y sus funciones artísticas, la jerarquización de sus miembros, y los sobresalientes, cuya presencia era habitual en las representaciones cortesanas.

El tema central anunciado en el título del volumen halla su cumplido tratamiento a partir del tercer capítulo, dedicado a los profesionales de la música teatral, entre los cuales destacan: el músico principal, con la formación musical necesaria para poner los tonos de cada representación, así como enseñar la música a los actores, un segundo músico, y los cómicos –sobre todo graciosos y actrices como Sabina Pascual y Manuela de Escamilla– con destrezas musicales. Considerados por algunos un grupo social marginado, constituyeron en realidad un gremio de alta profesionalidad, organizado y respetado, pese a que dentro de las compañías parecían ocupar el nivel más bajo de los oficios artísticos. Con todo, los honorarios de los sobresalientes altamente cualificados contratados para representaciones palaciegas eran muy elevados, y estos, por más señas, solían ofrecer a los reyes con-

ciertos privados en un plano de igualdad con los músicos de cámara. La estudiosa hace notar que, si bien no ha quedado rastro de escuelas privadas con un maestro, debió existir una enseñanza musical reglada, centrada en cantar y tañer principalmente arpa y guitarra, y que entre los maestros debieron de encontrarse músicos eclesiásticos.

Considerando la relevancia que la música asume en el teatro aurisecular, es preciso subrayar con Flórez Asensio que los músicos participaban en todo tipo de obras, máxime en las piezas breves que terminan con una parte cantada y bailada. En escasas circunstancias los dramaturgos les asignaban hasta partes habladas.

El cuarto capítulo está dedicado a las funciones de los músicos de compañía que en las páginas anteriores quedan solo mencionadas de pasada, es decir: enseñar y ensayar la música a los actores, acompañar el canto y el baile de los compañeros, tarea, esta, que exigía una completa sincronización entre el actor y los músicos, acompañando la música al movimiento escénico. El segundo músico solía ser arpista, y las partes cantadas eran para solistas o a varias voces, habitualmente cuatro. Consideraciones musicológicas y un relevante repertorio de comentarios metateatrales acerca del empleo de la música sacados del corpus dramático de varios autores barrocos completan la discusión de estos aspectos. Algunas páginas enfocan, por ejemplo, la colaboración entre Calderón e Hidalgo, que produjo dos óperas (*La púrpura de la rosa* y *Celos, aun del aire, matan*) basadas en tonadas, es decir, canciones compuestas a base de repeticiones.

El quinto y último capítulo, que por sí solo ocupa el segundo volumen, ofrece

toda clase de datos, documentos y fichas específicas por orden alfabético sobre los principales músicos de la corte y los arpistas que, como la autora había aclarado ya en otro lugar, solían desempeñar el papel de segundones en el marco de cada compañía teatral.

Más allá de los indiscutibles méritos del volumen, que resulta ser una herramienta fundamental no solo para los historiadores del teatro barroco y los musicólogos, sino también para los filólogos que no tenemos conocimientos técnicos sobre la música teatral, es preciso señalar un fallo relevante vinculado a la bibliografía. En efecto, aun cuantiosa, la reseña de textos críticos y fuentes recogidos por la autora pasa por alto algunos hitos críticos sobre el asunto del estatus profesional del autor (el que sea) en los albores de la edad moderna, el cual, a fin de cuentas, es el tema central del libro. A este respecto no podemos hacer menos de recordar la monografía seminal de Christoph Strosetzki, *La literatura como profesión. En torno a la autoconcepción de la existencia erudita y literaria en el Siglo de Oro español* (1997); el ensayo de Pedro Ruiz Pérez, *La rúbrica del poeta. La expresión de la autoconciencia poética de Boscán a Góngora* (2009); y, sobre todo, el volumen interdisciplinario al cuidado de Manfred Tietz y Marcella Trambaioli, *El autor en el Siglo de Oro. Su estatus intelectual y social* (2011), que, entre otras contribuciones, comprende el artículo de la música y filóloga Alejandra Pacheco: "Músicos en la Corte española en el siglo XVII y difusión del repertorio: *El Cancionero Musical de Onteniente*". De hecho, lo que le interesa enfocar a Flórez Asensio es, como queda dicho en los prolegómenos, perfilar el estatus profesional

de la figura del músico en los Siglos de Oro, preocupación que forma parte de la misma línea investigadora que dichos ensayos contribuyen a plantear en un amplio sentido, y sorprende negativamente que la esmerada estudiosa no se percate de la importancia de enmarcar su propio ensayo en dicha perspectiva crítica que sobre todo en tiempos recientes ha empezado a cosechar notables resultados.

En definitiva, si por un lado cabe saludar con plauso el libro de Flórez Asensio porque nos proporciona una mina de informaciones sobre un aspecto específico y todavía poco conocido del teatro aurisecular, echando luz, entre otras cosas, sobre numerosos metacomentarios incrustados en los textos teatrales que los filólogos faltos de conocimientos musicales a veces tardaríamos en entender, por otro hace falta remarcar con fuerza la necesidad de tener en cuenta que el músico comparte con los demás autores de productos artísticos e intelectuales del siglo xvii el mismo estatus socio-cultural, a medio camino entre la dignificación de su profesión y la dependencia de los poderes eclesiásticos y políticos. Por consiguiente, el análisis llevado a cabo por la investigadora más que la enésima repetición de todo lo que cada especialista de la dramaturgia barroca conoce de sobra en relación con los espacios y las condiciones de producción teatrales, hubiera necesitado una contextualización que tuviera en cuenta los términos generales de esta dirimente cuestión. Aun más, considerando que en casos específicos la autora nos depara reflexiones y aclaraciones muy puntuales en este sentido. Valga a manera de ejemplo lo que nos dice a propósito del músico valenciano Manuel de Villafior: “Su faceta como empresario

teatral en su condición de ‘autor’ no dejó de causarle graves problemas ya que ejerció la autoría en una etapa tan conflictiva como la Guerra de Sucesión. A ella vino a sumarse la competencia desleal hecha por la compañía italiana de los ‘Trufaldines’, que contaban con la protección real” (p. 624). En íntima relación con lo que acabamos de destacar, se echa en falta una comparación entre el estatus profesional de los músicos de compañía y la de los músicos al servicio de la Casa Real, más allá de las referencias fugaces que la autora proporciona *ad hoc* en algunos fragmentos del libro. Así y todo, dichos reparos no menoscaban los méritos indiscutibles que la obra en su conjunto reviste para los estudiosos del teatro barroco.

MARCELLA TRAMBAIOLI

(UNIVERSITÀ DEL PIEMONTE ORIENTALE,
VERCELLI)

Tobias Brandenberger / Antje Dreyer (eds.): *La zarzuela y sus caminos. Del siglo xvii a la actualidad*. Münster: LIT 2016 (LIT Ibéricas, 8). 332 páginas.

Dentro del reciente y renovado interés por el estudio de la zarzuela, este libro se plantea como un conjunto de calas significativas que, si bien se ordenan cronológicamente, no pretenden un recorrido completo a lo largo de su desarrollo histórico. Dicho recorrido se inicia con el artículo de Lucía Díaz Marroquín, quien indaga en la adaptación del drama musical, de origen italiano, en la España del xvii, centrándose en *La selva sin amor* de Lope de Vega, así como en su desarrollo posterior con Calderón de la Barca. Entre los

aspectos que Díaz Marroquín considera, destaca la influencia que tuvieron los intérpretes en el desarrollo del teatro musical (quienes, a diferencia de los italianos, no fueron cantantes profesionales, sino representantes de las itinerantes compañías hispanas) y las reacciones que estas piezas iniciales causaron entre los críticos extranjeros que las calificaron como “fort africaines” (p. 18), lo que obedecía a los estereotipos de la época que veían parecidos (incluso a nivel racial) entre los españoles y los pueblos africanos y semitas.

Diferente es el enfoque de Adrián J. Sáez, quien se centra en el aspecto dramático del drama musical de Calderón, dejando de lado la parte musical, debido a la falta, según el autor, de partituras (lo cual no es completamente exacto si se considera, por ejemplo, la partitura compuesta para Lima de *La púrpura de la rosa*, uno de los “textos” del ramillete que Sáez recoge). En cambio, María Asunción Flórez Asensio nos ofrece en su contribución un completo estudio de *Los juegos olímpicos* de Agustín Salazar y Torres, en el que se analiza con detenimiento la parte musical de esta fiesta (pp. 52-63), elemento obviamente indispensable, especialmente si se considera que su compositor, Juan Hidalgo, se caracterizó por establecer una relación semántica entre la música y la letra. A pesar de que la música de esta fiesta se encuentra dispersa y en fragmentos, Flórez Asensio considera todas las fuentes hasta ahora conocidas. Su detenido análisis se cierra abordando la suerte posterior de esta obra, la que fue también representada en la Nueva España, donde Salazar y Torres había vivido quince años.

La siguiente estación de este recorrido nos lleva al final del siglo XVIII. *La*

gitanilla fingida (1799) del navarro Blas de Laserna es el objetivo del artículo de Judith Ortega Rodríguez. Se trata de otro estudio con un detenido análisis de la estructura musical, del que se debe resaltar su acercamiento desde los *performance studies*. Desde tal perspectiva se reclama el carácter abierto, flexible y cambiante de la obra artística, de modo que *La gitanilla* se puede considerar ópera, zarzuela y opereta, dependiendo del contexto de sus diferentes interpretaciones (que tuvieron lugar hasta mediados del siglo siguiente), así como por su calidad de creación colectiva; de ahí que deba evitarse una definición rígida de zarzuela. En esta misma senda, pero en el teatro musical decimonónico, se ubica el trabajo de Enrique Mejías García sobre *Los dos ciegos* (1855) de Luis de Olona, con música de Francisco Asenjo Barbieri. Esta traducción musical (en la que se traduce fiel, pero también artísticamente, así como se omiten unas partes, a la vez que se mantienen otras) de la opereta *Les deux aveugles* de Jacques Offenbach confirma el carácter variable de la definición de zarzuela (incluso en un período tan breve como el ahí estudiado: 1850-1868) y, además, muestra que en la España de aquellos años la opereta fue asimilada como una auténtica zarzuela.

La oposición entre opereta y zarzuela es retomada por Miguel Ángel Vega Cernuda. Sin enfocarse en ninguna obra en particular y dejando de lado nuevamente los aspectos musicológicos (fuera de recoger algún “término baúl” como *leichte Musik*), se trata de un trabajo, según los mismos editores, de “signo generalista” (p. 8), en el que se intenta explicar las diferencias entre ambos géneros mediante sus distintos consumidores: la burgue-

sía vienesa y el pueblo español respectivamente. Esta última generalización es corregida por Víctor Sánchez Sánchez, quien al revisar el público heterogéneo que asistía a los teatros por horas madrileños hacia finales del xix demuestra que este no tenía el mencionado carácter popular. Enfocada en *La Gran Vía* (1886), la contribución de Sánchez Sánchez examina las formas musicales incluidas en esta revista y su empleo para ironizar a las otras clases sociales (con el vals se criticaba a la aristocracia, mientras que el tango proponía una mirada crítica sobre las clases bajas), utilizando códigos que eran comprendidos por un público procedente de las clases medias. Este completo estudio, que considera también las portadas de la edición francesa, así como la traducción al italiano, no olvida recoger la impresión que causó en Friedrich Nietzsche el número de la jota de las ratas. A continuación, del trabajo de Tobias Brandenberger destaca su análisis de *Curro Vargas* (1898) y *Churro Bragas* (1899), donde no solo el texto literario parodia al modelo, sino también la música popular urbana de la última contrasta con la densa, compleja y elaborada orquestación de la primera, pues, como reacción y reivindicación de un estatuto, la parodia, a partir de las debilidades del modelo, lo critica y sabotea.

Si la mayor parte de los trabajos anteriores consigue un equilibrio entre el análisis de texto y música, una perspectiva diferente propone Ignacio Jassa Haro, quien examina la representación de las cupletistas e intérpretes de zarzuela en las postales ilustradas del cambio del xix al xx, siglo en el que se ubican las siguientes aportaciones. En primer lugar, Antje Dreyer indaga en el posible papel que ha-

bría jugado la zarzuela en la restauración de la identidad española tras el desastre del 98 a partir de tres obras diferentes. De estas destaca *El Bateo* (1901) que Dreyer vincula con el anarquismo, sin olvidar la forma musical a la que este sainete lírico recurre: el tango. Los primeros años de la zarzuela en el siglo xx continúan en la mira de estos asedios mediante el trabajo de Jaime Cárdenas Isasi, quien desde la historia cultural rescata las zarzuelas de tema marroquí. Su contribución no consiste en un mero repertorio de estas obras desatendidas por la crítica, pues Cárdenas Isasi las ordena y vincula con el desarrollo del discurso con el que se justificó la presencia española en el Norte de África.

El volumen también incluye dos trabajos centrados en *La verbena de la Paloma* (1894) de Ricardo de la Vega, con música de Tomás Bretón, que revisan su fortuna en el siglo xx. Por una parte, Álvaro Ceballos Viro propone que Pío Baroja la reescribió críticamente en un episodio de su novela *La busca* (1904); en cambio, Peter W. Schulze estudia sus cuatro adaptaciones cinematográficas, a la vez que traza la trayectoria (ascenso y decadencia) del cine zarzuelístico. En esta notable contribución se analiza detalladamente algunos de los carteles con los que estos filmes se publicitaron. Por su parte, Mario Lerena examina la obra de Pablo Sorozábal. Enfocado en sus dos óperas: *Adiós a la Bohemia* (1933) y *Juan José* (compuesta en 1968, pero llevada al escenario recién en 2016), que el compositor consideraba “hermanas” (p. 282), su artículo demuestra la maleabilidad del lenguaje de la zarzuela, capaz de adaptarse a las controversias ideológicas y estéticas del siglo xx.

A continuación, la contribución de Ulrike Mühlischlegel aborda la presencia de la zarzuela (bajo la forma de partituras —originales o ediciones críticas—, textos digitales y grabaciones sonoras o de video) en las colecciones del Instituto Ibero-Americano de Berlín. Al respecto, es importante mencionar que Mühlischlegel coordina el proyecto “Zarzuela: teatro musical español”, el cual está realizando la digitalización de los libretos de dichas colecciones.¹ Cierra el volumen el útil recuento que Ignacio Jassa Haro y Enrique Mejías García realizan de la presencia de la zarzuela entre 1998 y 2015, donde se refieren no solo a las diferentes representaciones, sino también a las ediciones y grabaciones publicadas en dicho período.

En resumen, mientras buena parte de estas contribuciones analiza la estructura dramática y musical de un conjunto de obras representativas desde diferentes perspectivas, otras dimensiones de la zarzuela o campos en los que esta ha influenciado (postales, carteles, cine, etc.) son asediadas sólidamente por un segundo grupo de trabajos, sin olvidar en ambos casos los vínculos con la ideología y el cambiante contexto político y sociocultural, así como la problemática definición del género. Como mencionaba al inicio, este volumen se planteaba como un conjunto de calas significativas en los estudios sobre la zarzuela, objetivo que ciertamente cumple.

JOSÉ ELÍAS GUTIÉRREZ MEZA
(RUPRECHT-KARLS-UNIVERSITÄT
HEIDELBERG)

¹ <<http://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/collections/zarzuela/>>.

Pedro Schlueter: *Pérez Galdós y la música*. Madrid: Clave Intelectual 2016. 315 páginas.

En el tomo reseñado, Pedro Schlueter se concentra en un tema al que ya se ha aludido repetidas veces en la investigación galdosiana: la relación de Benito Pérez Galdós con la música llama la atención desde los años cincuenta del siglo xx. Uno de los primeros ejemplos de dicho interés se encuentra en la monografía de José Pérez Vidal,² obra que reúne materiales sobre la labor de crítico musical de Galdós. En 1970, Federico Sopena Ibáñez³ y Manuel Alvar López⁴ publican estudios globales sobre la relación de Galdós y el arte (teatral) en los que también consideran, entre otros aspectos, la musicalización de obras galdosianas. Sebastián de la Nuez Caballero⁵ dedica en 1981 un artículo extenso a las adaptaciones de algunas obras galdosianas para la zarzuela. Finalmente, los trabajos más recientes de Margot Versteeg⁶ y Ana María Freire⁷ enfocan con decisión los *Episodios*

² Pérez Vidal, José (1956): *Galdós, crítico musical*. Madrid/Las Palmas: Patronato de la Casa de Colón.

³ Sopena Ibáñez, Federico (1970): *Arte y sociedad en Galdós*. Madrid: Gredos.

⁴ Alvar López, Manuel (1970): “Novela y teatro en Galdós”. En: *Prohemio*, 1, pp. 157-202.

⁵ Nuez Caballero, Sebastián de la (1981): “Historia y testimonio epistolar de unas zarzuelas basadas en obras de Pérez Galdós”. En: *Anuario de Estudios Atlánticos*, 27, pp. 487-558.

⁶ Versteeg, Margot (2000): *De fusiladores y morcilleros. El discurso cómico del género chico. 1870-1910*. Amsterdam: Rodopi.

⁷ Freire, Ana María: (2008): “La Guerra de la Independencia en el teatro lírico español (1814-1914)”. En: Rubio, Miranda (ed.): *Guerra, sociedad y política (1808-1814)*. Pamplona:

Nacionales galdosianos, defendiendo –y a la vez cuestionando– la relación de las novelas históricas con posibles adaptaciones al teatro. A pesar de la existencia de todos estos estudios de índole diversa, hasta hoy ninguno de ellos había conseguido abarcar de manera integral la gran variedad de relaciones que entabló el autor canario con la música. Desde este punto de vista, *Pérez Galdós y la música* de Pedro Schlueter aspira a convertirse en una aportación importante y necesaria a la investigación galdosiana, ya que promete un enfoque amplio de la temática.

En 27 capítulos, abrazados por una introducción y un epílogo, Schlueter expone sus amplias observaciones siguiendo el orden cronológico de los hechos (como si fuese una biografía), de modo que se abarca un espacio de tiempo desde el nacimiento de Galdós hasta la década de 1990, años en los que concluye la colección de materiales (p. 305). Con cierto parecido a un mito fundador, el primer capítulo narra la infancia de Galdós y las influencias que marcaron el desarrollo de su afición a las Bellas Artes en general, especialmente a la música. Siguen tres capítulos que Schlueter dedica a la llegada de Galdós a Madrid para sus estudios de Derecho –estudios que poco a poco abandona debido a su fascinación por la música y la literatura–, y donde se ilustra, entre otros aspectos, su trabajo como crítico musical entre los años 1862 y 1896. Ya en estos capítulos, al igual que en el

resto del libro, se encuentran diseminadas referencias a la actividad musical de Galdós mismo, que aprende a tocar el piano y que durante toda su vida invita a veladas musicales en su casa.

Aunque el libro formalmente no se ha dividido en partes, se observa un inciso con el inicio del quinto capítulo, que se aleja de la visión de Galdós como crítico musical y trata, en cambio, la manera en que las obras galdosianas mismas son recibidas, adaptadas o parodiadas. No pocos títulos causaron interés en los autores y compositores del teatro musical: Schlueter por ejemplo hace mención de las ambiciones de Ruperto Chapí en 1876 de presentar *Gloria*, dedica unos pocos párrafos a las adaptaciones de los *Episodios nacionales* *Cádiz* y *Trafalgar*, que se llevaron en los años 1886 y 1890 a la zarzuela, o reúne datos sobre varias parodias de *La de San Quintín* (capítulos V y VI).

Entre las noticias sobre las diversas obras de Galdós que se llevaron al teatro musical, que inspiraron sinfonías o motivaron otros tipos de musicalizaciones, destacan a partir del sexto y séptimo capítulo, respectivamente, dos títulos galdosianos en el trabajo de Pedro Schlueter los que reiteradamente se tematizan a lo largo de todo el libro: *Marianela* (1878) y *Zaragoza* (1874). Para el primero de los casos –del que hablaremos con más detalle– Schlueter documenta una partitura de teatro lírico inspirada en *Marianela* ya para el año 1890 que se titula *Magdalena* (p. 72). Varios compositores, como los catalanes Malats (pp. 94 ss.) y Morera (pp. 166 ss.), y especialmente el navarro Lapuerta (pp. 103 ss.) tienen grandes pretensiones de llevar *Marianela* a la ópera, un proyecto cuya realización a pesar de to-

Universidad Pública de Navarra; (2012): “Chapí, Galdós y los *Episodios nacionales* en la zarzuela (a propósito de *El equipaje del rey José*)”. En: Sánchez Sánchez, Víctor (ed.): *Ruperto Chapí. Nuevas perspectivas 2*. València: Institut Valencià de la Música.

das las buenas intenciones no parece fructificar por la falta de un buen libreto que el mismo Benito Pérez Galdós no consiguiera reescribir. Galdós persuade entonces a Carlos Fernández Shaw para colaborar en el proyecto (p. 115), pero este tampoco cumple con las expectativas. Arturo Lapuerta parece especialmente frustrado (capítulos XIV a XVI), y gana cada vez más en importancia en la documentación epistolar que hace Schlueter: sus ideas, ambiciones, su fervor en trabajar con Galdós, pero también su miserable condición personal y financiera se imponen de tal forma en el texto, que poco a poco el lector empieza a preguntarse si Schlueter ha perdido de vista la temática global de su libro. La sensación se refuerza por la escasez de cartas u otros documentos análogos de Galdós a lo largo de los capítulos XIV al XVI. En cambio, Schlueter nos enfrenta con un epistolario desesperado de Lapuerta que tematiza cada vez menos el proyecto musical *Marianela* pero insiste cada vez más en la crisis personal del compositor. Galdós no parece responder a la gran mayoría de las cartas, hecho que lamentablemente (como muchas otras fuentes) Schlueter deja sin comentar.

De todo lo anterior se podrían sacar ciertas conclusiones acerca de las —¿pocas?— ambiciones galdosianas respecto a la musicalización de *Marianela*. ¿Tal vez la prioridad de Galdós no reside —como para Lapuerta— en la realización de un proyecto operístico? Algunas claves que permiten responder a esta pregunta se encuentran en el trabajo de Schlueter mismo, que, por un lado, da cuenta de las ocupaciones paralelas de Galdós —la redacción y el estreno de la obra teatral *Electra* en 1901, las numerosas repercu-

siones de este título en el mundo músico-teatral (capítulo XI)—; y por otro hace entender que tal vez el dudable estado de la Ópera Española hace que Galdós, lleno de escepticismo, posponga una y otra vez una posible adaptación de *Marianela*. De la Ópera Española dice Galdós “que las ilusiones alimentadas por nuestro amor propio se disipan rápidamente, y que las varias tentativas abordadas en un período de diez años han curado a muchos de esta manía” (p. 57) de poseer el mismo potencial en el ámbito operístico como Italia o Alemania. Los enredos acerca de *Marianela*, en los que el compositor Arturo Lapuerta tiene tanto protagonismo, se resuelven solo a finales del libro: a partir del capítulo XX se relata el proceso de la adaptación teatral —sin música— por los hermanos Álvarez Quintero en 1916. Galdós no puede presenciar la posterior transformación operística de esta versión teatral, cuyo estreno tendrá lugar en el año 1923 (p. 260); es decir, tres años después de su muerte. Llama la atención que Schlueter se regodee en los constantes altibajos que acompañan la realización operística de *Marianela* como si fuera una narrativa ficcional y menos una documentación objetiva, crea suspense y desenlace en el transcurso del libro, que en el caso de *Marianela* tanto para Lapuerta como para Galdós culmina en un final trágico.

Zaragoza, un *Episodio nacional* de la Primera Serie, es la segunda obra que resalta a causa de su constante revisión por parte de Schlueter. Esta vez, sin embargo los sucesos alrededor de la adaptación se describen de una manera menos novelada. Se aclara, por ejemplo, que el primero que tuvo la idea de una posible adaptación para el teatro musical fue Ruperto Chapí,

en 1893, pero su motivación inicial cayó rápidamente en el olvido gracias a sus otros planes para *La batalla de Arapiles*, último *Episodio* de la Primera Serie. Al final fue el atribulado Arturo Lapuerta quien compuso la música para *Zaragoza* —en vez de para *Marianela*—, ópera que se estrenó en 1908.

Volviendo a la estructura global del libro, con la muerte de Benito Pérez Galdós se puede identificar otro inciso, y sigue una sección de reflexiones sobre la relación del autor con la música que incluye sobre todo la documentación de nuevas adaptaciones y producciones de obras galdosianas hasta 1994, hecho que acentúa la productividad de sus novelas y su potencial para las puestas en escena (músico-)teatrales.

En resumen, las maneras de cómo Galdós se relaciona con la música según el trabajo de Schlueter se podrían delimitar en rigor a cuatro tipos: primero, al aficionado que insiste en aprender los instrumentos para hacer su propia música y gozar de las obras con sus amigos; segundo, al crítico que se forma una opinión sobre obras contemporáneas; tercero, al colaborador que posibilita adaptaciones al teatro musical a través de redacciones propias de los libretos; y cuarto, al observador y a veces intermediario que espera las adaptaciones de sus obras hechas por otros. Claramente y sin pretensiones de integridad, el enfoque del libro es de gran alcance e intenta ofrecer una imagen global del Galdós musical, un enfoque que incluso sobrepasa los límites de la vida del autor canario al tematizar adaptaciones musicales de hasta finales del siglo xx. Este hecho concedería al libro de Schlueter un lugar destacable en la investigación, lo

convertiría en una referencia por sus dimensiones y también en una puerta para futuros trabajos científicos, pero batalla con obstáculos que enseguida explicamos.

También la reunión de fuentes, especialmente acerca de las mencionadas obras *Marianela* y *Zaragoza*, es minuciosa y abundante, lo que advierte un trabajo con mucha paciencia y esfuerzo. Pedro Schlueter reproduce en muchos casos el texto literal de diferentes tipos de documentos, en su mayoría cartas de o a Benito Pérez Galdós, reseñas de las adaptaciones teatrales, textos de Galdós como crítico musical, extractos de diarios de contemporáneos u opiniones de científicos. Lo que en un libro titulado *Pérez Galdós y la música* llama especialmente la atención, por desgracia, es la falta de ejemplos de partituras musicales que podrían al menos (en un medio silencioso sin capacidad de reproducir grabaciones de la música misma) ilustrar las composiciones. Únicamente las reseñas dan una impresión parcial del carácter de la música en las adaptaciones.

A pesar de aspectos positivos como la visión amplia que el libro ofrece y el gran número de fuentes aducidas, el trabajo de Schlueter no se puede considerar en sí mismo de gran profundidad científica. Bien es verdad que tanto en su introducción como en su epílogo defiende su procedimiento de evitar “mayores comentarios entre los documentos aportados” (p. 15) para posibilitar un desarrollo libre del hilo narrativo con suspense y desenlace. Añade acerca de sus intenciones: “no he pretendido redactar una obra para especialistas, antes bien, para lectores habituales de los títulos galdosianos, así como para aquellos que tengan predilección por

los asuntos musicales relacionados con la literatura” (p. 305). Sin embargo, primero hay que observar que es justamente la falta de estos comentarios la que inhibe varias veces la fluidez en la lectura, dado que en partes la aglomeración de citas es tan alta que es necesario un largo análisis de los documentos citados para entender las relaciones entre todas las fuentes aportadas. Segundo, el hilo narrativo también se interrumpe en otros momentos debido al estilo: las numerosas frases incompletas que llenan el libro (especialmente en los capítulos XV, XVI y XVII) le dan la apariencia de ser un manuscrito sin una edición crítica. Tercero, la decisión de no enlazar fluidamente los documentos y de orientarse en un grupo específico de lectores no “especialistas”, no justifican la utilización escasa e incompleta de referencias bibliográficas. El lector curioso solo encontrará menciones breves al autor de la fuente, sin llegar a conocer muchas veces el título o en caso de manuscritos, el archivo ni su ubicación exacta. Tampoco las notas finales o las referencias bibliográficas fragmentarias son de mucha ayuda: en cuanto a la bibliografía hay que observar que decididamente no incluye las obras utilizadas o citadas en el trabajo, sino que reúne solo obras de las que se ha servido Pedro Schlueter adicionalmente.

Leer *Pérez Galdós y la música* es una verdadera lástima para cualquier investigador, porque con su enfoque tan global y las numerosas fuentes podría formar una buena base para futuros estudios. El libro tiene mucho potencial, dado que incluso indica tensiones y lagunas que todavía existen en la investigación galdosiana con las múltiples preguntas que se hacen en él, pero no da la posibilidad de comprender

los pasos de investigación ni de proseguir los caminos que ha tomado el autor. No nos queda otro remedio que esperar una segunda edición del libro, quizás bien acotada científicamente.

ANTJE DREYER
(EUROPA-UNIVERSITÄT FLENSBURG)

Julia Biggane / John Macklin (eds.): *A Companion to Miguel de Unamuno*. Woodbridge: Tamesis 2016 (Colección Tamesis / A, 360). 243 páginas.

Durante los últimos años, los *companions* han sido una de las apuestas más claras y, se diría, lucrativas, de las casas editoriales inglesas especializadas en publicaciones académicas. Como su nombre indica, un *companion* es un vademécum, es decir, un manual, un libro de referencia que proporciona una introducción a un tema, época o autor determinado. Entre ellos, están muy difundidos los *companions* que producen las universidades de Oxford y Cambridge, como, por ejemplo, el excelente *The Cambridge Companion to Muhammed* (2010), sobre el profeta Mahoma, o el *The Cambridge Companion to Weber* (2000), sobre el autor de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. La salutífera fiebre de los *companions* ha llegado también al mundo de la historia literaria, e incluso a la filología hispánica en particular, campo que ha permitido su extensión desde Oxford y Cambridge a otras editoriales de prestigio. Especialmente fecundo ha sido el campo de la literatura del Siglo de Oro, en el que tenemos el modélico *A Companion to Lope de Vega* (2008) y el muy desigual

A Companion to Early Modern Hispanic Theater (2014). Aunque este último lo publica la holandesa Brill, el de Lope de Vega sale de las prensas de Támesis, que se ha venido especializando en la preparación de este tipo de volúmenes sobre la historia literaria hispánica. Así, Támesis ha publicado *companions* a la obra de Martín Gaité, Neruda, García Márquez, Vargas Llosa y otros, a los que ahora debemos añadir el excelente *A Companion to Miguel de Unamuno* que nos toca reseñar.

Organizado bajo los auspicios de Julia Biggane y John Macklin, este libro se proyecta como una introducción panorámica a la obra del escritor bilbaíno. Evidentemente, la tarea resulta sumamente dificultosa tanto debido al volumen de la obra de Unamuno, que se extiende durante casi cincuenta años a lo largo de varios géneros literarios, como por el impresionante volumen de estudios que esta obra ha producido y que el *companion* que nos ocupa ayuda a navegar. Tal dificultad hace especialmente meritorio el trabajo de los editores y autores que participan en el proyecto, pues el resultado es, como adelantamos arriba, excepcional: *A Companion to Miguel de Unamuno* es un libro bien pensado y sumamente útil para el estudio de la obra de Unamuno. Especialmente acertada nos parece la estructura del volumen, que combina una intención introductoria y panorámica con otra de profundización temática. Así, y tras la introducción a la obra, el volumen nos presenta una primera sección dedicada al desarrollo de la obra de Unamuno ("Part I. The Development of Unamuno's Work") en la que seguimos la vida y escritos del autor vasco a través de cuatro etapas. Jean-Claude Rabaté se

encarga de la previa a 1902, el año de *En torno al casticismo*, libro publicado unos meses después de la obtención de la cátedra salmantina (1901), eventos ambos que fueron esenciales en la vida del escritor. Los temas que dominan esta etapa, en la que se da el giro hacia una problemática sobre España y hacia la literatura de dramas íntimos que le hizo célebre, vuelven a aparecer en las fases subsiguientes. Así, Julia Biggane los muestra en la que encierra el paréntesis 1902-1923. Son años marcados en su final por la dictadura de Primo de Rivera, y muy fecundos en obras maestras, tanto filosóficas (*Del sentimiento trágico de la vida*) como narrativas (*Abel Sánchez*, *Niebla*, *La tía Tula*), incluyendo el importante manifiesto estético contra el realismo que supone *Tres novelas ejemplares y un prólogo*. La tercera etapa (1924-1930) es la del exilio a Fuerteventura, París y Hendaya, que estudia Stephen G. H. Roberts centrándose en la crisis que sufrió el escritor durante estos años y que expresó magistralmente en tres ensayos fundamentales, uno de corte más bien existencial y dos estéticos muy en la línea de la reflexión iniciada con las *Tres novelas*: cronológicamente, son *Alrededor del estilo*, *La agonía del cristianismo* y *Cómo se hace una novela*. Por último, la cuarta etapa (1930-1936) la estudia Pedro Ribas Ribas, que explica con gran sutileza los movimientos de Unamuno en esta etapa tan polémica de su existencia, marcada por algunos textos literarios excepcionales (*San Manuel Bueno, mártir*) y, sobre todo, por una serie de textos periodísticos y tomas de posición política que han sido muy importantes a la hora de estudiar su figura. Ello se debe especialmente a su acercamiento al hijo del dictador y

fundador de la Falange, en primer lugar, y, en segundo lugar, a las decisiones del escritor en los últimos meses de su vida, tras el golpe de estado de julio de 1936. En suma, esta primera parte del libro proporciona ya de modo sintético, pero con admirable profundidad y dominio de la materia, una visión privilegiada de la obra de Unamuno.

Sin embargo, junto a esta estructuración a nuestro parecer modélica, no dejamos de encontrar decisiones editoriales más discutibles. Así, por ejemplo, vemos que las citas que se encuentran en todo el volumen provienen de las ediciones de las obras completas de Unamuno preparadas por Manuel García Blanco (Afrodisio Aguado, 1958 y Escelicer, 1966). Es una política que los editores explican argumentando que son las más difundidas y que la edición que prepara la Biblioteca Castro no está todavía completa. No sabemos hasta qué punto es cierto que las ediciones de García Blanco sean las más difundidas, pero en todo caso resulta evidente que cuentan con más de medio siglo de vida y que han sido superadas en numerosos aspectos, algunos de ellos, como la fijación del texto, de singular importancia. Tal vez haber citado por las mejores ediciones disponibles de *Paz en la guerra*, *Niebla*, etc., habría resultado más engorroso, pero habría reforzado el rigor científico de este gran libro. De modo semejante, el volumen habría mejorado si los editores hubieran encargado un capítulo sobre la poesía de Unamuno, género al que el libro no dedica la atención que merece, sobre todo teniendo en cuenta la importancia y calidad de las tres colecciones poéticas que publicó el vasco, *El Cristo de Velázquez*, *Cancionero* y *Romancero del*

destierro, que los artículos del libro solo mencionan muy de pasada. Por otra parte, es muy acertada la decisión de poner de relieve la relación de Unamuno con la literatura de viaje, tan importante en la producción de fin de siglo. En este volumen se encarga de la literatura de viajes de Unamuno Ramón F. Lloréns García con su “Landscapes of the Soul: Unamuno’s Travel Writing”.

Ese capítulo es el último de la segunda parte del libro (“Part II. Themes”), que es la que se ocupa de la exploración en profundidad de una serie de aspectos individuales, pero siempre relacionados, de la obra unamuniana. Estas calas suelen centrarse en una obra concreta, aunque mencionando y teniendo en cuenta muchas otras que sirven para explorar el tema en detalle, con lo que los lectores reciben una idea muy completa de la producción del escritor. Comienzan con la aportación de Sandro Borzoni (“Faith and Existence”), que explora con acierto los vínculos del pensamiento unamuniano con el irracionalismo filosófico. A continuación, C. Alex Longhurst (“Wordgames: Unamuno and the Primacy of Language”) examina un aspecto esencial pero menos estudiado de la prodigiosa curiosidad intelectual de Unamuno: su interés filológico en diversas lenguas y dialectos, que le llevó a dominar diversos idiomas extranjeros y clásicos, y a trabajar en temas como el eusquera o el habla de la provincia de Salamanca. Son temáticas todas que Longhurst relaciona hábilmente con el pensamiento unamuniano sobre el lenguaje y la comunidad. Igualmente conectado con la filosofía (un *leitmotiv* del *companion* y de la obra unamuniana) está el excelente trabajo de Alison Sinclair sobre la éti-

ca en Unamuno ("A Question of Ethics: Exploring Issues of Right and Wrong in Unamuno"), que estudia este tema fijándose en los puntos de contacto entre la narrativa y la filosofía del autor. Asimismo, Gareth Wood emplea las reflexiones unamunianas sobre el tema de la envidia, que se elevan a estudios filosófico-antropológicos, para estudiar la presencia del tema del yo y el otro en la narrativa del escritor bilbaíno, con un peso especial para *Abel Sánchez* ("The Necessary Enemy or the Hated Friend: Self and Other in Unamuno"). Un tema aparentemente muy diferente, pero con indudables conexiones con este, es el de la sexualidad. Julia Biggane lo estudia teniendo en cuenta la distinción entre género y sexo y fijándose en textos que la examinan en personajes ambiguos o incluso andróginos, amén de en figuras opuestas (especialmente padres e hijos) ("From Separate Spheres to Unilateral Androgyny: Gender and Sexuality in the Work of Unamuno"). Por último, y antes del artículo sobre la literatura de viaje arriba referido, Julia Biggane vuelve a colaborar en el volumen con un trabajo escrito en colaboración con J. A. Garrido Ardila. Es un artículo que estudia otro tema que aparece en varios trabajos del libro: la indudable influencia (y presencia) de Cervantes en la obra, estética y pensamiento unamuniano ("Quixotic Unamuno: Cervantes in Unamuno's Thought and Fiction").

En suma, estamos ante un libro valiosísimo. El *Companion to Miguel de Unamuno* desempeña maravillosamente la función que pretende: proporcionar una introducción panorámica a la obra de Unamuno. Lo consigue gracias a una estructura muy apropiada y a un estilo

diáfano que resulta especialmente de agradecer dada la abstracción y profundidad de muchos de los temas tocados. Además, la combinación de expertos de diversos dominios (literatura y filosofía) y de sistemas universitarios diferentes (Reino Unido, España, Italia, Francia) resulta muy enriquecedora. Es más, y como elogio final, resaltemos que la clarividencia de todos los autores permite que gracias a este *companion* el lector se oriente no solo en la magna obra del escritor bilbaíno, sino también en lo que la crítica ha producido sobre la misma, lo que hace del libro un volumen utilísimo tanto para estudiantes como para iniciados o filólogos profesionales. Los amantes de la obra de Unamuno están de enhorabuena: ya tenemos *companion* para guiarnos por sus profundidades, y además es inmejorable.

ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ
(UNIVERSITÉ DE NEUCHÂTEL)

Andrew A. Anderson: *El momento ultraísta. Orígenes, fundación y lanzamiento de un movimiento de vanguardia*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert, 2017 (La Casa de la Riqueza. Estudios de la Cultura de España, 39) 778 páginas.

Andrew A. Anderson, el autor del volumen aquí comentado, goza de respeto intelectual y de merecido renombre en los ámbitos académicos, tanto por su labor docente en las universidades de Oxford, Michigan y Virginia, como por sus numerosas publicaciones a lo largo de casi cuatro decenios.

De entre ellas sobresalen en número las relacionadas con Federico García Lorca, pero últimamente se ha ocupado en profundidad y con destreza de diversos movimientos de vanguardia. Por un lado, ha escrito una monografía sobre la época vanguardística de Gecé (*Ernesto Giménez Caballero: The Vanguard Years, 1921-1931*; 2011). Por otro, ha vuelto su mirada a *La recepción de las vanguardias extranjeras en España: cubismo, futurismo, dadá. Estudio y ensayo de bibliografía* (tal el título de trabajo de un volumen que está escribiendo; algún adelanto apareció ya en un *Handbook* del futurismo). “Generación del 27”: ese sintagma ya no podrá ser pensado sin tener en cuenta el minucioso estudio y la discriminación conceptual que ha propuesto Anderson en un libro en más de un sentido emparentado con el que aquí se comenta: *El veintisiete en tela de juicio* (2005). El subtítulo ayuda a comprender en qué consiste el parentesco: *Examen de la historiografía generacional y replanteamiento de la vanguardia histórica española*. Anderson investiga allí, entre otras cosas, el surgimiento de la “Generación del 27” y, sobre todo, su auto-entronización, pero lo hace como con una lente de aumento, que realza aspectos relevantes del proceso no considerados hasta ese momento, o no sopesados en su justo valor.

La monografía que ahora nos ocupa es la primera en su tipo. El enfoque es novedoso, y grande la solvencia con que ha sido puesto en práctica. No creo exagerado afirmar que servirá de acicate y hasta de modelo para el estudio de otros movimientos de avanzada, también de otros países. Si bien es cierto que hubo ya varios trabajos sobre el Ultraísmo, ninguno tra-

tó el tema con tanto y tan sagaz detalle. El primero en ocuparse con acucia del tema fue un protagonista del movimiento, Guillermo de Torre, en los capítulos pertinentes de su magna ópera: *Literaturas europeas de vanguardia*, 1925. El libro de Manuel de la Peña, aparecido también en 1925, es menos importante, a pesar del engañosamente prometedor título: *El Ultraísmo en España*. Puede decirse, por ello, que la primera monografía dedicada completa y únicamente al Ultraísmo es la de Gloria Videla (1963, con reediciones). La última obra relevante hasta ahora había sido la de Victoriano Alcantud (*Hacedores de imágenes. Propuestas estéticas de las primeras vanguardias en España, 1918-1925*, 2014), también de indudable mérito, pero con otras intenciones, un marco más amplio y un *approach* muy diferente⁸. La única parte del libro de Anderson que quizás ocasione algún problema al lector es el título. En castellano no es muy familiar el juego de palabras entre “moment” y “momentum”, que sí es usual en inglés. En una versión previa, Anderson explicaba así la intención perseguida, cómo deseaba que el lector entendiera el término: “Mi título [...] aprovecha el doble sentido de la palabra ‘momento’, como instante y también como ímpetu o impulso”. No encuentro ahora esa frase en la versión definitiva del libro, sino esta: “La meta principal es historiar la fase inicial del Ultraísmo, empezando con los años inmediatamente anteriores, pasando por su fundación y lanzamiento, y llegando hasta su primera consolidación, a un

⁸ Al respecto, véase la reseña de Pablo Rojas en *Revista de Literatura*, vol. LXXVIII, nº 155, Madrid, enero-junio de 2016, pp. 300-301.

año de su nacimiento. Mi título refleja este énfasis” (p. 11).

Los límites temporales que clásicamente se atribuyen al movimiento Ultraísta se extienden de 1918 a 1925 (tal, por ejemplo, el período acotado por Alcantud), si bien el término mismo, o alguna de sus variantes, fue acuñado ya tempranamente, hacia 1916-1917, por Guillermo de Torre. Anderson, por su parte, prefiere concentrar la atención sobre un lapso más restringido, según consta al comienzo de la Introducción, donde explicita así los motivos de su elección:

Desde hace muchos años me preocupa la cuestión de lo que —a falta de un término mejor— he dado en llamar el “cambio literario”, es decir, esos momentos especiales en la historia literaria cuando una modalidad antes dominante está cayendo rápidamente en desuso o, por lo menos, en descrédito y, simultáneamente, una nueva modalidad distinta está emergiendo. En parte, pues, por la imposibilidad de abarcar en un solo volumen la historia completa del Ultraísmo, y en parte también por este enfoque particular, he optado por concentrarme en el nacimiento y la infancia del Ultraísmo, y más específicamente en los años que corren desde 1916 hasta 1919 (p. 12).

Acerca de los fines perseguidos con su libro, acota Anderson:

Mi propósito aquí ha sido combinar la evocación de unos acontecimientos insertos en una época con la ecuanimidad y la distancia objetiva de un historiador literario.

Al mismo tiempo el tomo tiene varias metas secundarias. Una de ellas sería contribuir, aunque sólo sea modestamente, al estudio del fenómeno de la vanguardia

histórica europea [...]. Otra sería aportar datos a la investigación de los orígenes de la vanguardia en España. Y la tercera sería una indagación, bajo la tutela teórica de Pierre Bourdieu, sobre cómo se ha escrito la historia del Ultraísmo hasta aquí, ya que las versiones más conocidas y más influyentes suelen ser precisamente las de algunos de los principales actores (pp. 11-12).

Ya en el mencionado volumen *El veintisiete en tela de juicio* había recurrido Anderson a Bordieu, explicitando allí con más detalle por qué y en qué sentido la aproximación del francés al campo literario le parece fructífera (véanse pp. 323-333). Puede afirmarse que Anderson logra los objetivos que se ha propuesto. En el prólogo a *Fervor de Buenos Aires* (1923), dijo Borges: “Esto —que ha de parecer axioma desabrido al lector— será blasfemia para muchos compañeros sectarios”. En esa frase he debido pensar al leer lo que Anderson deja sentado al comienzo de la Introducción: “Este es un libro impenitentemente histórico, de metodología esencialmente positivista”. Ante tanta visión de conjunto que yerra penosamente en los detalles, el lector escrupuloso agradece la actitud de Anderson, positivista, pero nada ingenua.

Anderson hace gala de un buen conocimiento y de un buen manejo de las fuentes para estudiar lo que se propuso someter a escrutinio, tanto la producción de los autores ultraístas, como la recepción crítica y el eco que recibieron en su época. Suma a ello su atención a las relaciones dentro del grupo, a las “simpatías y diferencias” entre sus adeptos, que incluye considerar, por primera vez en esta gran medida, los reveladores epistolarios entre sus miembros que han sido publi-

cados últimamente. Es difícil organizar y dominar el material de un libro de casi 800 páginas. El autor lo logra sirviéndose para ello de una inteligente e idónea estructura.

Otras monografías al uso pecan de ingeniosas a costa de la inexactitud de detalle, o del mero desconocimiento de algunos contextos. Esta va por un sendero inverso: el escrutinio tiene lugar con *ralentisseur*. Coincido con el autor en considerar que solo así se puede extraer de los documentos la savia que contienen.

La Introducción (pp. 11-49) pasa revista a la historiografía del movimiento, discute la noción de vanguardia y explica la metodología a seguir; sirve como compás para la mejor comprensión de la estructura del volumen. Tras la introducción, Anderson pasa a estudiar el papel de algunos personajes de la época, “Los protagonistas”: Rafael Cansinos Assens, Ramón Gómez de la Serna, Guillermo de Torre, Vicente Huidobro, así como algunos poetas menores del Ultraísmo. A los nombrados se dedican en total las pp. 51 a 333. Ya la cubierta del libro habla a las claras de la concentración en esas cuatro figuras. Menos sobria y elegante que otras de la editorial, cumple sin embargo el propósito de resaltar la importancia de los nombrados. Quien recuerde el papel otorgado por Guillermo de Torre en 1925 a Juan Ramón Jiménez, eche quizás de menos su retrato en la cubierta o un capítulo en el libro. Ello implicaría desconocer dos cosas: que Torre, por un lado, incluyó a Jiménez en su trabajo más que nada por razones estratégicas, para aprovecharse de su prestigio y valorar así al movimiento, y que Juan Ramón se enfureció al leer los párrafos

que Torre le dedicara, por considerarlos absolutamente improcedentes (tal surge de una carta al parecer no enviada, recogida ahora en el epistolario de Jiménez). Anderson no incurre en ninguno de esos errores.

El trato detallado que se dedica a Ramón se justifica por el papel prevanguardístico por él desempeñado (recuérdese el *dictum* de Víctor García de la Concha acerca de Ramón como representante de una “generación unipersonal” de la vanguardia). Los demás autores mencionados, formaron parte del movimiento y teorizaron sobre él (Cansinos, Torre) o acicatearon su fundación, quizás sin quererlo y segura mente sin compartir algunos de sus supuestos teóricos o sin gustar de sus realizaciones (Huidobro). Al hablar de los orígenes del Ultraísmo, Anderson dedica pues sendos apartados a Cansinos y a Torre, así como uno a Huidobro, “modelo y estímulo”. A continuación, Anderson estudia minuciosamente la fundación y el lanzamiento oficial del grupo, acompañado por entrevistas, manifiestos, veladas y escándalos, pero también por un “realineamiento de las revistas”. Aunque publicaron en órganos afines al movimiento, Gerardo Diego y Juan Larrea formaron un grupo aparte, o un subgrupo, y por eso les dedica Anderson un capitulillo (“La periferia independiente”).

Los últimos capítulos estudian en detalle el contenido de algunas revistas señeras del Ultraísmo de hasta 1919: *Cervantes*, *Grecia*, *Cosmópolis*, *Perseo*, *Ultra* (Oviedo; se echa de menos *Ultra* de Madrid, pero ello ocurre debido al periodo al cual se constriñe Anderson). El cuerpo principal del libro cierra con un Epílogo en el cual el autor hace un balance de lo ocurrido

hasta fines de 1919, y echa una mirada hacia el futuro. Sin embargo, a continuación hallamos en las pp. 671-693 algunos apéndices sumamente útiles, en especial el relacionado con “El mundo artístico”, donde se estudia la obra que algunos artistas extranjeros (sobre todo polacos) realizaron en España: Wladysaw Jahl y Marjan Paszkiewicz. Los artistas españoles tratados son Celso Lagar, Daniel Vázquez Díaz, Francisco Mateos, Francisco Bores. También se ocupa Anderson del uruguayo Rafael Barradas y de la argentina Norah Borges. Otro apéndice útil es el que contiene la fecha y el texto completo de la famosa entrevista que Xavier Bóveda hizo a Cansinos a fines de 1918.

En líneas generales puede afirmarse que el presente volumen marcará un hito muy importante en el estudio del tema tratado: será por mucho tiempo el manual de referencia. No solo porque es un resumen difícilmente superable de lo ocurrido en la etapa fundacional del Ultraísmo, sino también por la cantidad de datos que aporta acerca de todos los involucrados.

En la Introducción (pág. 13), dice Anderson acerca de la selección de autores que Juan Manuel Bonet hace en su libro *Las cosas se han roto. Antología de la poesía ultraísta* (2012): “El proyecto es muy ambicioso, e incluye muestras de la poesía de un total de 60 autores. Unas mínimas omisiones, aunque no obstante curiosas, son las de Correa Calderón o los hermanos Romero Martínez. Por otro lado, los criterios de selección a veces podrían parecer demasiado generosos”. Por su parte, Anderson propone un canon de “poetas ultraístas”, que dará seguramente pie a una benéfica discusión (pp. 111-121):

el problema fundamental que se presenta es la dificultad de establecer los criterios exactos que demarquen la categoría de “poeta ultraísta”. En otras palabras, aunque es fácil aplicar esta etiqueta a figuras como, por ejemplo, José Rivas Panedas o Tomás Luque, otros escritores son más pasajeros, por así decir, entrando en el grupo y luego saliendo de él, y aun otros pueden considerarse más bien como allegados, operando en los márgenes del grupo, colaborando de vez en cuando en alguna revista, pero no necesariamente convencidos del credo y de la misión del Ultraísmo.

En lo que sigue, voy a procurar ser más inclusivo que exclusivo, dando información no solo sobre los miembros centrales del grupo, sino también sobre poetas menores y simpatizantes periféricos (p. 111).

Sigue una lista que contiene en total 53 nombres, y otra con ocho nombres, de “poetas próximos a la tendencia, pero que no podemos considerar como dentro de ella”. Para inaugurar la discusión considero que sería posible y quizás necesario cambiar de lista a alguno de los nombrados. No me parece idóneo que se incluya en la primera a algunas personas que apenas han publicado algo en cierto órgano ultraísta, mientras que otros son condenados a la periferia a pesar de la proliferación de contribuciones. Tomo a Gerardo Diego como ejemplo: si bien este representaba un ala *sui generis*, no es menos cierto que el sincretista Ultraísmo podía contarle entre los suyos, aunque fuese a pesar del santanderino, siquiera por su participación en los órganos más relevantes del movimiento: *Cervantes*, *Grecia*, *Vltra* (Oviedo), *Reflector*, *Ultra* (Madrid), *Tableros*, y sus sucesores *Horizonte*, *Vértices* y *Alfar*.

No puedo cerrar el comentario sobre este libro sin encomiar la bibliografía final (pp. 695-759): contiene un enorme acervo de información, tanto de la época estudiada como sobre ella, y considera títulos aparecidos hasta finales de 2016.

CARLOS GARCÍA
(HAMBURG)

Sergio Ugalde Quintana / Ottmar Ette (eds.): *Políticas y estrategias de la crítica: ideología, historia y actores de los estudios literarios*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2016 (Bibliotheca Ibero-Americana, 162). 344 páginas.

Un libro titulado *Políticas y estrategias de la crítica* y editado por los profesores Sergio Ugalde Quintana y Ottmar Ette se recomienda él solo; tanto más si se da un vistazo a los “actores” que se estudian en ese marco: Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Severo Sarduy, junto con filólogos como Rodolfo Lenz y Pedro Henríquez Ureña, y figuras contemporáneas como Bolívar Echeverría y Mario Vargas Llosa, entre otros. Valga además este elenco para mostrar algo que no figura en el título, sino que se desprende de la colección (Bibliotheca Ibero-Americana) en que se incluye el libro: que se trata de ideología, historia y actores de los estudios literarios... en Iberoamérica o, como parecen preferir los editores y los demás autores, en Latinoamérica.

El material cubierto por el volumen no puede evitar ser algo heterogéneo, lo cual se advierte al lector y a la vez se remedia parcialmente con la constitución de tres secciones: I) Teoría y crítica; II)

Filología y crítica; III) Creación y crítica. Desde el punto de vista de los géneros académicos, las contribuciones van desde el ensayo teórico al anecdótico, pasando por la erudición bibliográfica y el análisis estilístico. Más allá de las individualidades, es una obra de interés para todo aquel que se interese por la reflexión sobre los fundamentos epistemológicos de los estudios literarios y por la manera como la crítica, la historia y el ensayo configuran imágenes del acervo cultural. Esta reseña quisiera destacar algunas ideas y líneas maestras y, desde luego, invitar a leer *Políticas y estrategias de la crítica*.

Lo primero que hay que celebrar en este libro es la reflexividad metodológica acerca de conceptos fundamentales, una especie de ascensión semántica por la cual se deja de hablar *en* ciertos términos y se pasa a hablar *sobre* ellos. El caso más conspicuo, en principio, es el del término “barroco”. Las contribuciones de Carlos Oliva Mendoza y Gustavo Guerrero no continúan la tradición de Severo Sarduy y Bolívar Echeverría, sino que la analizan, y con ello eliminan la idea de lo barroco o neobarroco del *explicans* y lo sitúan en el *explicandum*. Sin embargo, la ruptura entre los dos niveles discursivos no es completa, pues el uno se pregunta lo que el barroco puede aportar al discurso crítico contemporáneo (Oliva, p. 98), y el otro encuentra en las teorías del neobarroco “un formidable ejemplo del papel que las Humanidades han cumplido y pueden seguir cumpliendo como gestoras críticas de la memoria en el campo del saber” (Guerrero, p. 114).

Claro está que la reflexión metodológica más importante es la que afecta a la propia idea de Latinoamérica o de lo lati-

noamericano. Por una parte, hay trabajos que la aceptan pacíficamente y como con simpatía, como son los dos dedicados por Liliana Weinberg y Rafael Mondragón a Pedro Henríquez Ureña y su contribución a formar una tradición o canon latinoamericano, y el estudio de Friedhelm Schmidt-Welle sobre la teoría literaria específicamente latinoamericana de Antonio Cornejo Polar. Por otra parte, se advierte que la especificidad latinoamericana puede ser un elemento polémico frente al planteo pan-hispanista defendido por algunos españoles (Menéndez Pidal, Américo Castro, Rafael Altamira), tal como sale a relucir en los estudios de Vicente Bernaschina Schürmann sobre Rodolfo Lenz, de Anke Birkenmeier sobre Fernando Ortiz, y de Fernando Degiovanni sobre Américo Castro. Este último trabajo es especialmente revelador, porque muestra la paradójica situación de Castro, exiliado español que se desempeña como profesor de literatura “sudamericana” en universidades de Estados Unidos: sus empleadores tienen un modelo pan-americanista, y él en cambio uno pan-hispanista, porque piensa –son sus palabras– que “la literatura de ese continente es inseparable de lo español” (p. 209). Nueva paradoja, esto lleva al exiliado republicano a convertirse en apologista de la conquista y colonización, de la monarquía, la religión y la autoridad. El horizonte tácito del análisis de Degiovanni es que la actividad de Castro fue en balde porque no prevalecieron ni su visión panhispanista ni la panamericanista de sus jefes, sino el latinoamericanismo. Sin embargo, esa no ha sido la última palabra, como muestra Gesine Müller a propósito de Mario Vargas Llosa: el *boom* de la narrativa se concibió primero como

un gran proyecto identitario latinoamericano; los propios estudios literarios y culturales “a menudo continuaron sacando su legitimidad de una referencia esencialista al continente, y más tarde –a raíz de la creación de la teoría postmoderna– con su cuestionamiento” (p. 334).

Tal cuestionamiento deberá prolongarse más allá de este libro, que invita a él pero no lo tematiza. El concepto de lo latinoamericano se deja analizar como una de las *políticas y estrategias*, como un elemento de la *ideología* del título, a la par del panamericanismo y el panhispanismo: lo latinoamericano como *explicandum*, no como *explicans*, una vez más. Al fin y al cabo, la única ventaja del latinoamericanismo frente a las otras dos contrucciones es la de ser un hecho consumado incluso institucionalmente –y por cierto también en España, donde hay cátedras de Literatura Hispanoamericana junto a las de Literatura Española–. Resulta un síntoma elocuente de ese hecho consumado el que los editores de este libro, al mencionar antecedentes de “análisis de la historia de la disciplina” de los estudios literarios, consideren los llevados a cabo sobre “Alemania, Francia e Inglaterra”, más “el caso latinoamericano” (p. 7), sin tener en cuenta los trabajos sobre el caso español de E. Inman Fox, José Portolés, José-Carlos Mainer, Leonardo Romero Tobar, Rosa María Aradra, y este reseñador, entre otros; como tampoco los tienen en cuenta los demás autores. Poner en tela de juicio la separación entre América y España no es solamente de interés para los estudios latinoamericanos, sino que también ayudaría a comprender la cultura española. No es seguro que la problemática postcolonial diferencie totalmente a

los países americanos respecto de España, pues esta –ilusiones ópticas aparte– no es más que una parte de aquel todo que se deshizo con la emancipación americana de principios del siglo XIX; y su historia de guerras civiles y dictaduras militares no es tan distinta de la americana, como tampoco lo es su búsqueda de una identidad. Es dudoso que la separación institucional de los campos académicos contribuya a extender y consolidar el conocimiento.

Aún quedan por mencionar otros interesantes aspectos de *Políticas y estrategias de la crítica*. El capítulo de Sergio Ugalde sobre el libro *Cuestiones estéticas* de Alfonso Reyes es un ejercicio ejemplar de *thick description* acerca de lo que significa la aparición de un libro en un entorno cultural determinado: la búsqueda de un “discurso filológico moderno desde una perspectiva liberal” (p. 155). Desde el índice hasta las reacciones de los lectores, todo es significativo. La aproximación a las relaciones de Reyes con Julio Torri que propone Rafael Olea Franco más adelante añade algo de densidad a ese panorama cultural. Antonio Cajero Vázquez hace un llamado a atender la crítica literaria de Borges, y enfoca el texto de *El acercamiento a Almotásim* como “paradigma de la innovación borgeana en el ámbito de las *ficciones críticas*” (p. 289; cursiva original). El trabajo es completo y minucioso: ubica el texto en la biografía de Borges, hace un estudio de erudición bibliográfica sobre su primera publicación y sucesivos avatares, y luego procede a analizar –“deconstruir”, dice, quizá en un sentido demasiado lato– “los andamios retóricos y formales” (p. 308) de este pseudo-ensayo, ensayo-ficción o ficción crítica. Por último, con una sorprendente

mise en abyme, Cajero corrobora su estudio con nada menos que un argumento de autoridad: el propio Borges dijo de ese texto que “pronostica y hasta fija la pauta de otros cuentos que de alguna manera me estaban esperando, y en los que luego se basaría mi reputación como cuentista” (p. 309).

Terminaré esta reseña comentando los dos ensayos más teóricos que abren el volumen; quedarán en el tintero otras contribuciones interesantes pero de asunto más particular, como son la de Anne Krause sobre la correspondencia entre Américo Castro y E. R. Curtius, la de Carolina Alzate sobre Soledad Acosta de Samper, y la de Adriana Lamoso sobre Ezequiel Martínez Estrada.

El primer ensayo es de Ottmar Ette y se titula “Orgullo y convivencia-orgullo de convivencia. Políticas afectivas y crítica prospectiva” (pp. 19-56). El profesor Ette ha ofrecido ya muchas perspectivas valiosas sobre la literatura, el saber, la vida y la convivencia, pero aquí vuelve a sorprendernos con el análisis del orgullo como figura de la convivencia. Le sirve como marco la explicación de Norbert Elias acerca del concepto de “civilización”, que, en la práctica, ha caracterizado aquellos rasgos de la sociedad occidental que esta considera peculiares suyos y de los cuales se siente orgullosa (p. 30). Ette señala algunas dificultades inherentes al orgullo como modo de convivencia, a saber, su orientación “retrospectiva” hacia los logros del pasado y su tendencia a la “exclusión” más bien que a la “inclusión” (p. 45), por lo que se asocia a políticas de identidad (p. 49). Sin embargo, también hay indicios que apuntan a una orientación prospectiva e inclusiva: “un orgullo

por la presencia de una convivencia, que es el resultado heterogéneo de los procesos históricos de la transculturación” (p. 51). Volviendo a la referencia de Elias, una conclusión sería que Occidente debe superar el orgullo de exclusión y aprender de otras sociedades, también mediante la literatura. Queda para el lector un despliegue adicional de este tema, que Ette apunta tan solo en las referencias a Habermas y Gumbrecht: la conexión con la problemática del reconocimiento, sea en la versión hegeliana, sea en la actual de la Teoría Crítica.

El segundo ensayo del libro es “De la mimesis y el control del imaginario” (pp. 57-84), de Luiz Costa Lima. Ofrece una quintaesencia de las propuestas teóricas desplegadas por el profesor Costa Lima desde los años ochenta: las diferencias entre mimesis (este reseñador prefiere la forma esdrújula) y la *imitatio*, entre la mimesis de representación y la de producción; el control del imaginario, con las relaciones entre la literatura, la actividad académica y el poder y el orden sociales; más un tema que no se anuncia en el título pero es fundamental: la ficción. La ficción literaria, como “producción de la diferencia”, permite que la literatura sea “auto-reflexiva”, y por eso mismo puede cumplir “una actividad crítica” (p. 73). Estas ideas se ilustran con el análisis de un poema de Paul Celan. Naturalmente, en tan pocas páginas no es posible una discusión detallada de la problemática que se enuncia; el lector podrá recurrir a la reciente recopilación de obras de Costa Lima con el título *Trilogia do Controle (O Controle do Imaginário, Sociedade e Discurso Ficcional, O Fingidor e o Censor)*. Este re-

señador, sin embargo, quisiera poner una apostilla a la siguiente observación del autor: “resulta sintomático que el concepto de *ficción* haya quedado desatendido durante siglos por la reflexión filosófica seria” (p. 70; cursiva original). Siendo esto cierto, también lo es que desde hace cuarenta o cincuenta años hay abundante reflexión filosófica seria sobre ello, a no ser que uno niegue ese distintivo a la tradición analítica y lógica: desde *The Logic of Fiction* de John Woods (1974), *Exploring Meinong's Jungle* de Richard Rorty (1980) y *Nonexistent Objects* de Terence Parsons (1980), pasando por *Mimesis and Make-Believe* de Kendall Walton (1990), *The Nature of Fiction* de Gregory Currie (1990) y *Truth, Fiction, and Literature* de Peter Lamarque y S.H. Olsen (1994), hasta, en los últimos años, *Truth in Fiction* editado por F. Lihoreau, *Reference and Existence* de Saul Kripke, *Towards Non Being* de Graham Priest, etc. Lo que está por hacer es el relacionar esta tradición analítica con el conocimiento disciplinar de la literatura y con una orientación crítica como la que propone el profesor Costa Lima.

En conclusión, *Políticas y estrategias de la crítica* ofrece un planteamiento estimulante de una problemática muy amplia que no puede resolverse dentro de los límites que impone un volumen, ni en varios. Es de esperar que más investigadores se sumen a esta tarea y contribuyan a una más completa reflexión epistemológica de la disciplina, que permita tanto consolidar su estatuto científico como definir su relevancia para la sociedad.

LUIS GALVÁN MORENO
(UNIVERSIDAD DE NAVARRA-ICS)

Francisco Ruiz Casanova: *Sombras escritas que perduran. Poesía (en lengua) española del siglo XX*. Madrid: Cátedra. 383 páginas.

Desde la nota preliminar que inaugura el libro, Francisco Ruiz Casanova da cuenta de su intención de recopilar en este volumen algunos de los artículos más destacados de su carrera como investigador y crítico literario. De este modo, el eje vertebrador de los capítulos que estructuran el amplio índice no es solo su sentido diacrónico, sino también el propio interés del autor, a través de la presentación de un conjunto de trabajos que tienen como común denominador su abordaje de la poesía en lengua española en clave crítica sin renunciar al carácter divulgativo, como el propio autor manifiesta. Desde este planteamiento, este libro asume un propósito central: la necesidad de volver a cartografiar un panorama poético atravesado por el carácter bífido de la tradicional escisión entre dos etapas articuladas en torno al año 1939.

Así pues, el estudio se inicia presentando dos convenciones puestas en constante cuestionamiento, no por su falta de rendimiento sino por los vacíos que en tantas ocasiones ha provocado: una, la ya citada fecha de 1939; y, otra, la del concepto de Generación del 27, que no su nómina de autores (pp. 14-15). Tras ello, pasa Ruiz Casanova a cuestionar la utilidad contemporánea de la poesía como género literario y cómo esta puede llegar a mostrarse “incapaz de presenciar todas sus manifestaciones y dar cuenta de ellas” (p. 15). De esta forma, el investigador reprueba aquel sector de la crítica

cuyas pretensiones historiográficas han desviado la atención del hecho mismo de la lectura y su interpretación en aras de una excesiva disertación. Esto último, además, ha ocasionado una brecha aún pendiente de ser resuelta, como es la exclusión de determinados autores en favor de un canon legitimado, especialmente en manuales e historias literarias.

En este sentido, una historia de la poesía contemporánea en lengua española es, según el autor, “la historia de un magnicidio cultural, un síntoma de un pasado, no literario sino del poder literario y crítico: una historia incompleta, parcial” (p. 24). Una afirmación tan certera y sagaz permite dar inicio al bloque dedicado al primer tercio del siglo XX aludiendo a uno de esos espacios en blanco: la literatura en español de Filipinas, de cuyas escasas noticias da cuenta el autor en un excelente trabajo de investigación de los pocos estudios que han abordado tales textos. A continuación, se aproxima a la poesía de José Rizal, quien fue para los propios filipinos “uno de los héroes y mártires de la Independencia” (p. 39). A pesar de las filiaciones biográficas y también literarias que le han conectado con José Martí, Ruiz Casanova rehúye tal presupuesto mediante un exhaustivo análisis de sus tendencias y herencias estéticas.

Por otro lado, también hay lugar para aquellos autores cuya obra ha alcanzado suficiente fama, pero en la que existen algunos aspectos que considera de interés destacar y trabajar. Es el caso de la producción lírica de Valle-Inclán, quizás de nostada en favor de su faceta dramática, y a la que se dedica un breve repaso (pp. 50-59) o el lirismo en prosa de Ramón

Gómez de la Serna, pese a que este nunca llegara a escribir poesía. Asimismo, se acerca a la doble faceta de Luis Cernuda como poeta y traductor, condición que pese a popularizarse con la Generación del 27 ya cultivaban modernistas y postmodernistas (p. 88). Tal y como indica, las traducciones de los románticos ingleses o de Shakespeare influirían decisivamente en la obra del sevillano, en tanto que marcaron sus intereses estéticos en sus diferentes etapas.

A continuación, después de sostener algunas afirmaciones que pudieran resultar polémicas —entre ellas, que Neruda o Borges habrían sido incluidos en el grupo de 27 si su lugar de nacimiento y residencia hubiese sido España—, llega a abordar temas tan diversos como el epistolario compartido entre Alfonso Reyes y Octavio Paz, para concluir este primer apartado con una panorámica de las antologías poéticas que se publicaron en torno a la temática de la Guerra Civil. Parte Ruiz Casanova de una práctica distinción al separar aquellas antologías de un solo autor y vinculadas a una época histórica concreta, que denomina “panorámicas”, frente a las “programáticas”, que reúnen un grupo o generación de poetas, normalmente jóvenes, presentando “un tiempo que se proyecta en el futuro” (p. 112).

Por otro lado, los dos últimos tercios del siglo xx ocupan el siguiente gran bloque del volumen, inaugurado por un estudio en torno a la poesía de juventud de Martín-Santos, relegada al olvido y en la que se hace especial énfasis en el contexto cultural, y sobre todo personal, en que el autor de *Tiempo de silencio* la escribiera. Un destino parejo corrió la

producción de Juan Eduardo Cirlot, que protagoniza el siguiente capítulo y cuyo *Diccionario de Símbolos* eclipsó su faceta lírica. Destaca, en este sentido, el análisis de un ensayo prácticamente desconocido de 1950, *Ferías y atracciones*, que muestra una gran conexión con la bohemia literaria de la España de los años veinte e inspirado en el enclave barcelonés del Tibidabo (p. 157). Sea como fuere, lo que continúa latente en todos estos capítulos es la constante afirmación por parte del autor de “la magnitud y alcance de sus individualizados olvidos” (p. 183).

En las páginas que suceden, entonces, desfilan nombres como el de Luis Rosales, del que destaca sus estudios sobre Cervantes y Villamediana y en los que cuestiona la posible influencia de los mismos no solo sobre sus propios intereses sino también sobre las afinidades literarias de su obra, o el de César González-Ruano, cuyo *Don Juan* constituye una clara subversión del famoso mito. Otro caso peculiar es el de Ángel Crespo, cuyo cambio estético, asociado normalmente a su crítica postura contra la poesía social, quizás ya fuera visible en su producción anterior, tal y como el autor se propone demostrar mediante pruebas e hipótesis más que satisfactorias (pp. 194-202).

Un camino diferente toma la poesía de Aníbal Núñez, de quien aún hoy en día existen poemas inéditos que necesitan ser analizados, estudiados y contextualizados en el grueso de su producción y en los que Ruiz Casanova se sumerge durante algunas páginas. La obra de Jenaro Talens, por otro lado, le servirá como vía para advertir sobre la necesidad de una historia del poema en prosa

en España de la que se carece hasta el momento. Una característica constante en muchos de los poetas estudiados, especialmente a partir de la Generación del 27, es la de la figura del poeta-profesor, como es el caso de Andrés Sánchez Robayna, a cuya trayectoria vital y literaria se traza un exhaustivo repaso que culmina en una proclamación de su interés por la profundidad que resulta para comprender el mundo en el que vivió.

En otro término, a lo largo de las casi cuatrocientas páginas de la compilación que aquí se presenta aparece otra de las filias u obsesiones que el crítico literario ha desarrollado a lo largo de los años: la celeberrima antología de Castellet. Las numerosas polémicas suscitadas a partir de su aparición y la ingente cantidad de páginas vertidas a raíz de su publicación interesan a Ruiz Casanova no solo como fenómeno del campo literario, sino también por la misión que desempeñó en aquel entonces y que, junto a la otra gran antología del siglo xx de Gerardo Diego, marcó una escisión en la concepción historiográfica y estética de diferentes momentos poéticos de la España del siglo anterior.

Y es la antología, precisamente, la cuestión principal abordada en un último apartado, junto al papel desempeñado por la crítica literaria en aras de juzgar y cuestionar la deconstrucción o la falsía histórica que, a juicio del autor, provocaron. Más concretamente, Ruiz Casanova acusa a la concepción historiográfica inherente a gran parte de las antologías poéticas del siglo xx de impedir que el vanguardismo y, en concreto, el simbolismo, se desarrollan adecuadamente, pues “la *parte peninsular* de la

Generación del 27 pospuso casi hasta el último tercio del siglo xx cualquier senda poética que no desembocara, finalmente, en el realismo” (p. 305). Desde este planteamiento, la cuestión principal que subyace las palabras del crítico es la idea de “defender la tesis de la antología como libro y no como género” (p. 311), algo en lo que insiste a través de varios capítulos en los que aparecen desde reflexiones sobre el canon teórico-analítico o incluso un interesante intento de decálogo que bien pudiera servir como paradigma para la elaboración de cualquier antología.

Tras este panorama sobre la antología en lengua española, aparecen en última instancia algunos capítulos de variado carácter, en los que el crítico se pregunta por la enseñanza de la poesía y su pervivencia, o en los que se sumerge en la obra de Enrique Badosa y realza su valor como crítico, para culminar con una breve reflexión que condensa lo anteriormente expuesto: “De cómo nunca la Poesía tuvo que ver con los narradores de su Historia”. Efectivamente, lo que Francisco Ruiz Casanova expone en este compendio de toda una trayectoria como lector y crítico literario es, en definitiva, la historia de las excepciones, de los silencios y de los que nunca encajaron. Quedará por ver, entonces, si al menos consiguieron estar los que deberían, aunque nunca logren estar todos los que lo merecieran.

BORJA CANO VIDAL
(UNIVERSIDAD DE SALAMANCA)

2. LITERATURAS LATINOAMERICANAS: HISTORIA Y CRÍTICA

Alberto Moreiras: *Marranismo e inscripción, o el abandono de la conciencia desdichada*. Madrid: Escolar y Mayo Editores 2016. 231 páginas.

Marranismo e inscripción, imperioso, requiere un comentario extendido, y no solo por regirlo un subtexto con el que los profesores naturales de Literaturas Iberoamericanas en países anglófonos pueden o deben reconocer: la subalternidad de las exégesis en castellano, como asevera su autor (p. 29). Para el territorialismo académico occidental esa hermenéutica no logra canonicidad teórica; y su ausencia en antologías reconocidas de teoría magistral en países anglófonos es prueba fehaciente. Ese desvanecimiento empeora en departamentos nominalmente literarios de instituciones laboriosamente asociadas con develamientos críticos o teóricos primermundistas; más integrados que asimilados, como revelan algunas preguntas complacientes de sus colegas (pp. 25-59). Además, con rara excepción el empalme entre latinoamericanistas españoles y transoceánicos es mínimo, como consta aquí por la falta de diálogo entre los instruidos convencionalmente y los formados en el extranjero, otro subtexto de esta compilación.

Por ese *impasse* es productivo ilustrarse con la crítica con cuyos presupuestos no se conjuga, para responder a sus argumentos con sensatez y porque algo desacertado puede ser muy útil. Se acepta que un crítico que embrague esas coyunturas sea visto como marrano (un sospechoso de practicar ocultamente una antigua “reli-

gión”, ¿quizás un humanismo renovado?), aunque supedita el origen del calificativo, historizado por Francisco Márquez Villanueva respecto a sus vínculos con nómadas, mártires, intelectuales y disidentes. Es más difícil consentir la semántica de “marranismo”, neologismo de acepción colindante al comportamiento social no normativo. Ese estado, transmitido y traducido por la escritura, se oscurece al cifrarlo “en difícil”; y el vaivén entre ajuste de cuentas, autocritica o autobiografía muy parcial, bosquejo didáctico, indulgencia y justificación provee a la sazón un adiestramiento diferente del que Moreiras ensaya. Divulgación completa: en las conversaciones y artículos de *Condición crítica* (2015) me refiero a la misma esfera institucional tóxica, con metas poco diferentes, desde una formación literaria latinoamericana. Escribo también consciente de que ninguno de nosotros cura el cáncer o elimina la pobreza, y sin otra ambición que dialogar ante un ambiente en que el altruismo, la confianza, la cooperación y la virtud son lujos prohibitivos.

Un subtexto anexo de este vademécum, posmodernista a su manera, es el apetito de legitimación crítica (quizá un trampolín social mayor que la literatura), de cómo y con quién se autoriza. Moreiras, auto-definido como poshegemónico, cuasi-deconstruccionista de aflicción progresista antiidentitaria por utopías que no fueron, y gallego, asume aquí una identidad que empatiza menos con la pugna de otros y más con la propia. Esa progresión incluye mensajes afines sobre quién lo lee y para quién escribe; y por qué o cómo llega a

tener, más que abandonar, una “conciencia desdichada”. *Marranismo e inscripción* arma y desarma esas manivelas, y es menos arduo captar sus fugas o significados personales (son numerosos los llamados a sí mismo y a feligreses biempensantes) que en la teoría, que es la que más le interesa. Así aboga más por una política de autenticidad que por una de identidad crítica y en el mejor de los casos sugiere algo de la carga alegórica de su escrito: la futilidad de intentar separar lo personal de lo político, mostrando que siempre será un testigo no un héroe de su movimiento.

Desovillar ese tejido hace inevitable pensar en cómo algunas versiones anglófonas previas de estos textos han sido leídas o difundidas estratégicamente, pautando esta versión. La lealtad es un gran valor, pero es igualmente valiosa la objetividad cuando los críticos pretenden escribir para los que no son sus seguros lectores. Cómo se construyó esa metacondición es harina de otro costal para un libro leído en mi lengua madre, antiidentitario y no subalterno o decolonial que soy. Si varias partes del libro parecen traducidas del inglés su carácter coyuntural y precipitado resalta en el capítulo 4, “¿Puedo madrugarme [*sic*] a un narco?” (pp. 103-115), relato hoy interesante de la diversificación de un campo que le atañe según unas negociaciones en un congreso latinoamericanista de 2012. Su conclusión “Y ya veremos qué pasa el año que viene en Washington, y también lo que pasa por el medio” (115) es un *non sequitur* para el resto del libro, aunque significará algo para el público al que indudablemente se dirige.

En el capítulo 6, que corrige ciertos gestos o giros comunistas [*sic*] de libros que asevera no recensionará (p. 138), hay una locución programática: “Por lo tanto, la decolonialidad solo puede tener éxito, incluso como ideología global,

como mercancía ideológica, preparada para la circulación, incluso marcada y publicitada para su circulación extraordinaria como mecanismo compensatorio a la crisis neoliberal” (p. 151). Esta frase sobre su *bête noire* principal remite a algunos argumentos sensibles que se bambolean en el capítulo 3, cuando adelanta que “Los decoloniales después de todo sí que siguen a los líderes populistas, se benefician de ellos todo lo que pueden desde su respeto” (p. 91). Dicho de otra manera, son comisarios progresistas solo preocupados por venerar la historia y oler traiciones de clase, sin pensar en las suyas. No es menos directo con el archivo identitario, que despectivamente considera el único pensamiento dominante producido por la tradición intelectual iberoamericana (p. 41), noción fácilmente desmentida por los 34 volúmenes de la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*.

Se puede decir lo mismo de toda crítica comprometida, desde el cuarentón testimonio hasta los subalternismos actuales, y no se trata de hilar más fino sino de reconocer en uno mismo lo que uno reconoce en otros, problema de identidad del cual nadie es inmune. En su preclara narración filosófica *Los países invisibles* (2008), Eduardo Lalo, prosista y catedrático puertorriqueño nacido en Cuba, expresa algunas verdades pertinentes, entre ellas: “El pensamiento no tiene que tener como objetivo la transformación del mundo, tarea evidentemente imposible para quien esgrime una pluma. El pensamiento es un acto de supervivencia; le permite a ciertos hombres y mujeres vivir hacia dentro en un mundo en el que apenas pueden encontrarse” (énfasis suyo). Según Lalo, el discurso que pretende ajusticiar revela un

heroísmo inútil que no tiene conciencia de que “aun las grandes victorias poseen una condición pírrica”.

Cuesta traducir (en varios sentidos) frases típicas de este libro, como “la infrapolítica es suspensión de la relación entre nihilismo y principio de equivalencia general; y que, por lo tanto, la infrapolítica plantea una objeción central a toda resistencia en relación a la noción heideggeriana tan denostada de ‘otro comienzo’” (p. 43). No menos sucede con la abundancia de partículas sin seguimiento como “por lo tanto”. A esa retórica, que no es nimia cuando se trata de transmitir ideas, se añade resentimiento o frustración cuando manifiesta que no le gusta enseñar literatura convencionalmente sino crear “comunidad” (p. 213), empresa dificultosa en el típico ambiente anglófono. Pero que la enseña revela que su desencanto no es con la institución literaria sino con la universitaria. Es una ética paradójica que los complacientes aceptarán o comprenderán. Moreiras tiene a su favor la valentía de expresarla, aunque varias veces afirma que no quiere mencionar nombres, gesto más anglocéntrico que iberoamericano que conduce a preguntar si no nombrar a todos los culpables contribuye a un tipo de colaboracionismo.

Los capítulos más enérgicos y reveladores son el 1 y el 3, si bien la difícil marca crítica institucional previene un encuentro verdadero con la diferencia, fetiche crítico que podría ser más productivo que la “equivalencia” e “infrapolítica” que enfatiza como metodología en los capítulos conversatorios, el primero y el noveno. Aunque cada uno de ellos tiene destellos importantes por desarrollar, los capítulos 5, 6 y 8 convencen menos por

su tenue conexión con los anteriores o posteriores. La parte más importante, que contiene hipótesis que no se difunden por el vaivén mencionado arriba, es la transcripción redactada de la entrevista inicial en que, luego de manifestar en la Introducción que no se presenta como “un chico bueno” (p. 17), Moreiras abandona el “espacio seguro” (eufemismo de matones universitarios anglófonos para proteger o mimar un pensamiento “diverso” único, mientras rechazan o silencian el de otros) para expresar puntos de vista que considera productivos, y lo son por su carácter combativo. Esa misma franqueza lo expone a contraataques, porque por más abierto al diálogo que se pronuncie es evidente que quiere imponerse desde su razón, y por eso le falta evaluación a su texto.

Marranismo e inscripción se estructura en torno a la expectativa de que depende de los lectores determinar los enlaces entre varios argumentos que no se conectan de un capítulo a otro, sino en términos del contenido de los capítulos mencionados arriba. Es una disposición desafiante, y frustrante. En la Nota Preliminar, repetida como contraportada, Moreiras sugiere que se puede leer los capítulos 1 o 9, o juzgar negativamente los otros [*sic*]. Esa precodificación, diferente del “Tablero de dirección” de *Rayuela* que una lectura convencional podía incumplir, es una astucia para prevenir el orden que esperaría una lectura tradicional, o la expectativa razonable de que un estudio tenga un argumento que se vaya tejiendo con cierta lógica. No es el caso de esta compilación abanderada de la politización interdisciplinaria de cualquier discurso exegético, que no es ni debe ser un problema en sí. Ese desorden se acrecienta al toparse con

un latinoamericanismo que quiera dialogar con el que Moreiras define como suyo, en particular con su ambición de cumplir un ciclo que abandona la “conciencia desdichada”.

¿Qué se entiende, o qué entiende por ella? No hay nada pusilánime en su manual, y a partir de que, diferentes de los profesores iberoamericanos, suelen ser pocas las desdichas materiales que padece un profesor universitario en Estados Unidos, hay que buscar el origen de la desgracia en otras causas. Para Moreiras aquella parece recaer en no ser escuchado, en no haber llegado a otro público. La culpa no es del auditorio sino de una condición académica endémica. Como le ocurre al profeta de Nietzsche en *Así habló Zaratustra*, al querer salir a una esfera mayor desde su desorden, disciplinas como estas apenas se alejan de lugares llenos de polvo. La contrariedad es querer responder a una pregunta que ni él ni un reducido número de adeptos anglófonos (ignotos en la América Latina que nominalmente es su campo), pueden contestar con las arengas cuasifilosóficas que privilegian y se les van de las manos: cómo los nuevos conocimientos de la práctica crítica y creativa pasan de la teoría abstracta a la cultura literaria en que se mueven, por decisiones institucionales irresponsables que no pueden controlar.

Un contraargumento tiene su meollo en el capítulo 2, “Mi vida en Z. Ficción teórica” (61-75), defensa comprensiblemente emotiva de su gestión en una institución donde ya no está por razones que provee enredadamente, terminando con un correo electrónico personal, redactado y en inglés, para que se juzgue al sistema opresivo. Moreiras teje un relato suges-

tivo (previsible para los que trabajan en departamentos de “español y portugués” nominalmente bilingües de su país adoptivo) que es a la vez un informe kafkiano sobre una tribu académica disfuncional y sus relaciones ambivalentes. Lleva razón al querer superar la denuncia, pero no al abogar por una “crítica democrática de la razón imperial” (p. 99) con el tono imperioso de sus contrincantes “posliterarios”. Ambas partes no hacen un examen de conciencia de su alianza con instituciones que quieren salvar al mundo con o sin profesores que ganan lo que sus pares en instituciones subalternas ni se imaginan.

Que a estas alturas su expresión siga siendo tan enmarañada como la de sus contrincantes complica determinar quién tendría razón, y no hay una palabra sobre el papel en sus querellas de la incomunicación con un Otro verdadero no institucional. Es decir, se entienden a cierto nivel, pero no ocurre lo mismo con el resto del público Otro que no los ha leído. Por esa paradójica falta de franqueza su perorata se aproxima peligrosamente a la chismografía intelectual, con tópicos, clichés y consentimientos evangélicos; y resulta en una prédica de tendencias conservadoras que no cree en otra cosa que sus propias ideas. La intención es valiente, y ese es un gran mérito. Pero como muchas quejas académicas, es una voz que clama en el desierto, lo cual no disminuye la malevolencia que indica haber experimentado.

En *Materialism* (2017) Terry Eagleton actualiza sus quejas de este siglo, mediante las cuales los estudios literarios y culturales son dominados por “posmodernistas dogmáticos” que creen que todo, incluida la naturaleza humana, es una

“construcción cultural”. Según su crítica, sugerir que ciertos aspectos humanos son constantes —no importa la etapa histórica, ideología o condiciones sociales— es respaldar un conservadurismo político, resistir el potencial de cambiar. Salvedades de canonicidad incluidas, el arrepentimiento o toma de conciencia de Moreiras es similar. Eagleton advierte a sus compañeros progresistas que no supongan que oponerse a la idea de la naturaleza humana es tener la razón, porque la estabilidad puede ser buena y el cambio malo. Considerando que Eagleton es uno de los críticos arrepentidos de sus excesos de hace treinta años —que con Daphne Patai examiné en *Theory's Empire* (2005), que también incluye una nota de D. G. Myers, “Bad Writing” sobre la escritura deliberadamente incomprensible— es factible suponer que lo sabe por experiencia propia, como Moreiras.

En ese contexto ¿cuáles son las conexiones de los capítulos siete (sobre Muñoz Molina) y el Apéndice (sobre Marías)? Este último discute la “religión marrana” como divertimento, porque su intención “no es hacer crítica literaria” (p. 215), forzando “una dimensión infrapolítica en su estructura” (p. 218). Respecto a Muñoz Molina afirma “En este capítulo mi intento es más personal que académico” (p. 168), como si se pudiera separar ambos propósitos, desmintiendo cualquier ilusión de ver el latinoamericanismo como campo “científico”, quimera de la ciencia *literaria* alemana de los años treinta (en el *Tractatus*, de 1921, Wittgenstein arguye que la filosofía tampoco puede ser una ciencia). La atención a ambos autores ocupa trece páginas, cinco para Marías, y en ellas agrada notar que Moreiras es un

analista tan forense respecto a las tramas como cualquier otro concentrado en la estética. Visto así el problema no es que la literatura sea convencional, o que la crítica deba beneficiar a los lectores. Más bien, si no se puede cuestionar con conocimiento de causa a la mejor literatura, que es históricamente anti-tradicional, el crítico se ubica en un callejón sin salida por decisión propia, y no es la culpa de los que no comulgan con él. Situar a un escritor, obra o giro literario en casillas particulares rara vez ayuda al autor (más su obra o movimiento) arrasado por aquellas casillas a lograr algún tipo de reputación de largo plazo, entorpeciendo sus intentos de moverse a un territorio creativo fresco.

La compilación *Just Being Difficult? Academic Writing in the Public Arena* (2003) comprueba defensivamente que la escritura crítica [*sic*] solo se puede relacionar al público que es su blanco; y no se sabe de un escrito “en difícil” posderridiano que haya cambiado la manera de pensar o tenido un papel trascendente en un público no académico. Esa situación continúa porque el lenguaje de la teoría social —que predomina en el talante de Moreiras y requiere una formación nada común entre los de abajo— es parte del sistema que quiere hacer visible. O sea, la sintaxis voluntariamente embarazosa es un arma, una manera de convertir el estigma de la diferencia en el prestigio de la distinción. Esos embelesamientos debilitan los enlaces interpretativos, hacen invisibles los detalles que no puede amoldar, y por ende las abstracciones solo les incumben a los especialistas. Richard Rorty critica ese tipo de pensamiento grupal, abogando por ampliar el consenso sobre el estado de las discusiones, para pasar de las

estrategias enfocadas en las diferencias a lo que se tiene en común. Ni Moreiras ni sus antagonistas o simpatizantes, ninguno de los cuales es un intelectual público, parecen querer negociar con sus principios para formar alianzas con un Otro de quien dudan, y todos salimos perdiendo.

Cualquier análisis de instancias presuntamente importantes en la crítica literaria es mucho más fascinante, confiable y revelador si se puede distinguir a otros individuos entre la masa y si se escucha sus voces entre el estruendo de ideas abstractas. Esas voces salen aquí sólo cuando cita positivamente a los que piensan de manera similar. Más que privilegiar la “poshegemonía” (si se cree que prefijos como “pos” explican todo en un momento poscrítico, ¿se puede vislumbrar un momento posposhegemónico?), lo que agrava a ese tipo de diatriba, no expresamente a Moreiras, es el temor a no estar al día, a ir contra la corriente que la rodea, a no hacer las venias, o ataques, en el momento adecuado.¹ Reconocer la honestidad es algo saludable, aunque hacerlo por supuesto no remienda la calidad de los contenidos. Por eso la de *Marranismo e inscripción* es una crítica institucionalizada cuyo discurso elitista encuentra módulos ingeniosos para que otros se sientan o crean invisibles, un separatismo que empeora las divisiones in-

útiles que siempre existirán en el trabajo crítico, aun cuando se crea, como Nuccio Ordine en su manifiesto *La utilidad de lo inútil* (2013, español 2016), que hay que seguir tutelando sobre saberes que no tienen beneficios prácticos.

Si pretende renovar radicalmente el latinoamericanismo faltan estudios revisionistas en torno a los anacronismos de las verdades históricas, de Rancière (sobre la democratización del aprendizaje hacia una igualdad intelectual), Said y Latour, o la dilatada documentación en torno a la especificidad del latinoamericanismo no literario, precisamente de fuentes latinoamericanas que evidentemente no le cautivan, aunque conoce otras. Esas ausencias son ética de todavía otro costal. A la vez, la carencia de textos literarios evidencia un desconocimiento del quehacer actual de críticos “tradicionales”. No hay, en términos de esos textos, algún comentario sobre la popular “autobiograficción” y su exacerbación de subjetividades que se quiere ver como un valor de autenticidad. El problema mayor que se desprende de este amalgama es que solo cree en dos tipos de latinoamericanismos, el suyo y el de selectos críticos antagonistas, con particular desdén hacia aquellos que supondrá conciben el latinoamericanismo desde la literatura. Según *Borges* (2006) de Adolfo Bioy Casares, su irónico coautor (un cuento suyo se balancea en *Marranismo e inscripción*) dijo de un comentario de Goethe sobre Cervantes: “Qué bien, qué generoso. Qué distinto de casi todos los críticos, que se alegran de mostrar que un libro muy admirado no vale nada”.

El desapego e ironía que impulsan a los críticos humanistas son un lugar común hoy. Por décadas han dejado de ser

¹ Pongo en perspectiva la crítica latinoamericanista institucionalizada escrita en inglés en “Una crítica traducida y domesticada”, *Letras Libres* XVIII, 206 (febrero 2016), pp. 32-35. A su vez, me refiero a la crítica literaria española con que no se asocia a Moreiras en: “Spanish Latin Americanists on Contemporary Narrative”, *Latin American Research Review* 48. 3 (2013), pp. 205-213. La referencia posterior a Eagleton es: “Not Just Anybody”, *London Review of Books* 39. 1 (5 January 2017), pp. 35-37.

los rebeldes sin causa que despotrican contra el *establishment*, porque sería serruchar su propio piso, y qué mejor que hacerlo contra el Otro del día, no una minoría oficial, especialmente en el país en que trabaja Moreiras. Paralelamente, examinar los límites de cualquier crítica no significa dejar de ser crítico o abandonar la política sino pensarla de una manera más rigurosa, que se imposibilita con los intereses creados de este libro, a pesar de que explique bien cómo, en una lucha de todos contra todos, la solidaridad y la realización moral no importan. Pocos críticos hablan hoy de la política sin avergonzarse, porque ser verdaderamente crítico significa escuchar la voz de la conciencia, que no descarta mentir, aún en el servicio de una causa buena. Por esos estancamientos la estética (“arte”, prefiere Moreiras, aunque no precisa por qué le es “antipático” el otro término) de las humanidades globalizadas puede ir de la mano con la crítica política radical. Esa conjunción no se puede dar por medio de la retórica negativa y discurso contradictorio que surgen de no admitir plenamente las contradicciones que *Marranismo e inscripción* fácilmente encuentra en sus antagonistas. Pero es tangible que la marcada función terapéutica de este libro tiene los resultados que su autor desea.

Si Moreiras arguye que etiquetas como “latinoamericanismo” son metáforas que ya no son viables, nunca se libera de ellas, y no por el bien de sus lectores. Aparte de “infrapolítica”, que persevera por aplicar a un corpus literario mínimo (su bibliografía registra tres obras que cabrían como tales), no propone otras que cumplan con su vehemencia por pronunciarse “contrauniversitariamente”. Acudir

a “otros horizontes y otros parámetros ya no regionalistas ni excepcionalistas” (p. 132) es precisamente lo que la literatura latinoamericana y sus críticos abandonaron hace veinte años para su narrativa, y *Marranismo e inscripción* no aspira a conocerla o examinarla. Verbigracia, es temerario equiparar a Lamborghini y Perlongher con Donoso, Elizondo, Goytisolo y Sarduy (p. 18). Tiene todo derecho a concebir así la historia literaria, pero no a esperar que otros estén de acuerdo y le den la razón. ¿Cuál es el riesgo verdadero, clandestino o infrapolítico de Moreiras? Su avidez de imaginar la exterioridad como pensamiento regidor benéfico es aceptable como aspiración, y como tal seguirá contribuyendo a sus propios escritos, no a un programa pedagógico embarazoso en un departamento anglófono de “español y portugués”; o intentarlo en un departamento de filosofía anglófona es igualmente inverosímil, por varias de las razones que saca a colación.

A su favor, Moreiras, a quien se le debe desear lo mejor en su empresa, lucha contra varias jerarquías que rigen en las guerras del mundo cultural anglófono que poco ocupan al latinoamericano: contemporáneo gana a antiguo, no-blanco a blanco europeo o estadounidense, femenino es mejor que masculino; y sus avatares y alertas de “microagresiones”. No se trata, como describe Eagleton las preferencias de la crítica actual al reseñar *The Limits of Critique* (2015) de Rita Felski, de que “La existencia diaria puede ser válida sólo si es alejada, perturbada, desmantelada, fragmentada o penetrada a cierto nivel del ser más profundo o más elusivo [...] Sólo se encuentra valor en algún momento privilegiado o epifanía

rara, alguna revelación fugaz o insinuación esporádica” (p. 37). Para América Latina este marranismo es inofensivo por predicar a los fieles que, como los devotos de otra crítica, no leen a los que son parte de otra “empresa académico-teórica” (p. 137); porque otras empresas no rinden los mismos beneficios profesionales o personales. La extraña artificialidad de sus logros y las molestosas dudas que engendra parecen haberlo hecho sensible al veredicto de los que le aseguran que es un actor académico perspicaz, que debe compartir sus ideas. Se puede empatizar con esa creencia en cierta medida, porque surge de un pensador circular, luchador en un mundo competitivo que destruye o envenena la reciprocidad, la amistad y la lealtad.

WILFRIDO H. CORRAL
(ACADEMIA ECUATORIANA DE LA LENGUA)

Wilfrido H. Corral: *Condición crítica*. Quito: Ediciones Antropófago, 2015. 385 páginas.

Resulta un verdadero desafío escribir una reseña sobre un libro en el que el mismo autor, Wilfrido H. Corral, establece los requisitos con los que, en su opinión, tendría que cumplir una reseña: “A riesgo de pontificar, creo que una reseña verdaderamente crítica cuenta una historia, tiene trama, entusiasmo más que pasión, es novedosa, respalda lo dicho con citas textuales” (p. 126). Aunque me parece muy difícil, si no imposible, llegar a redactar esta reseña ideal, haré un intento. Sin duda, mi evaluación ya cumple con uno de los requisitos: el entusiasmo. En

este libro Corral elabora una crítica de la crítica y lo hace con una gran perspicacia basada en lecturas de innumerables libros y artículos de crítica sobre la literatura latinoamericana. El autor ofrece una visión panorámica impresionante, tanto en el espacio como en el tiempo: abarca todo el continente latinoamericano a lo largo de diferentes épocas, básicamente desde principios del siglo veinte hasta hoy día. El trabajo realizado por Corral es más que necesario, sobre todo en una época en la que hacer crítica literaria en un contexto académico se ha convertido en una labor cada vez más ardua. A esto probablemente se refiere también Corral cuando habla de la “deshumanización” de las artes (p. 41). *Condición crítica* contiene cinco ensayos, que son revisiones de textos publicados anteriormente en diferentes lugares. Para el primer ensayo Corral añade además un prefacio y un epílogo, ambos fechados en 2015. Los cinco ensayos son precedidos por un largo texto preliminar titulado “Conversaciones con Marcelo Báez Meza”. Sea conversación, entrevista o diálogo, el hecho es que Corral va experimentando hasta con el género de la crítica literaria. Dialogar es un arte, ya desde Platón, y requiere una gran capacidad de escuchar bien al otro. Will Corral y Marcelo Báez Meza elevan el género del diálogo a una altura poco vista en la crítica literaria de América Latina, con un enfoque particular en Ecuador. Asimismo, Corral hace un recorrido de su propia carrera, en la que destaca la influencia de su maestra Ana María Barrenechea: “Lo más importante de su maestría era su apertura a las nuevas generaciones (de entonces, como Severo Sarduy), y a los ‘raros’, comenzando con Cabrera Infante” (p. 135). Esta ca-

racterística, bien admirable en los críticos literarios, se observa claramente también en el mismo Corral.

El título del primer ensayo parte de una cita de la novela de Monterroso, *Lo demás es silencio*: “‘Hablar de un esposo siempre es difícil’: condición crítica del testimonio femenino”. A diferencia de muchos estudios sobre testimonios femeninos que suelen limitarse a testimonios escritos por mujeres de clase baja, Corral se dedica en este ensayo a los relatos escritos “por esposas o compañeras de escritores hispanoamericanos ‘reconocidos’” (p. 183). Son testimonios escritos por mujeres de clase media o media alta, por lo general “letradas no poetas” (p. 184), lo que tiene muchas implicaciones para la delimitación del género del testimonio. Corral profundiza aquí un corpus muy interesante de textos que se escribieron al margen de las obras de los grandes escritores, lo que le lleva a cuestionar o “modificar lo que hoy se sigue entendiendo como testimonio” (p. 184). Corral escribe: “El meollo del asunto es que la mujer ‘burguesa’ (o en el caso que me ocupa, la que ha llegado a ser burguesa), tanto como la indígena o la oligarca, experimenta la discriminación, y puede ser oprimida y explotada.” (p. 193) Dentro de este grupo se distinguen además los testimonios de esposas o compañeras que también son escritoras (p. 196). Enseguida me vino a la mente un libro que Corral no menciona, pero que bien cabe en esta categoría: el testimonio de la escritora Bárbara Jacobs, *Vida con mi amigo*, de 1994, un libro íntimo sobre su vida con Monterroso, que es al mismo tiempo un viaje por la literatura universal. También es un texto que oscila entre autobiografía y biografía

(p. 199), y confirma la tesis de Corral de que el testimonio femenino no puede ser reducido ni a una sola clase social ni a una sola ideología, sino que es un género mucho más rico y complejo.

En el segundo ensayo, titulado “¿Qué queda del sesentayochismo en los nuevos narradores hispanoamericanos?”, Corral reflexiona sobre el concepto de compromiso político en la literatura. La pregunta en el título parece sugerir que el llamado “sesentayochismo” ya no existe. Con los “nuevos narradores” se refiere a los autores nacidos en los años cincuenta y sesenta. Se puede argüir por un lado que “toda la trayectoria de la literatura de Occidente, y la historia misma de la novela, está impregnada de política” (pp. 224-225). Por otro lado, también hay narradores que adoptan una actitud apolítica (p. 227). Aunque Corral afirma que “sigue siendo más fácil decir lo que no fue [el sesentayochismo] que lo que es”, él mismo esclarece bien el significado del 68 y su importancia para la literatura: “Hay entonces que acercarse más al 68, sin reificarlo como error cognitivo o fracaso moral, sino como una falsedad estructural de locales de cultura específicos que se trasladó en un momento como condición necesaria para la narrativa hispanoamericana” (p. 228). Más adelante el autor matiza aún más al reconocer que “el sesentayochismo significó un utopismo que permitió cuestionar la autoridad”, pero que “las generaciones actuales pagan o quieren pagar los excesos de sus padres putativos” (p. 231). Según Corral es difícil precisar cuál es la “política” de los novísimos (p. 233), sobre todo desde que “la ideología política contemporánea ha superado la división entre Derecha e Izquierda” (p. 234).

También el tercer ensayo lleva como título una pregunta “¿Qué tipo de *boom* tenemos o quiere la crítica a más de medio siglo?”. En este ensayo Corral investiga los términos del “*boom* de la novela latinoamericana”, la “nueva novela latinoamericana” y la “nueva narrativa latinoamericana” y observa: “Mientras más se quiere enterrar al vocablo más renace”. Resulta que en España y en menor medida en América Latina no se puede hablar de la narrativa del siglo XXI “sin hacer referencias directas o rebuscadas a los ‘clásicos’ del *boom*” (p. 255). Lo que Corral se propone hacer en este ensayo entonces es “recuperar y comentar algunas opiniones perdidas en las nebulosas discusiones y evangelios partidarios que llevan poco más de medio siglo” (p. 256). Aquí se revela otro de los méritos de Corral; a saber, su perseverancia en rescatar lo perdido en la crítica literaria y así arrojar una nueva luz sobre conceptos y discusiones que ya dábamos por sentados. Concluye su argumentación con una interpretación positiva: “A pesar de más de medio siglo de entierros y exhumaciones, en 2015 el terreno mítico del *boom* sigue siendo fecundo, y frágil, y su nobleza rústica y su peso moral, absorbidos o resistidos, son una fuerza inescapable para la invención artística de las literaturas iberoamericanas” (p. 286).

A lo largo de los ensayos de *Condición crítica* Corral da una visión amplia de la narrativa latinoamericana en todos sus aspectos, pero en varios momentos se revela también como especialista en la obra de algunos autores como Monterroso, Vargas Llosa, y en particular también Bolaño. Es lo que vemos en el cuarto ensayo, “Bolaño, la crítica y ética del disgusto, y los expertos”, un análisis profundo de la obra de Bolaño

desde un marco teórico bien fundado que incluye a Barthes, Gadamer y Benjamin entre muchos otros. Al inicio del ensayo, aunque en una nota a pie de página, Corral dice algo que nos parece fundamental: “Por crítica ética (no ‘ética de la crítica’) entiendo: elucidar el contenido ético del arte, preguntarse si una dimensión ética es esencial para el arte como arte, e incluir un componente ético en la interpretación enfocado en la subjetividad de todo compromiso y su efecto en la responsabilidad interpretativa” (p. 295). En la conclusión vuelve sobre el aspecto ético: “Todavía hay mucho que examinar sobre la crítica y Bolaño, no porque haya sido el único artista ético respecto a su relación con ella, o el primero en expresarla, sino porque solo se vislumbra su amplio legado” (349).

El último ensayo, “Latinoamericanistas españoles y narrativa contemporánea”, consiste en un análisis detallado de tres libros recientes editados por varios editores y publicados por universidades españolas sobre la narrativa latinoamericana del cambio de siglo y del siglo XXI. Si bien Corral lamenta la notable ausencia de artículos sobre autoras en los tres volúmenes (p. 368) y expresa su escepticismo respecto a algunas contribuciones, elogia varias otras y aprecia la publicación de los tres tomos en su totalidad. En sus conclusiones leemos: “Ya sea que uno esté de acuerdo o no con su corpus, marco o enfoques, la gran mayoría de estos artículos constituye una contribución sólida y novedosa a la cada vez más compleja narrativa latinoamericana reciente y su muy dispersa crítica” (p. 379).

En el ensayo sobre el testimonio femenino, Corral escribe: “[...] hay una certidumbre comprensible: si la crítica no

mejora, uno sí puede mejorar como crítico, abriéndose a otros diálogos.” (202) Es precisamente lo que Corral mismo hace. Siendo muy crítico hasta de sus propios textos, los reelabora y los vuelve a publicar en nuevas versiones actualizadas. Corral entreteje una investigación sofisticada sobre un corpus muy rico, tanto de textos literarios como de textos críticos. Su libro es una buena ilustración de lo que él mismo entiende por “la mejor crítica humanista” en la que “[s]e trata de no ser autoritario, de saber cuándo darle un descanso a los argumentos. Hay que saber cómo provocar a tu público, y calcular bien la reacción, lo cual no quiere decir darle lo que quiere oír. Esa es la verdadera dialéctica de la crítica” (p. 107). Corral desempeña su profesión como crítico literario con seriedad, pasión y empeño sin eludir las cuestiones éticas que surgen de la actividad del crítico literario. *Condición crítica* es un libro escrito con gran lucidez que constituye una contribución importante a los estudios literarios actuales. Corral expande nuestros horizontes y hace vibrar las voces literarias de América Latina más allá de sus fronteras.

AN VAN HECKE
(KATHOLIEKE UNIVERSITEIT LEUVEN)

Peñate Rivero, Julio (2016): *El cuento literario hispánico en el siglo XX. Variaciones teóricas y prácticas creativas*. Madrid: Visor. 318 páginas.

El interés teórico por el cuento no siempre ha ido parejo con las excelentes muestras que dicho género nos ha legado para la literatura universal: Poe, Lovecraft,

Kafka, Borges o Cortázar. El prejuicio de la brevedad, la crítica a la falta de aliento o ambición narrativas han acompañado un número nada despreciable de “apreciaciones” más o menos informadas. Así, afloraron árboles de Porfirio que pretendían avalar o consagrar una clasificación genérica dividida en géneros superiores y géneros inferiores o subgéneros literarios, entre los cuales, el cuento hallaría acomodo junto a otras formas como los muy citados y poco valorados aforismos. En principio relegados al espacio íntimo o al deslegitimado de la prensa periódica, estos caprichos, ejercicios de taller, apuntes o esbozos van a manifestarse como una de las plasmaciones más esquivas e interesantes de la literatura y encarnarán, para muchos, la representación más sublime de la fragmentaria y atomista modernidad. En este sentido, *El cuento literario hispánico en el siglo XX. Variaciones teóricas y prácticas creativas* supone el reconocimiento ejemplar del incalculable legado de los grandes cuentistas contemporáneos.

A simple vista, el estudio del profesor de la Universidad de Fribourg Julio Peñate Rivero continúa, actualiza y amplía varios de sus trabajos de referencia sobre Galdós, Unamuno, Rómulo Gallegos o Pérez-Reverte que, sin duda, están en la base de la presente monografía. No obstante, el propósito de libro trasciende la visión panorámica o el enfoque microscópico, que suelen limitarse al sumatorio de tendencias, autores y obras o a la profundización en un único aspecto o creador. Aquí, más que una genealogía o un muestrario, se ofrecen las coordenadas y posibilidades del “cuento clásico hispánico”, tal como quedó configurado desde finales del siglo XIX hasta la actualidad.

El cuento literario hispánico presenta una estructura bímembre claramente diferenciada. En primer lugar, el autor se centra en cuestiones teóricas sobre la naturaleza formal o la posición que ocupa el cuento dentro del sistema literario desde una perspectiva interdisciplinar, que bebe del pensamiento sistémico y de la teoría de la argumentación; por último, realiza un recorrido por la narrativa breve contemporánea de ambas orillas de la mano de algunos de sus cultivadores. Concretamente, los textos analizados –Miguel de Unamuno, Horacio Quiroga, Rómulo Gallegos, Juan Carlos Onetti, Juan Rulfo, José Donoso, Mario Benedetti, Arturo Pérez-Reverte y Roberto Bolaño– ilustrarán elementos clave en sus respectivas poéticas y cuya visión conjunta revela las fronteras móviles de dicho género.

A modo de presupuesto de partida, Peñate cita una definición de cuento propuesta por el narrador José María Merino: “una ficción literaria cuyo hecho narrativo debe producirse con la mayor intensidad en la menor extensión posible” (p. 10). A partir de esta noción, que destacaría el carácter ficcional, narrativo, breve e intenso del género, el profesor emprende una caracterización compleja del fenómeno que implica, en el fondo, un desarrollo sutil de las consecuencias genológicas –temáticas y formales– derivadas del par brevedad/intensidad. De modo específico, cita los siguientes rasgos básicos del cuento, aunque algunos se superponen a otros géneros narrativos: responde a un conflicto ligado a una disfuncionalidad escenificada o no en la diégesis (pp. 10-11), se suele centrar en un único elemento significativo (p. 11), posee un mayor grado de alusividad (p. 12), predomina la focalización

y la verticalidad sobre la progresión horizontal, diacrónica de la historia (p. 13), que se traduce en una mayor “densidad discursiva” y concisión (p. 14), auténtica piedra angular del cuento; asimismo, en el plano actancial, los personajes se presentan fundamentalmente en acción. Como resume Peñate Rivero: “La disfuncionalidad indica el núcleo problemático en que se asienta el mundo del cuento literario. La verticalidad y la actancialidad expresan su estructura y su desarrollo. La monotematicidad, la alusividad y la densidad ordenan la perspectiva desde la que se aborda dicho mundo” (p. 17).

Ahora bien, en mi opinión, el punto fuerte del marco teórico estriba en el esfuerzo de integración del análisis filológico o interno con la perspectiva sistémica o exterior, es decir, con su funcionamiento como categoría que tiene unos efectos pragmáticos en todo el ámbito de la comunicación literaria. De todas formas, un hipotético acercamiento omnicomprendivo conllevaría la asunción implícita de una teoría general de la literatura que sobrepasa el afán de un solo investigador. Por ello, el libro se centrará en dos puntos de especial relevancia para el cuento: “la organización interna y las relaciones con el exterior” (p. 28).

Sobre el primero, comenta el autor que este género literario puede considerarse “el intento de corregir un desequilibrio en una sola unidad de acción” (p. 29). A diferencia de la novela, los cuentos aplican la “lógica del máximo de densidad” (p. 31): la reducción del significante como resultado del incremento de información presupuesta y sobreentendida, dos estrategias textuales que, en el ámbito de lo implícito, facilitan la optimización

del contenido semiótico (pp. 32-33). Paradójicamente, tal vez sea la peliaguda cuestión de las dimensiones el único asunto sobre el que el autor no ofrece una respuesta palmaria. La “lógica del máximo de densidad” supone una formulación válida, productiva, mas no en exceso clarificadora: ¿cuál es el límite de la brevedad? ¿A partir de qué nivel de densidad un cuento deja de serlo por exceso o por defecto? Estimo que la respuesta a estos interrogantes debería pasar por el examen de esos “cuentos largos” de Monterroso, Arreola o José María Merino que, a decir de Juan Ramón Jiménez, “pueden reducirse a la mano de una hormiga”.

En segundo lugar, es evidente que una mayor concentración conlleva una cooperación más activa del lector. Si se toma en consideración la relación “externa” de los textos, la interpretación no se limitaría a la composición autónoma —“totalidad parcial”—, ya que también debe valorarse su contexto habitual de presentación: “en relación con los demás y en complementariedad recíproca con ellos” (p. 36). En suma, la construcción del sentido global garantizaría precisamente el adelgazamiento extremo de las “unidades” o “subsistemas”, puesto que éstas, a su vez, se ven enriquecidas por la potencia significativa de las relaciones del conjunto.

Igualmente, otro de los rostros de la intensidad que contribuye a la generación de esa plusvalía del significado se encuentra del lado de la teoría de la argumentación. Así, Peñate menciona la labor de las técnicas narrativas encaminadas, por un lado, a la “disuasión” del lector y, por otro, al establecimiento de un terreno común de conocimiento compartido —inferencias e, incluso, “huecos”— que garantiza tanto

la tensión como la comprensibilidad final. Al respecto, el autor subraya la conexión existente entre el entimema, una forma concreta de la argumentación, y el cuento literario, puesto que “permite destacar algunos componentes básicos del cuento (concisión, implicación, diferencia entre información y significación, competencia y función del lector)” (p. 51).

Por otra parte, en los últimos apartados de la primera sección de *El cuento literario*, Peñate ilustra con gran perspicacia este doble enfoque —sistémico y argumental— en la narrativa breve policial, en el cuento navideño, en el cuento de fútbol y, sobre todo, destaca el papel mediador de la antología entre el centro y la periferia del sistema. En su opinión, los ejemplos aducidos avalan la mencionada estructura formal/argumental del género literario, como se aprecia en componentes esenciales como el juego entre lo dicho y lo omitido o el minimalismo espaciotemporal de los relatos policíacos y navideños. Con todo, será el cuento literario futbolístico el que mejor refleje las correspondencias con la caracterización aportada (pp. 71-72). El cronotopos del partido acoge una estructura narrativa sujeta a un espacio bien definido y a una temporalidad imperiosa, determinada por una sola acción y un objetivo claro: el gol. Además, de manera similar a la contienda deportiva, el sentido del encuentro/retrato surgirá de la intervención directa de los participantes en esta dinámica intersubjetiva de construcción del significado.

Finalmente, la antología cumple con una función primordial para la consolidación de un determinado género literario. Las sucesivas compilaciones, con mayor o menor fortuna, irán conformando el re-

pertorio de prácticas “legitimadas” –provisionalmente– por el sistema; de ahí que su estudio resulte fundamental para comprender el pasado, presente y futuro del cuento. Desde el título, la antología visibiliza su facultad de consignación –erige una suerte de “totalidad textual”– y, al mismo tiempo, la fuerza proyectiva del archivo: la promoción de una estética, de un periodo literario o de una generación de creadores.

Tras un amplio recorrido teórico por los vericuetos genológicos, la segunda parte aterriza en el corpus de autores seleccionados. En este punto, el análisis incide en una serie de particularidades que demuestran, en buena medida, la naturaleza singular del cuento. Según el autor, la narrativa breve de Miguel de Unamuno supondría la transición del cuento realista decimonónico a la ambigua y fragmentaria prosa moderna del siglo xx. Sin embargo, este paso, encarnado por la novedad en el uso de los diálogos, las estructuras y el cultivo del relato fantástico, será continuado por las valiosas aportaciones latinoamericanas de Horacio Quiroga, Rómulo Gallegos, Juan Carlos Onetti, Juan Rulfo y José Donoso. En las obras analizadas, el espacio y el desplazamiento de los personajes brillan con luz propia en sus respectivas poéticas y cosmovisiones; si bien el hecho diferencial no radica exclusivamente en la ficcionalización o, incluso, mitificación de un marco geográfico como la selva, el altiplano o la ciudad, llámense Misiones, Comala o Santa María.

Si se sigue el razonamiento de Julio Peñate, en cada una de estas localizaciones, el cuentista ejecuta una aproximación particular a sus obsesiones formales y temáticas. Así, resaltará sucesivamente la crítica del vacío “mimetismo cultural

europeo” y la búsqueda de “lo fundamental humano” llevada a cabo por Horacio Quiroga en la selva (p. 180); las inquietudes sociales y estéticas del proyecto intelectual y creativo de Rómulo Gallegos, adelantado en su narrativa breve (p. 205); las huidas de los “fracasados” personajes de Onetti que saltan incansables de la realidad a la ficción en la propia autobiografía novelada del escritor uruguayo (pp. 214, 215-216); y el relato “oral” del eterno conflicto entre privilegiados y excluidos de Juan Rulfo, cronista de un México posrevolucionario que anhela la reconciliación (pp. 223, 229, 231-232). No obstante, este itinerario no siempre se dirige hacia un “alter-topos” signado por el encuentro con lo “extra-ordinario” humano. En ocasiones, tal como se evidencia en *La puerta cerrada* de José Donoso, esta convivencia con el misterio –en la línea de la literatura fantástica de Lovecraft– se muestra confinada a un espacio cotidiano, naturalizada e indistinguible de la realidad. Como esclarece Peñate: “Se puede decir que lo extraño ya no es algo externo sino el individuo o la propiedad sociedad, lo cual permite replantear la noción misma de la extrañeza” (p. 244).

De cualquier manera, estos personajes protagonistas, que interpelan y son interpelados en estas composiciones por el medio, comienzan a abrirse a una alteridad menos hostil para su humanidad. El conflicto virará en el siglo xxi hacia una problemática más ligada a la posibilidad real de intercambio informativo o a las interferencias en la comunicación que a la imposibilidad de la misma. Así pues, el crítico apunta al carácter eminentemente dialógico de libros como *Buzón de tiempo* o *Fin de semana* de Mario Benedetti. En

estos textos, el peso de la narración no recaerá en la menguante o camuflada figura del narrador, sino que será construida a partir de las propias palabras de los protagonistas, ya sea mediante el diálogo directo o en diferido (pp. 251-252, 257).

Asimismo, el intercambio lingüístico no es la única opción para el diálogo. A diferencia de los modos descritos de relación de los personajes con un espacio, en los que la posibilidad o no de conversación con el entorno o con sus semejantes definiría la narración, se consagra un “espacio referencial” distinto: el personaje. En la narrativa de Bolaño, al margen de su extensión o de su genericidad, será constante la constitución de redes de individuos que se irán perfilando precisamente por su relación –y realimentación– recíproca o desequilibrada.

Curiosamente, de la lectura atenta de esta amplia monografía se deduce con facilidad el lugar de privilegio que ostentan los cuentos de Arturo Pérez-Reverte. A caballo entre la realidad y la ficción, entre la autobiografía y la denominada paraliteratura, el narrador sintetiza y despliega en sus relatos la mayor parte de los rasgos que se han analizado en este trabajo. De hecho, defiende que el profundo conocimiento del oficio que demuestra Pérez-Reverte, forjado en las restricciones de la prensa escrita, le permite moverse con gran facilidad por diferentes registros, tonos y modalidades de escritura condensada como el cuento de navidad, artículo de opinión, la crítica social, el relato fantástico, el apunte, la nota erudita, la caricatura, la semblanza, la parodia o la instantánea (pp. 271-273).

De un modo inequívoco, esta apertura y autoconciencia genérica de Pérez-Rever-

te responde al amplio grado de reconocimiento que ha alcanzado el cuento en las letras hispánicas y en la literatura universal. Es más, se puede argumentar que las innovaciones examinadas han abonado el terreno para un género ya de por sí proclive a la experimentación con otras formulaciones híbridas. Sin embargo, hay que sortear los peligros de toda visión progresiva o perfeccionadora del fenómeno. Por eso, merece la pena recordar un presupuesto que sirve de brújula teórica: formas breves han existido siempre; ha sido su consideración estética e institucional la que ha ido variando conforme sus hallazgos se han ido asentando en el sistema literario. En definitiva, en *El cuento hispánico en el siglo xx. Variaciones teóricas y prácticas creativas* Julio Peñate culmina con éxito la loable y oportuna tarea de “descomplejización” de la brevedad.

PAULO ANTONIO GATICA COTE
(UNIVERSIDAD DE SALAMANCA)

Edna Aizenberg: *On the Edge of the Holocaust. The Shoah in Latin American Literature and Culture*. Waltham: Brandeis University Press 2016. 182 páginas.

“En las afueras del Holocausto”, expresión extraída de una carta de Gabriela Mistral de 1947, sirve de título para este libro inspirador y comprometido de Edna Aizenberg, profesora emérita del Marymount Manhattan College in New York, estudiosa renombrada y gran conocedora de la literatura argentina, de Borges y Gerchunoff especialmente. Desde el principio, se insinúa la tensión entre cierta distancia (espacial) desde Latinoamérica

frente a los estragos de la Segunda Guerra Mundial y del Holocausto llevados a cabo en Europa y un compromiso practicado en una cercanía espacial. En su libro, Aizenberg pretende luchar contra el estereotipo bien persistente de que Latinoamérica era sobre todo refugio de nazis, percepción que pasa por alto muchas actividades literarias y periodísticas en contra de los nazis a partir de los años treinta. Lo que propone es leer a cinco grandes autores latinoamericanos canónicos de mediados del siglo xx —J. L. Borges, C. Lispector, A. Gerchunoff, J. Guimarães Rosa, G. Mistral— a través de los lentes del Holocausto (p. xii), lo que significa indagar en sus acciones, actitudes, creaciones literarias y periodísticas al respecto. Su objetivo es bastante claro y, en cierto modo, sencillo, a saber: “to counter existing emphases on Borges (sic) and Lispector’s fantastic escapism, Guimarães Rosa’s uncanny regionalism, Mistral’s Americanist maternalism, and Gerchunoff’s quaint gauchism, even as it certifies that the challenge of the Shoah was not alien to Latin Americans” (p. xiv). Aquí resulta patente que si bien se trata de hechos ya conocidos entre los especialistas en literatura latinoamericana, la autora pretende divulgarlos más entre un público general.

El término deíctico de “on the edge / en las afueras” desempeña un papel principal y sirve de hilo conductor: por un lado, la autora sugiere que la ubicación en la periferia posibilita una mirada lateral perspicaz (cf. p. xis. y 16) hacia los eventos del “centro” (Europa) desde una posición de seguridad; es decir, se refiere a producciones literarias y periodísticas hechas en Argentina (en el caso de Borges y Gerchunoff). Por otro, sin embargo, “en

las afueras” remite a actividades en la misma Europa de literatos latinoamericanos que tenían estatus diplomático y por ende inmunidad, pero que estaban involucrados por ejemplo en la concesión de visas a judíos (C. Lispector, Guimarães Rosa y su segunda esposa así como Gabriela Mistral).

La cuestión principal y central de la “Holocaust Literature” es cómo representar el horror de la Shoah, y el gran mérito del libro es poner de relieve que algunos de los autores latinoamericanos más destacados se han dedicado a esta tarea desde muy temprano, ya durante, no solo después de los acontecimientos, preparado de este modo el terreno para la literatura post-Holocausto (xii).

Mientras que *Books and Bombs in Buenos Aires. Borges, Gerchunoff, and Argentine-Jewish Writing* (2002) indaga en la literatura judeo-argentina del siglo xx tomando como pilares y puntos de partida a Gerchunoff y Borges, y retrazando el desarrollo de esta literatura hasta la década de 1990, este libro va atrás en el tiempo, consagrándose exclusivamente, a pesar de su título llamativo, a cinco destacados autores latinoamericanos del Cono Sur y de Brasil, a sus obras y actividades en torno a la Segunda Guerra Mundial.

El texto literario latinoamericano más importante sobre la Shoah es “Deutsches Requiem”, de Borges, de 1946, por tematizar, según Aizenberg, la Shoah de manera paradigmática, indagando en la cuestión de la representación de lo innombrable, con su dinámica entre el silenciamiento y la denuncia de los sucesos. Además, la casi no-recepción de este texto borgiano durante décadas se debe a una crítica (internacional) que acentúa en

Borges su esteticismo y se niega a concederle contenido político comprometido, juicio propugnado por Paul de Man en 1964 con gran impacto fuera y dentro del país (p. 8). De manera contundente, la autora demuestra que este texto sí posee un alto grado de compromiso político y que puede verse como punto álgido de los textos de Borges acerca del régimen de Hitler a partir de los años treinta.

De un modo parecido, el objetivo respecto a Clarice Lispector, la autora brasileña más famosa del siglo xx, de origen ruso-judío, es invertir el juicio tradicional de la crítica de que ella, hasta el final de su vida, se entregó a una escritura personal intimista ensimismada, practicando un escapismo (similar a Borges) sin referencias a su entorno o su origen judío. No obstante, Aizenberg demuestra de manera contundente, a través de materiales de archivo sumamente interesantes —extractos de su correspondencia personal, textos periodísticos suyos— su compromiso e involucramiento como esposa de un cónsul ubicado en Nápoles a partir de 1944, en la última fase de la Segunda Guerra Mundial y en Berna en las postrimerías inmediatas. Aizenberg propone una nueva lectura de su novela *A cidade sitiada*, de 1949, con dos niveles: uno que se refiere al proceso difícil y violento de modernización que se lleva a cabo en Brasil; otro, alegórico, que se refiere a la II Guerra Mundial y la Shoah, situada la acción en una topografía del terror, en una atmósfera de impotencia absoluta (p. 38).

Sumamente interesante es el capítulo sobre Gerchunoff, porque la estudiosa, gran conocedora de este autor canónico argentino judío, se concentra en sus actividades periodísticas a partir de los años

treinta. Como punto de partida le sirven los cambios y añadiduras en la segunda edición de *Los gauchos judíos* de 1936, por ejemplo, una terminología que remite directamente a la lengua racista-fascista, así como el último cuento del volumen, “El Candelabro de plata”, añadido en esta edición, que interpreta como expresión de resignación frente a la visión optimista de la primera edición de 1910, donde se había plasmado una integración nacional exitosa entre judíos y no-judíos (p. 58). Aizenberg demuestra que Gerchunoff —frente a lo que ocurre en Europa— deja por atrás el tema del gaucho, y tiene como hilo conductor ahora el compromiso, la ética al documentar en diarios de gran impacto a través de sus textos, apoyados por dibujos de artistas renombrados como Clément Moreau y Toño Salazar, las atrocidades de los nazis.

En Guimarães Rosa, “ícono” del regionalismo brasileiro con su obra maestra, *Grande sertão: veredas* (1956), Aizenberg logra enfatizar dos aspectos: primero, su alto interés en cuestiones de lenguaje y discurso, comparable al de Victor Klemperer y las observaciones sobre la *Lingua Tertii Imperii* de éste, que se plasma en su *Diario de guerra* (no publicado). Este fue redactado durante su estancia como cónsul de Brasil en Hamburgo entre 1938-42, donde Guimarães Rosa presenció los ataques aéreos de los aliados, así como la deformación autoritaria del lenguaje por los nazis. Según Aizenberg, esta experiencia se transmite hasta *Grande sertão: veredas*, no solo en la matización del mal absoluto, sino también en la práctica de un discurso siempre híbrido y fluido, nunca “puro” (p. 100). El segundo aspecto que reivindica la estudiosa es que algu-

nos de sus cuentos (sobre todo “Páramo” y “A Velha”), género híbrido entre biografía y ficción, *estórias* en la terminología acuñada por el autor —publicados entre 1948 y 1969 póstumamente— se pueden considerar como “Holocaust Literature” que trabajan el trauma de la Shoah y la impotencia del propio autor, como rasgo autobiográfico, de prestar ayuda.

A Gabriela Mistral Aizenberg le dedica su capítulo más largo: como Guimarães Rosa, la gran poeta, “experta en ambigüedades” (p. 117), primera premio Nobel de literatura latinoamericana, trabajó como cónsul en Europa durante la II Guerra Mundial. Es sumamente contundente cómo Aizenberg plasma la tensión entre el puesto diplomático, la posición marginada como mujer allí, su correspondencia privada (material de archivo no publicado), ensayos y los poemas que retoman desde los años 20 hasta los años 50 el tema del judío como perseguido. Cabe mencionar que para hispanistas alemanes es especialmente interesante la correspondencia entre Mistral y Ernst Robert Curtius, y la influencia de éste en el concepto del antisemitismo de aquella.

En resumen: estamos frente a un libro que puede considerarse la *suma* de un análisis de cuatro décadas del tema de la literatura judía latinoamericana, sobre todo judía argentina. Su gran mérito es concentrarse en cinco autores canónicos latinoamericanos y demostrar su compromiso en la lucha (sea periodística, literaria y/o diplomática) contra los nazis. Logra presentar una imagen matizada de ellos y sus textos que superan la percepción general persistente, todavía en vigor, de ser autores monotemáticos (por ejemplo “apolítico”, “intimista”, “escapista”...).

Al mismo tiempo, Aizenberg expone que ciertos tópicos sobre América Latina como continente al margen (en varios sentidos) de los acontecimientos son falsos y erróneos, y que hay que tomarla en cuenta como ubicación de actores principales en la tematización de la Shoah.

Al mismo tiempo se ve, y esto parece ser uno de los motivos centrales del libro, que la Shoah no debe considerarse como periodo histórico acabado, sino que tiene repercusiones siniestras a lo largo de todo el siglo xx y hasta la actualidad: en las dictaduras militares, que también son denominadas “holocausto de Latinoamérica” (p. 162), por ejemplo, en la persistencia de prejuicios racistas, antisemitismo, enemistad y abierta agresividad— se menciona el trauma del atentado todavía no esclarecido contra AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina) en 1994 en el centro de Buenos Aires, y la sospechosa muerte en 2015 del fiscal federal Alberto Nisman, que trataba de elucidar las circunstancias y los responsables—. Tomando en cuenta este contexto, el libro es de suma actualidad al evocar el compromiso de literatos e intelectuales en tiempos difíciles.

VERENA DOLLE

(JUSTUS-LIEBIG-UNIVERSITÄT GIESSEN)

Spiller, Roland: *Julio Cortázar y Adolfo Bioy Casares. Relecturas entrecruzadas*. Berlin: Erich Schmidt Verlag 2016. 267 páginas.

La afinidad entre Bioy y Cortázar, supuestamente propiciada por la coincidencia del año de nacimiento (1914), reforzada

por su condición de compatriotas y por la asiduidad con que practicaron la narrativa fantástica, parecía, a pesar de otras divergencias biográficas e ideológicas, empujar a las (re)lecturas comparativas, o, como prefiere anotar el subtítulo de este libro, “entrecruzadas”. Conviene recordar que la suerte de la relectura no ha sonreído igual a estos en todo caso venerables autores. Sin aspirar a ninguna precisión bibliométrica, es significativo, por ejemplo, que el congreso de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos de 2014, titulado precisamente “Laberinto de centenarios”, incluyera solo unas cinco ponencias dedicadas a Bioy Casares, frente a la veintena larga dedicadas a Cortázar. Bastará consultar bases de datos como MLA o Dialnet para comprobar que esa (des)proporción del interés suscitado por cada uno de los autores se ha mantenido o incrementado en el periodo 2014-2016. Y el libro que aquí he de comentar no desmiente, a pesar de su título, la desigual fortuna de Bioy y Cortázar ante la crítica.

Además del prólogo del coordinador, Roland Spiller, esta colección incluye dieciséis trabajos, pero sólo dos de ellos (el primero, responsabilidad del mismo coordinador y el de Matei Chiaia) obedecen verdaderamente al propósito de entrecruzamiento expresado en el subtítulo de la obra. Otros doce estudios se dedican en exclusiva a la interpretación de Cortázar (a veces entrecruzado con otros autores como Marechal, Peri-Rossi, Bolaño o Patricia Suárez) y solo dos artículos se ocupan en exclusiva de la obra de Bioy (uno de ellos centrado en *Los que aman, odian*, novela escrita en colaboración con Silvina Ocampo). El volumen,

entonces, parece ratificar que escribir sobre Bioy sigue siendo, a más de un siglo de su muerte, un compromiso ancilar: antes, a la amena sombra de Borges; hoy, a la de Cortázar. Para salir de esa inercia crítica, sorprende que no se hayan aprovechado aquí ni los diarios de Bioy ni las cartas de Cortázar, que desde hace unos cuantos años han enriquecido y modificado la interpretación de sus respectivas obras, y que hubieran servido para matizar algunos de los entrecruzamientos más tópicos o aportar alguno nuevo. Por cierto que aunque en varios de estos ensayos se alude a “Diario para un cuento” de Cortázar, sorprende también la ausencia de cualquier mención al paralelismo entre “La puerta condenada” de Cortázar y “Un viaje o El mago inmortal”, de Bioy, que sorprendió a ambos autores y fue comentado por ellos y por otros críticos.

Los dos únicos trabajos que intentan la relectura entrecruzada prometida en el título coinciden, lamentablemente, en una sobrecarga teórica que no contribuye al esclarecimiento de los vínculos entre Bioy y Cortázar: Spiller divaga sobre lo onírico en ambos (pero con mucha más atención a Cortázar), y adereza el tópico con un extensísimo apoyo derridiano-frankfurtiano. Chiaia por su parte organiza bien algunas tipologías de funcionamiento de lo fantástico en Bioy y Cortázar (una vez más privilegiando al segundo), atoradas, sin embargo, contra disquisiciones meta-teóricas, que no excluyen la supuesta pertinencia de la física cuántica, por ejemplo (si rara, tampoco original en los estudios sobre Cortázar).

Mucho más útiles resultan las aportaciones de López Petzoldt y Annick Louis sobre Cortázar, y la de Karen Genschow

sobre *Los que aman, odian*. El primero de los críticos mencionados —que ya publicó recientemente una monografía sobre Cortázar y el cine— va ahora más allá y postula la utilización de los “productos audiovisuales” (no sólo cinematográficos, sino también los procedentes de internet) como herramientas para comprender al autor. Su trabajo destaca por lo ajustado de su interpretación, la riqueza y actualidad de los datos y lo novedoso de su propuesta.

Annick Louis vuelve a explorar los orígenes de lo fantástico en el Río de la Plata, atendiendo a la primera publicación de “Casa tomada” en *Anales de Buenos Aires* (y aportando las no muy difundidas ilustraciones de Norah Borges). Merece atención su hipótesis de que el auge de la literatura fantástica en Argentina a finales de los años 40, pudiera relacionarse con una más o menos sutil resistencia antiperonista, porque permite una nueva lectura de textos aparentemente ya amortizados.

Karen Genschon analiza la única novela escrita en colaboración entre Bioy y Silvina Ocampo, considerándola como una novela programática y paródica sobre el género policial. Detecta en ese proyecto una estrategia de desestabilización (antipsicológica) de la narrativa contemporánea, análoga a la que realizaron contemporáneamente sus autores (junto con Borges) en la primera edición de la *Antología de la literatura fantástica*, y así este ensayo consueña con el recién comentado de Louis. Resulta extraño, no obstante, que ninguna de las dos estudiosas cite el prólogo de Borges a *La invención de Morel* como una pieza más de esas hipotéticas estrategias.

En el resto de trabajos hay algunos hallazgos ocasionales, pero poco sorprendentes: Gómez señala conexiones

con Bolaño a través de la mediación de la figura de Rimbaud; Hammerschmidt hace una buena síntesis de las relaciones entre *Rayuela* y *Adán Buenosayres*, más útil como comentario de esta última novela, pero con escaso análisis de ambas; Mozczyńska-Dürst y Torras atienden al texto-homenaje (y auto-homenaje) que Peri-Rossi dedicó a Cortázar en dos ocasiones (2001 y 2014), señalando las transformaciones que se dan de una a otra y atribuyendo así un cierto interés a esa obra. Zubieta, por fin, en el único estudio dedicado exclusivamente a Bioy, intenta sistematizar algunas líneas de lectura actuales que podrían dar juego sobre el conjunto de su obra (la violencia, la politización, lo popular, el ocio y el lujo), sin demasiadas precisiones.

En lo demás encontramos paráfrasis no muy claras de lecturas críticas sobre Cortázar que tuvieron importancia en su momento (la de García Canclini, hecha por Alvarado Borgoño); acercamientos (tópicos y algo confusos en ocasiones) al lugar de los animales —o más ampliamente— de lo “no humano” en la escritura de Cortázar (Pietrak; Gremels; Bernal); superficiales repasos de dos de los campos menos trabajados del corpus cortazariano: la poesía (Monteleone) y la traducción (Griesberg), campos que, sin embargo, están algo más roturados de lo que esos críticos suponen. El cierre del volumen se reserva para el texto de un creador (Trelles Paz) que, en este caso, reivindica la obra cortazariana atendiendo a un texto supuestamente “marginal” (“Deshoras”), sin evitar, no obstante, el tópico juicio condescendiente contra *Rayuela*.

Concluiré señalando que el volumen, de gran calidad material en la impresión

y el encuadernado, adolece sin embargo de un gravísimo problema con las erratas (que a veces generan sorprendentes entelequias: el “viscerealismo” –p. 121–), que en ocasiones son inequívocos errores (Borges no publicó a Cortázar en *Sur*, p. 60; es dudoso que el “ironizado *eyo*” al que Cortázar se refiere en una ocasión sea el “ego” que cree Spiller, p. 26). Igualmente, la gramática y la puntuación de muchos trabajos hubieran debido someterse a una exhaustiva revisión que tal vez los hubiera vuelto más legibles y comprensibles de lo que parecen en su estado actual. El aparato crítico, por último, podría haberse refinado mucho más estableciendo un criterio homogéneo en las referencias bibliográficas al pie de página o incluyendo una bibliografía unificada (o al menos una bibliografía al final de cada trabajo), que hubiera facilitado la lectura y aportado más utilidad al volumen.

Cabría esperar que obras como esta permitieran al menos aquilatar la magnitud de la afinidad o de la divergencia entre los autores tratados, que evocaba al principio de mi comentario. De no ser así, hubiera podido esperarse una aproximación novedosa a algunos aspectos de los autores tratados. Lamentablemente, el volumen tampoco progresa en ese sentido: sólo es –como dice su título, en efecto– una relectura de aspectos en su mayoría conocidos, relectura a veces difícilmente legible, porque, en sí misma, hubiera debido ser releída para reducir al menos los señalados problemas de tipografía y expresión.

DANIEL MESA GANCEDO
(UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA)

Ursula Hennigfeld (ed.): *Roberto Bolaño. Violencia, escritura, vida*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert.

Si se pudiera hablar de un tema omnipresente en toda la obra de Roberto Bolaño este sería sin lugar a duda el horror. La violencia, el mal y la crueldad que pueblan la obra del chileno como un repertorio infinito de figuraciones literarias del horror parece ser el punto de partida del amplio y polifacético libro editado por Ursula Hennigfeld. La colección de artículos que pretende echarle un vistazo a la obra del escritor chileno desde una perspectiva de los estudios culturales, analiza sus dimensiones tanto estéticas como éticas, los “motivos recurrentes de toda la obra bolañiana como el mal, la violencia o los límites” (p. 7). Los artículos fueron seleccionados en cuatro secciones cuyo criterio de clasificación no es del todo claro. No obstante, se podría decir que todos y cada uno de los aportes parten del cruce entre los tres conceptos resaltados en el título para dilucidar, desde dentro y fuera de la obra de Bolaño, distintos aspectos teóricos de lo social y lo estético. Un claro énfasis se le ha dado a la novela *2666*, sin embargo se discuten textos variados de toda la obra del autor.

El primer artículo está a cargo de Vittoria Borsò, quien entiende la escritura bolañiana como expresión de vida, analizando en su artículo una importante técnica de “interfaz entre vida y literatura”. La perspectiva de Borsò (claramente influenciada por el proyecto científico de Ottmar Ette, sin ser mencionado en el artículo) logra revelar un juego implícito en la literatura de Bolaño entre imagina-

ción y factualidad que viene a concentrarse con la metáfora de la sangre, en la que tanto el nivel metafórico como real se vuelven indistinguibles. La sangre es tanto muerte (en su exterioridad) como vida (en su interioridad), sirviendo como imagen para mostrar un entrecruzamiento o 'interfaz' entre dos niveles que juegan un papel indudablemente importante en la obra de Bolaño. La relación entre realidad y ficción viene sin embargo a ser revertida en una segunda parte del artículo, al señalar que la "literatura visceral" de Bolaño trata de renunciar o 'abjurar' el propósito de una salvación, utopía o salida del horror por medio de la literatura. Borsò aclara que más bien esta tiene que revelar el horror con todo su esplendor. En esta literatura de la desilusión queda poco claro de qué manera la interfaz o el juego entre los dos niveles se mantiene en pie. Si bien Borsò asegura que este *afuera* de la violencia solamente permanece en silencio, innombrable, la primera tesis es que la literatura presenta un juego, una relación que no termina ni se deshace. ¿Cómo entender el juego entonces, cuando la realidad horripilante encuentra su expresión en la literatura de Bolaño? Por otro lado, no es muy claro de qué manera los cuadros no representativos sino expresivos de la violencia (en los que la imagen y lo representado se equiparan de forma bejaminiana) pueden ser expresión de vitalidad, al mismo tiempo que se les niega cualquier tipo de realidad distinta a la de un silencio absoluto. La sangre parece limitarse a la derramada (de una manera muy minimalista, como Borsò misma paradójicamente señala), es decir, a una de las partes de la interfaz, que se queda por consiguiente sin la otra, de tal forma

que el juego de Bolaño parece carecer de cualquier tipo de vitalidad.

La relación entre literatura y vida es de igual manera el punto de partida de Matías Ayala para su análisis comparativo entre el personaje principal de *Estrella distante*, Carlos Wieder, y dos autores contemporáneos de Bolaño, Raúl Zurita y Bruno Vidal. El ensayo de Ayala parte de la función que juega la violencia en la obra de los tres (Wieder, Zurita y Vidal) y de sus respectivas justificaciones en un discurso biopolítico de sacrificio. La violencia es entendida entonces como el sacrificio necesario en el marco de propósitos de mayor relevancia nacional, como el estado o la nación misma. Ayala logra rescatar varios aspectos de las tres obras que le dan a la comparación plausibilidad, sin que esta se lleve a cabo explícitamente. La comparación (sobre todo entre Vidal y Wieder, cuyo parecido fonético es innegable) termina siendo en general muy corta.

Sarah Fallert contribuye al libro con un artículo sobre la violencia en la sociedad posmoderna en *La pista de hielo* y sus consecuencias en la forma del género de la novela policiaca. En una primera parte Fallert se sirve de la teoría de la posmodernidad de Gilles Lipovetsky para marcar los indicios de una sociedad posmoderna en la novela de Bolaño. Algunos aspectos terminan no diferenciándose verdaderamente de una sociedad moderna (el individualismo y el perspectivismo) y su característica posmoderna termina siendo muy poco clara. Fallert logra sin embargo mostrar cómo aquella "violencia hard" de Lipovetsky (periférica y gratuita) deforma entonces lo que se venía entendiendo como lo policiaco clásico: el enigma del crimen se pierde y con ello la trama

detectivesca en sí. En su intento de mostrar lo posmoderno en el género policia- co, Fallert recurre al rol del lector como detective o agente activo en medio de un texto lleno de perspectivas dispares. No obstante, cabe aclarar que este rol activo del lector no puede ser entendido como un aspecto posmoderno (el mismo Julio Cortázar lo hizo célebre), ya que es resultado de un perspectivismo que nutrió y forjó la literatura moderna de comienzos del siglo xx y, se podría decir, a toda la novela desde entonces hasta nuestros días. Por otro lado, el muchas veces innecesario uso de comillas y la gramática un tanto alemanizada del texto afecta la muy interesante argumentación de Fallert.

En cuanto a las figuraciones literarias de la vida, lo biográfico desempeña un papel crucial en la obra del autor chileno. Jan-Henrik Witthaus propone entonces el concepto de “biografía negativa” para comprender el punto cero de lo biográfico en “La parte de los crímenes” de 2666. La biografía negativa parte de un registro neutro (el informe forense o policial) para así, desde la “protonarratividad” de los gestos de vida, abrir un espacio literario para la biografía. De esta forma, las vidas reducidas a la insignificancia de víctimas y de números en un catálogo forenses son elevadas a un registro mayor. Witthaus logra mostrar de qué manera en la obra de Bolaño lo biográfico aparece como un procedimiento que busca hacer justicia ante un discurso que solamente ha enmudecido a las víctimas. Sin embargo, queda muy poco claro qué se entiende exactamente por lo *biográfico* y, sobre todo, dónde están las delimitaciones de este concepto. En este caso sería prudente comparar lo biográfico de esta parte de

la novela con la última, justamente en la que el género de la biografía es explícito (esta comparación queda solamente esbozada al final del artículo). Partiendo de una comparación con la última parte de 2666, las vidas de las mujeres asesinadas quedarían muy por debajo de la de Hans Reiter y con esto el supuesto proyecto de justicia con la memoria de las vidas de las víctimas se vería desvirtuado: la gran narración de la vida del poeta macho y las muchas cortas vidas insignificantes de las mujeres de la periferia.

Jobst Welge se apunta al mismo proyecto de Witthaus al mostrar la posmodernidad literaria en Bolaño, especialmente en *Los sinsabores del verdadero policía* y en 2666, y al hacerlo cae en los mismos errores que se han señalado anteriormente: Welge se sirve del concepto de *sideshadowing* para mostrar los momentos antiapocalípticos de las novelas. De esta manera logra mostrar una contradicción intrínseca en las novelas de Bolaño (entre apocalíptico y contingente, entre unidad y fragmentación, entre centro y periferia, etc.) que parece ser el motor mismo de la obra. Welge señala entonces aquellas micronarraciones fragmentarias innecesarias que rompen con el hilo épico pero que, al mismo tiempo y contradictoriamente, representan la posibilidad de un orden englobador. Si bien queda claro que 2666 tiene una estructura fragmentaria y un tanto caótica, no queda claro de qué manera se debería entender la eludida unidad de la novela.

Pocas obras han dado tanto de qué hablar en el mundo literario hispánico como 2666 y *Cien años de soledad*. Una comparación entre estas dos novelas parecería ser una tarea imposible si se parte del claro rechazo de Bolaño a la literatura

del *boom*, una tarea sin embargo que lleva acabo Peter Elmore en su audaz artículo. El concepto que sirve de vínculo para el análisis comparativo es uno que termina sin aclararse y sin jugar realmente un papel importante en el análisis: la *novela total*. Elmore trata de ‘medir’ la novela de Bolaño con la novela de García Márquez partiendo de dos temáticas que, según el autor, tiene en común la novelística latinoamericana del *boom*: la filiación y la autoría. Elmore trata en extenso la primera temática que no obstante comprende solamente un aspecto bastante minoritario en 2666. Si bien Lalo Cura y María Expósito representan (como la muy concienzuda lectura de Elmore ha demostrado) aquella temática de la filiación que puede ser comparada con la de los Buendía en *Cien años de soledad*, su importancia en la trama no alcanza ni a un cinco por ciento del contenido de la novela. Ahora bien, si el tema de la filiación juega un papel importante, es solamente al final de 2666, cuando Archimboldi y su descendencia cierran el círculo temático entre literatura y violencia (lastimosamente este aspecto queda solamente mencionado al final del artículo). Elmore descuida el segundo tema de la autoría y la segunda parte de la comparación (la novela de García Márquez) para dedicarse a marcar los escasos pasajes en 2666 donde la filiación juega un papel importante. Cabe preguntarse finalmente si esta temática no es una reducción arbitraria de las dos caudalosas novelas. No obstante, a pesar de las dificultades de semejante proyecto comparativo, Elmore logra iniciar una aproximación teórica hacia una lectura histórico-literaria de la extensa novela de Bolaño.

Susanne Schlünder analiza, de manera estructurada y detallada, la escritura posdictatorial en *Nocturno de Chile*. En este claro y conciso análisis, Schlünder resalta cuatro estrategias claves de la escritura antipinochetista en Bolaño: la omisión y reacentuación, la digresión, la alegorización y la metaliteraridad. De forma breve, la autora logra describir una escritura bolañesca que se inscribe en el discurso político y literario de la posdictadura. En la novela, la plurificación de las formas y de los discursos y la ambigüación de todos estos, reflejan un proyecto literario que no solamente responde a una agenda política de la memoria sino que toca aspectos claves de la estética literaria: la posibilidad y las fronteras de la escritura sobre el horror. En el defecto de su brevedad, este artículo da un impulso para un proyecto investigativo más amplio que trate de perseguir en extenso esta temática en la obra de Bolaño.

La colección de artículos trata constantemente la temática de los límites y sus transgresiones. Uno de los análisis sobresalientes es el de Benjamin Loy, en el cual, tratando de rescatar el por muchos ignorado tema del humor en Bolaño, delinea la muy permeable frontera entre el llanto y la risa en la obra del chileno. Partiendo del entendimiento de Plessner del llanto y la risa como expresiones ante una experiencia límite, traumática o innombrable, Loy logra mostrar cómo el humor sirve de estrategia dentro y fuera de la obra literaria: por un lado estrategia de supervivencia de los personajes en el mundo horrorífico bolañesco, reflejo del no menos desastroso mundo de fin de milenio, y por otro lado, al nivel estético y artístico, la estrategia del humor al abrir de igual

manera las puertas, de forma marginal y vanguardista, a un mundo estético donde la posibilidad creativa se venía agotando. El humor es entendido entonces como elemento de lucha contra el canon serio y hermético. Loy presenta dos de las estrategias humorísticas de Bolaño: la ironía y lo grotesco. La ironía es entendida como estrategia que subvierte un orden vertical epistemológico de una verdad estática, haciendo de esta un arma que sirve de muchas maneras para la supervivencia dentro del horror, para la ampliación del *locus ludicus* literario y para propiciar una revisión crítica de la modernidad ya implícita en toda la obra del chileno. No obstante, aparece un problema en el análisis al recurrir justo en este punto al tema de los feminicidios en 2666: si bien el lenguaje puede calificarse, en algunas partes, verdaderamente de irónico (el lenguaje de archivo, etc.), valdría la pena aclarar si la ironía aparece en este sentido despojada de todo aspecto humorístico. 'Irónico' y 'chistoso' no son sinónimos, pero si la ironía es entendida como estrategia humorística, se puede llegar muy fácilmente a una conclusión apresurada. En este caso parecería más pertinente hablar de una escritura grotesca sobre los asesinatos, lo cual respondería a la segunda estrategia que Loy discute al final de manera breve pero concisa.

Matei Chihaia le apuesta a un tema bastante amplio y complejo en la literatura de Bolaño: el vampirismo. Su artículo parte de cuatro características que parecen estar vinculadas a la figura del vampiro en la obra del chileno: el circuito, la transgresión, la intertextualidad y la relatividad histórica. Si bien el artículo logra mostrar de qué manera estos cua-

tro aspectos están implícitos en la obra de Bolaño y cómo estos aparecen relacionados con la figura del vampiro, no queda muy claro de dónde se parte para llegar a estos cuatro puntos, ya que para esto sería indispensable una comparación con otras figuras vampírescas de la literatura. Los temas de la transgresión y de la circulación llevan a otro gran tema de indudable importancia en la obra de Bolaño y que viene a ser analizado en el aporte de Janina Konopatzki: lo limítrofe o fronterizo. Konopatzki pretende analizar este complejo tema desde la forma y el contenido de la obra del chileno, se limita sin embargo al contenido: si bien la autora señala el claro sistema rizomático subyacente en la obra bolañesca, este se gesta por resonancias al nivel de contenido. Valdría la pena también especificar de qué manera lo fronterizo está implícito en un pensamiento del rizoma en la obra de Gilles Deleuze y Félix Guattari. El concepto de la frontera o de lo territorial (*le territoire*) representa ya de por sí un reto al interpretarlo en el concepto de lo rizomático. Por otro lado es indudable que, como Konopatzki ha mostrado, la novela se sirve de la intertextualidad (dentro y fuera de la misma obra del autor) para resquebrajar las fronteras del texto, abrirlo y dejarlo en circulación con muchos otros: la frontera entendida como puente. Vale la pena señalar al respecto de Konopatzky la atribución terriblemente errónea de *La vie, mode d'emploi* a J. M. G. Le Clézio (p. 184), partiendo del hecho de que esta novela inmortalizó a George Perec y de la inmensa importancia que el autor francés desempeña en la obra de Bolaño.

La editora del libro, Ursula Hennigfeld, se propone analizar en su artí-

culo también el tema del límite y de la transgresión, no obstante desde la perspectiva de lo asqueroso y de lo abyecto. La difuminación de las fronteras, la indeterminación que lleva a esa transgresión limítrofe ya señalada por Konopatzki encuentra en el concepto del asco un marco teórico que logra sintetizarla exitosamente. Sin embargo, no se logra dilucidar bien si aquella “poética de lo abyecto y asqueroso” (p. 190) debe ser entendida al nivel del contenido o al nivel de la recepción; sería necesario delimitar lo asqueroso como tema de lo asqueroso como elemento estético. Si bien “La parte de los crímenes”, por ejemplo, puede llevar a un asco por parte del lector, este asco encuentra sus límites en lo que la misma Hennigfeld señala como la “habitación al horror”. Por otro lado, el ejemplo presentado por la autora no logra ser convincente: la serpiente parece resistirse a ser entendida como un motivo meramente asqueroso, y de esta manera este remite a la difícil pregunta de la relatividad de este concepto estético.

El último artículo del libro se aparta de la temática de lo limítrofe y se propone señalar los aspectos antiinstitucionales en la obra bolañesca. José González Palomares entiende la ficcionalización, muchas veces paródica, de instituciones culturales y políticas y la recurrencia a una escritura transgresora de estilos y corrientes establecidas como elementos de crítica antiinstitucional en la obra de Bolaño. Ahora bien, aunque este elemento claramente puede encontrarse en la obra del chileno, los ejemplos presentados por González son desafortunados: partiendo de un entendimiento de Bajtín de la parodia, el autor habla de la reapropiación

paródica de un discurso para, de esta forma, subvertirlo: ahora bien, si este proceso es evidente en “La parte de los crímenes” (un lenguaje forense que viene a ser modificado como Jan-Henrik Witthaus y Benjamin Loy muestran en sus artículos), el autor se refiere a “La parte de los críticos”, donde el lenguaje de los literatos nunca se filtra al nivel de la narración. En este caso los personajes se presentan caricaturescamente, pero su lenguaje no viene a ser parodiado específicamente. No obstante, González logra mostrar cómo la plurifonía en la obra de Bolaño mantiene implícita una crítica antiinstitucional contundente. Extraña por otro lado que un artículo como este pueda acabar sin siquiera una mención de la obra de Nicanor Parra, el precursor de una tradición literaria en la que el humor y la crítica a la institucionalidad literaria juegan un papel importantísimo.

La publicación en su totalidad muestra una clara sintomatología de la lectura crítica de la obra de Roberto Bolaño: la dificultad para dilucidar teóricamente su caudaloso imaginario del horror. Un claro síntoma es el especial interés que se le da a *Estrella distante* y a la cuarta parte de *2666* (“La parte de los crímenes”), la cual termina siendo poco esclarecida y más enigmática que nunca. El resultado de todos los análisis es fragmentario y polifacético, lo cual es al mismo tiempo signo de una literatura ilimitada, infinita e insondable. El resultado constata entonces que las figuraciones del horror en la obra del chileno han logrado revelar su profundísimo y terrible abismo interior.

CAMILO DEL VALLE LATTANZIO
(UNIVERSITÄT SALZBURG)

Verónica Garibotto: *Crisis y reemergencia. El siglo XIX en la ficción contemporánea de Argentina, Chile y Uruguay (1980-2001)*. Lafayette: Purdue University Press 2015. 228 páginas.

Crisis y reemergencia, de Verónica Garibotto, es un estudio crítico, analítico y exhaustivo de cómo escenas y pasajes de la literatura decimonónica del Cono Sur se reescriben en la literatura contemporánea de la región, especialmente en Argentina, país al que la autora le dedica un análisis más extenso. Los libros fundacionales del siglo XIX como *El matadero*, de Esteban Echeverría, se reescriben con ciertas variaciones en dos novelas contemporáneas de Carlos Gamerro: *Las islas* y *El sueño del señor juez* (capítulo 5). *El Martín Fierro* de José Hernández y *El Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento se reescriben literal y figurativamente en las ficciones de César Aira, que conforman el análisis de Garibotto en *La liebre* y *Un episodio en la vida del pintor viajero* (capítulo 3). El poema *La cautiva*, también de Echeverría, hace su aparición metafórica y problemática en las ficciones de Aira; y, sobre todo, en la novela *Los cautivos*, de Martín Kohan, donde no solo el argumento de la novela recrea dicho poema fundacional, sino que el autor decimonónico aparece como personaje desde la carátula del libro, y la ficción ocurre en la hacienda Las Toldas, donde Echeverría dejó escondido *El matadero*. Esta última novela, la de Kohan, también es una reescritura a su manera de *El Martín Fierro*, de Hernández (capítulo 4). Por último, en esta serie de reescrituras no textuales Garibotto cierra su análisis con el cuen-

to “El gaucho insufrible”, de Roberto Bolaño, que muy al estilo bolañesco parece reescribir todos los textos anteriores del siglo XIX —*Facundo*, *El matadero*, *La cautiva* y *Martín Fierro*— para repensar la Argentina en su momento de la escritura: el 2000, el año de la gran crisis (capítulo 5).

La pregunta obvia que surge y logra contestar Garibotto a lo largo de su análisis es por qué estos textos fundacionales decimonónicos, reconocibles para un lector culto reaparecen trastocados, pero reconocibles aún, en las ficciones del siglo XX argentino. Es con César Aira, en *La liebre* y *Un episodio en la vida del pintor viajero* —y con las otras nueve novelas del ciclo pampeano del autor, donde también destaca *Ema la cautiva*, a la que la autora hace una breve referencia—, donde Garibotto empieza a darnos una respuesta más puntual: la metaficción de Aira tiene como objetivo mostrar la pampa como ese espacio desértico, vasto y fundacional visto como el centro de la barbarie en la anclada y recurrente dicotomía de civilización contra barbarie sobre la que se construye el eje de la nación en el siglo XIX (*Facundo* es el epítome de este binarismo). Toda esa dualidad es subvertida en la serie de ficciones que analiza la autora.

Desde el Estado, el discurso oficial y liberal se encargó de promover la “Campaña del Desierto” en 1880 (nótese que en 1978 el ejército argentino comenzó la reivindicación de esa campaña), en la que se aniquiló a todo aquel que no fuera visto como parte de la nación, principalmente a los gauchos. 1880 es el momento cumbre de “civilizar” a través de la guerra, y esto no solo es exclusivo del

Estado-nación de Argentina, sino también de Chile y, en una manera un poco distinta, de Uruguay. Todas estas ficciones fundacionales validan ese discurso. La subversión que hacen autores del siglo xx como Piglia, Aira, Kohan, Bolaño y Gamerro quiere volver explícito, e incluso dejar en ridículo, ese discurso de pertenencia a la nación por parte del Estado, según el cual aquél que no pertenece merece ser aniquilado. En Aira esta subversión es muy evidente, porque en cierto momento de sus ficciones la narración se disloca y “enloquece”, lo cual pone en primer plano su propia artificialidad y los parámetros de su propia construcción. En otras palabras, lo que hace César Aira es mostrar cómo esa narrativa fundacional es construida a propósito, con objetivos claros. En su ciclo pampeano los gauchos hablan de genética y son sumamente cultos, y los militares, por el contrario, son los que destruyen todo lo que encuentran a su paso y secuestran a la gente (inversión directa del poema decimonónico *La cautiva*). Esto hace que el lector sea más consciente del uso del pasado como metaficción. Garibotto señala que “el siglo xix argentino es el laboratorio en el que se crean las figuras típicas del imaginario argentino y la máquina de narrar la nación. Como pone de manifiesto la ficción de Aira, es un sistema de enunciabilidad que dicta las reglas de formación (clasificación, descripción, traducción, etc.) que permiten la construcción del relato nacional” (p. 110). Las ficciones de Aira proponen una arqueología del siglo xix como sistema de enunciabilidad, dice la autora, mostrando explícitamente que son construcciones.

El poema *La cautiva* está presente desde el título en *Los cautivos*, de Martín Kohan. En la novela, el lector reconoce uno por uno los componentes típicos del relato nacional: los gauchos, representados como borrachos y primitivos son parte indistinguible del desierto; y los federales son violentos como en *El matadero*. Los unitarios son representados como seres cultos (con su lenguaje refinado y su forma distinta de vestir). En la llanura todo es vacío porque no ha llegado el progreso. *Los cautivos* empieza con estos patrones de representación pero luego los subvierte. Kohan muestra el enfrentamiento entre el lenguaje culto y el vulgar. Los gauchos de *Los cautivos* hablan como se habla en la calle de Buenos Aires en el momento de la escritura de la novela; un lenguaje que representa a los marginales, pobres y excluidos de la sociedad bonaerense actual, a los que en jerga argentina se les llama “negros”. Es de esta manera que la autora conecta de manera provocativa el discurso liberal del siglo xix de formación del Estado-nación con los procesos de marginación social más grandes de las últimas décadas en América Latina: los noventa neoliberales. En los noventa, cambia por completo la configuración del imaginario nacional y, además de enfatizar como pocas veces antes las distinciones de clase, se trae al centro del discurso social aquellas diferencias raciales y étnicas que habían permanecido invisibles durante un siglo. La categoría “negro”, explica Garibotto, que se expande cada vez más junto con los índices de pobreza, se fragmenta en nuevas categorías que, ahora sí, verbalizan la diferencia étnica: al “negro” se añaden “el boliviano”, “el paraguayo”

y “el peruano”. Estos personajes, que están fuera del imaginario nacional, harían las veces de aquellos gauchos o bárbaros que el discurso liberal del siglo XIX tenía dificultad en incluir en la idea de nación (a menos que se civilizaran, como ocurre en “La vuelta” con el gaucho Martín Fierro). Si bien en estas ficciones contemporáneas no se alude explícitamente a esas nacionalidades mencionadas, el momento de escritura de estas novelas y las crisis post dictatoriales de estos años le permiten al lector reconocer fácilmente quiénes son los “nuevos” marginados de la nación. Se culpa a los “negros” (bolivianos, paraguayos y peruanos) de la falta de empleo, del alza en los índices de delincuencia y del empobrecimiento general: el discurso social (junto con el discurso político oficial) “deseconomiza”, “extranjeriza” y “desnacionaliza” los efectos negativos del neoliberalismo. De esta manera, al volver a la ficción del siglo XIX, la autora quiere mostrar cómo ese discurso liberal vuelve a marginar (ahora a otros ciudadanos) en el 2000, momento cumbre de la crisis neoliberal en Argentina.

Hay un momento particularmente interesante en el libro y consiste en el análisis de *El Martín Fierro*. Si en “La ida” el gaucho Fierro se rebela contra la ley y se sumerge en el desierto, rebelándose contra toda norma, en “La vuelta”, como se sabe, lo primordial es la domesticación de ese gaucho por parte del Estado y su regreso desde la frontera. En “La vuelta”, Hernández hace que el gaucho Fierro se convierta en un buen ciudadano según los parámetros civilizadores de la época. Al reescribir el género gauchesco en *El sueño del señor juez*, Ga-

merro vuelve explícita la brutalidad de las leyes que conforman el corpus legal de la “civilización” (así como Aira vuelve explícita la metaficción de los discursos fundacionales decimonónicos), y Gámerro, por su parte, vuelve explícito lo maquiavélico de esa ley excluyente que hace que unos sean considerados ciudadanos y otros no. En otras palabras, Gámerro pone en primer plano el carácter manipulable, relativo y arbitrario de los proyectos de ley del Estado argentino y muestra cómo ese discurso excluyente convive con el de la modernización. Este punto es central, porque en las ficciones del Cono Sur que estudia Garibotto —aquí la ficción chilena *El viaducto*, de Darío Oses, cobra relevancia (capítulo 2)— se muestra en todas ellas cómo la deslegitimación de ciertos ciudadanos de los Estados chileno, argentino y uruguayo, es contradictoriamente respaldada por todos los símbolos de modernidad: grandes transnacionales, infraestructura de país primermundista, trenes, metros subterráneos, etc. En la ficción de Gámerro este hecho se concreta en la gran empresa transnacional de la familia Tamerlán, y en la ficción de Oses, en la construcción del viaducto.

En los dos primeros capítulos del libro la autora va trazando una primera cronología de novelas que cuestionan los discursos oficiales sobre la dictadura, como es el caso de *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia, quien utiliza la figura de un personaje ficcional del siglo XIX argentino, Enrique Ossorio, para jugar con los tiempos del pasado y el presente. Ossorio comparte rasgos reconocibles con algunos de los miembros de la Asociación de Mayo, lo cual permite referir

por transitividad a la última dictadura militar. Este personaje hace posible la construcción analógica del relato y sirve de nexo entre el pasado y el presente: el rosismo decimonónico puede remitir a los setentas, porque la novela alude a la similitud de los tiempos entre el siglo XIX y la dictadura militar de El Proceso. Garibotto muestra cómo Piglia regresa al *Facundo* no como modelo previo a imitar sino, justamente, para lo contrario: Piglia le da la palabra a los “otros”, a los excluidos de este proyecto civilizador que la Campaña del desierto quiso implementar (y que de hecho realizó). “Piglia”, dice Garibotto, “coloca la heterogeneidad en el centro del relato y deja que los excluidos asuman su propio discurso” (p. 20). No solo eso: la relación epistolar entre dos personajes de la novela, hace que el lector conozca hechos no oficiales de la historia argentina. De esta manera, el libro de Garibotto empieza con la gran pregunta, de qué es ficción, qué realidad, cuál es la historia oficial y cuál es la historia no oficial, no necesariamente compartida a los otros ciudadanos.

Por último, el libro, pone de manifiesto el uso de distintos próceres de la patria en los tres países estudiados y muestra el caso de José Gervasio Artigas en Uruguay en la obra de teatro *Y nuestros caballos serán blancos*, del uruguayo Mauricio Rosencof, que recupera al personaje histórico y lo resemantiza con fines políticos y coyunturales. El autor, después de ser torturado y encerrado, se convirtió en líder del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, y la figura de Artigas pasó a ser el símbolo de la lucha revolucionaria. Garibotto quiere

demostrar cómo en el siglo XX hay una redefinición de la figura del caudillo y del intelectual. En Argentina, los libros *Don José: La vida de San Martín* y *El informe: San Martín y el otro cruce de los Andes*, ambos de Kohan, muestran cómo los líderes contemporáneos se apropian de estos héroes del siglo XIX para promover sus propias agendas discursivas. Un caso ejemplar que no aparece en el libro de Garibotto pero me parece relevante e ilustrativo de lo que este quiere explicar, es el de Simón Bolívar. En los últimos años comprendidos en el estudio de la autora (1990-2000), los presidentes de Bolivia (Evo Morales), Perú (Ollanta Humala), Nicaragua (Daniel Ortega), Venezuela (Hugo Chávez), Rafael Correa (Ecuador) han utilizado la figura de Bolívar en sus discursos de integración social y en su política contra el neoliberalismo. En algunos casos Bolívar tiene la tez blanca, en otros es mestizo, en otros es zambo, y a veces es mulato. Se sabe que Bolívar nunca defendió las causas de los excluidos, y menos de los indígenas. Por el contrario, defendió a la élite y rechazaba la idea de la pardocracia. De esa manera, muchos próceres de la patria del siglo XIX han sido tomados por las élites y por el discurso oficial del Estado para reforzar lo que quiere decir, que no necesariamente es lo que estos “héroes de la patria” dijeron. En el caso de Bolívar, de hecho, lo que el discurso oficial sostiene sobre él es absolutamente lo contrario de lo que pensó, y de cómo actuó el “héroe”.

CAROLYN WOLFENZON
(BOWDOIN COLLEGE, BRUNSWICK,
MAINE)

Antonio Cortijo Ocaña: *Herejía, Inquisición y Leyenda Negra en el siglo XVII. (James Salgado, el Hereje: Vida y obra de un ex sacerdote español).* Barcelona: Calambur 2016. ISBN 978-84-8359-368-54. 447 páginas.

La historia de los siglos XVI y XVII no deja de sorprendernos por su actualidad y por su modernidad, valga la redundancia. Como si de una narrativa de espionaje encuadrada en la Guerra Fría se tratara, con dobles agentes y telones de acero, imperios del mal y del bien y enfrentamientos entre ideologías tendentes al totalitarismo, Cortijo reconstruye las disputas de religión entre católicos y protestantes acontecidas en el seiscientos. Tal como sugiere el autor, en ocasiones parece que estamos ante la travesía novelesca del protagonista de *El Hereje* de Delibes, solo que en la obra aquí reseñada se desgrana la vida y andanzas de una persona que, al menos en teoría, existió en realidad. El contexto en que todo acontece no es exclusivamente derivado de una disputa teológica, sino que hunde sus raíces en la campaña de desprestigio de lo español conocida con el nombre de Leyenda Negra, detrás de la cual subyacen, como suele acontecer en la historia, diversos tipos de intereses crematísticos. El acceso a las fuentes de riqueza, hoy como ayer, ayer como hoy, se dirime entre estados o imperios que luchan una batalla desigual, donde hay superpotencias y países de menor escala que tienen que buscar estrategias de diverso estilo para obtener un mercado donde colocar sus productos.

James Salgado es el nombre de alguien a cuya firma se adscriben numerosos libros publicados en Inglaterra en las décadas de 1670 y 1680. Cortijo sospecha (como nos descubre solamente al final de este libro) que se trata tan solo de un *nom de plume* tras el que se camufla un interés escondido en apariencia pero que, con el paso de los años, se ha hecho muy evidente. Los libros de Salgado son en su mayoría de temática religiosa y pertenecen a los campos de la disputa y de la apología. En sus publicados, Salgado se describe a sí mismo como un ex sacerdote español que, afectado por serios problemas de conciencia, decide abandonar el catolicismo en favor del protestantismo. Con ello da inicio a toda una serie de aventuras asombrosas, como escapar a duras penas de las garras inquisitoriales, ser más tarde apresado por parte del Santo Oficio, ir a la cárcel, verse condenado a galeras, protagonizar una nueva escapada con huida a Francia y Holanda, para desde allí pasar a Inglaterra, reino descrito por él mismo como remanso de paz para perseguidos. En las obras de James se da rienda suelta a la Leyenda Negra hispánica a todos los niveles, desde documentar los horrores del Santo Tribunal a describir como “salvaje” la fiesta de los toros: Salgado es uno de los primeros narradores en detalle de la tauromaquia española, a la que considera representativa de un pueblo bárbaro, atrasado y sangriento. Además, al lado de su autobiografía llena de vivencias personales, se alaban importantes acontecimientos de la época, como el nacimiento de la reina Isabel I de Inglaterra. Salgado tiene

también una notable vena novelística que se manifiesta en varias de sus obras, colecciones de relatos a modo de las *historias trágicas* y la narrativa de los *novellieri* de moda en Italia y Francia, incluso en la España del momento. Como ya hicieran el genio de Boccaccio y todos sus continuadores, muchas de estas historias tienen como protagonistas a frailes y monjas, a quienes se utiliza para ejemplificar la hipocresía y el engaño, describiéndolos a todos como falsos religiosos quienes, en realidad, tan solo están deseosos de gozar los placeres carnales.

Cortijo desenreda el ovillo narrativo para desmenuzar en notas los contextos de confrontación doctrinal religiosa y de polémica panfletario-política en el momento histórico en que se encuadran las obras firmadas por Salgado. Al seguir tirando del hilo, encuentra una curiosa conexión entre los protagonistas de muchos de los relatos de Salgado (que no son sino jesuitas) y el inverosímil clima antijesuítico que se vivía en la Inglaterra del denominado Popish Plot, el complot papista que en 1678 a punto estuvo de derrocar el poder protestante en Inglaterra. Cortijo enlaza estos condicionantes de política interior británica con las oportunas conexiones con la política europea y española del momento, que es precisamente la clave para poder entender las referencias oscuras de muchas de estas obras. La conclusión a la que llega es inapelable: no existió nunca nadie que se llamara James Salgado, sino que tras dicho nombre se esconde un intento más por parte del protestantismo inglés de lanzar una campaña de desprestigio de lo español y de lo católico en el clima presidido por la lucha entre los incipientes nacionalismos. Cual-

quier ayuda era poca en el intento desesperado por acceder a las fuentes económicas de la riqueza de Inglaterra, razón por la cual este contexto concreto y adecuado en el que insertar (y explicar) algunas de las disputas religiosas que marcaron esta época es el mayor éxito de la monografía que aquí se comenta.

Esta breve reseña no hace justicia a *Herejía, Inquisición y Leyenda Negra en el siglo XVII*. El libro de Cortijo es mucho más. El análisis del concepto de Leyenda Negra se hace mediante el estudio de numerosos textos ingleses contemporáneos y el desmenuzamiento de las circunstancias históricas que los provocan y explican. La parte referente a las colecciones de novelas de Salgado identifica con profusión las fuentes de numerosos cuentos. Por lo que respecta a las farragosas obras teológicas y doctrinales, Cortijo explica los puntos de teología capitales para la intelección de los mismos. En resumen, lo que este libro presenta en su conjunto (y ahí radica su enorme acierto) es la recuperación de un autor y de un conjunto de obras absolutamente desconocidos, al tiempo que se estudia con detalle la interacción literaria y propagandística para insertarla en las apasionantes circunstancias ideológicas que los vieron nacer. Parecen suficientes razones como para recomendar con dilección su lectura, sobre todo a todos aquellos que quieran salirse del mundo de autores y obras canónicas ya muy conocidos de esta época, y deseen comprender algunos de los intrincados resortes y manejos del poder en el apasionante laberinto histórico y cultural del siglo XVII.

LETICIA A. MAGAÑA
(UNIVERSIDAD DE ALICANTE)

Antonio Ramos Oliveira: *Un drama histórico incomparable. España 1808-1939*. Edición y estudio preliminar de Walther L. Bernecker. Pamplona: Urgoiti Editores 2017. CLXIV + 814 páginas.

Antonio Ramos Oliveira (Huelva 1907-México 1973) fue un periodista e historiador español. Es conocido por una historia de Alemania y otra de España, amén de otras obras y artículos en relación con ambos países y con México. Fue durante algún tiempo director de *El Socialista* y agregado de información, en la moderna terminología, en la embajada de la República española en Londres durante la Guerra Civil. Posteriormente ingresó en Naciones Unidas y desempeñó varios puestos como consejero de información y, a veces, consejero político en varios países europeos y latinoamericanos.

El profesor Bernecker ha tomado la parte de la *Historia de España* escrita por Ramos Oliveira correspondiente al siglo XIX, tratado temáticamente, y la parte del siglo XX que discurre hasta el final de la Guerra Civil. Ambas conforman una obra de más de 800 páginas. Va precedida de un estudio preliminar de algo más de 150. En él Bernecker ha hecho un auténtico alarde de erudición, profesionalismo y crítica acerca de la trayectoria y obra del autor que deja en mantillas las escasas informaciones que sobre él existían hasta ahora en la literatura. Recuerda, con razón, que a Ramos Oliveira se le ha citado con frecuencia, pero de manera dispar y sin que quienes lo citan hayan nunca demostrado un conocimiento profundo de su persona y, lo que es más importante, de su obra.

No podría, en puridad, encontrarse mejor introductor. Hispanista eminente, Bernecker combina un conocimiento profundo de la historia de España y de México, aparte de que, por su nacionalidad, está en perfectas condiciones de enjuiciar la parte de la obra de Ramos Oliveira relacionada con Alemania. Quien esto escribe felicita calurosamente al introductor y a la editorial por rescatar del olvido esta parte del trabajo sobre España del autor onubense. Bernecker ha enriquecido su estudio preliminar con una relación completa de los trabajos de Ramos, desglosada en libros (cuatro de 1932 a 1935), artículos, contribuciones a medios periodísticos (diarios, semanales, mensuales y otros), sin olvidar nueve traducciones de libros en alemán e inglés.

Esta extensa obra responde a diferentes motivaciones. Una gran parte, artículos y reelaboraciones de artículos, tiene un indudable sesgo profesional. Ramos Oliveira trabajó largo tiempo como periodista. Sin formación académica conocida, se hizo periodista por la vía autodidacta. Empezó como redactor de extranjero en *El Socialista* a finales de los años veinte del pasado siglo. Poco después fue enviado como corresponsal en Berlín. En 1931 ascendió a redactor-jefe. También trabajó en *Claridad*. Bernecker examina con detalle la interacción entre esta evolución profesional y la producción intelectual de Ramos Oliveira. En ella tiene un papel esencial su inmersión en el debate socialista en unos años clave para la historia de la Segunda República.

Las experiencias en Berlín de Ramos Oliveira dieron lugar a numerosos artículos sobre la situación alemana. Desde entonces siempre ocupó un lugar desta-

cado en el elenco de sus preocupaciones intelectuales e históricas la confrontación con el nacionalsocialismo y el fascismo. Bernecker alude, en paralelo, a los trabajos de Araquistáin derivados de su propia experiencia como embajador republicano en Berlín en la quiebra definitiva de la legalidad de Weimar y el comienzo de la dictadura hitleriana. Ramos Oliveira se convirtió en un puntal de la tendencia caballerista dentro del PSOE. Con algunas singularidades. Marxista sin fisuras, innovó hasta cierto punto con su obra *El capitalismo español al desnudo* en la que se preocupó de dar un soporte empírico a sus disquisiciones teóricas.

En mi opinión, el análisis de Bernecker de la evolución de Ramos Oliveira a la par de las oscilaciones de las discusiones intra-socialistas españolas tiene un gran interés y está apoyado en la identificación de más de un centenar de artículos sobre, en particular, política alemana y problemas del socialismo. De destacar son algunos con pretensiones teóricas o de mayor enjundia que aparecieron en *Leviatán*, entre 1934 y 1935. Poco a poco Ramos Oliveira pasó de apoyar la experiencia republicana como trampolín hacia el socialismo a una actitud en la que fue derivando en favor de una dictadura del proletariado como mecanismo de oposición a la creciente posibilidad de una dictadura burguesa.

De periodista más o menos curtido durante los años 1930 a 1936, la segunda etapa profesional de Ramos Oliveira se caracterizó por su desbordante actividad como agregado de información en Londres a las órdenes de Pablo de Azcárate, uno de los embajadores republicanos de mayor relieve en un período de agónica

política exterior y con una improvisada carrera diplomática de nuevos cuadros en la que no brilló excesivamente el talento. Ramos cubrió numerosos frentes. Su oficina de prensa difundió publicaciones a millares de ejemplares y todavía se apañó para producir ocho opúsculos en los que demostró su capacidad analítica y polémica rompiendo sendas lanzas a favor de la República. Tuvo incluso tiempo para publicar además numerosos artículos en *La Vanguardia* y *El Socialista*. Tampoco vaciló en enfrentarse con popes del conservadurismo o de la inteligencia de izquierda británicos, incluido el después tan reverenciado George Orwell.

La derrota sin paliativos dejó a Ramos Oliveira aparcado en Londres. Durante este período pasó a ocuparse de temas más amplios. En plena guerra mundial publicó *A People's History of Germany*, un libro financiado por el ex presidente del Consejo Juan Negrín en la conocida editorial izquierdista de Victor Gollancz. Bernecker lo analiza en profundidad como precedente para una más ambiciosa *Historial social y política de Alemania* que salió a la luz, en México, en 1952. Fue una demostración de su preocupación por poner de relieve las causas estructurales que promovieron la aparición del movimiento nazi.

Esta preocupación por lo estructural y su enfoque de construir sobre un trabajo previo también la trasladó a España. En 1946, la misma editorial publicó *Politics, Economics and Men of Modern Spain, 1808-1946*. Fue el precedente de su masiva *Historia de España* que apareció en México en 1952. Poco después, Ramos Oliveira ingresó como funcionario de Naciones Unidas en calidad de oficial de información en la capital azteca. Bernecker

ha delineado su devenir en la organización mundial, casi siempre en el mundo de la información: Santiago de Chile, Nueva York, Belgrado, Nicosia, República Dominicana, Buenos Aires y varias estancias en México hasta su jubilación en 1969.

Durante este largo período Ramos Oliveira publicó varios artículos, hizo traducciones y perfeccionó su historia de Alemania. Solo después de su jubilación se dedicó a escribir libros sobre México, cristianismo, la Edad Media y su más ambiciosa *Historia crítica de España y de la civilización española*, de la que solo se publicaron los tres primeros volúmenes, aunque al parecer también escribió los dos últimos. Esta extensa e intensa obra obedeció posiblemente a una clave personal que figura en una carta escrita desde Santiago de Chile en 1956 a su amigo Max Aub: “Lo que tratamos es de no morirnos, de dejar un rastro tan hondo que nos mantenga vivos después de muertos entre las personas que nos conocieron y las que vengan después”.

Naturalmente, toda obra es perecedera. La de Ramos Oliveira no tuvo nunca el impacto que lograron en el mundo de habla inglesa y en la intelectualidad española del interior la de Gerald Brenan ni la de otro exiliado, de ideología muy diferente, como fue Salvador de Madariaga. No es inútil preguntarse por qué. Ramos Oliveira escribió desde una ideología y metodología muy precisas: las que subyacen a la concepción materialista de la historia tal y como fue desarrollada por la Segunda Internacional. La planteó para explicar cómo el resultado de lucha de clases abocaba en España a un conflicto armado que se produjo de 1936 a 1939. No fue el único autor en hacerlo. Estaba en el am-

biente de un sector de la izquierda de la época. Su esquema recuerda, salvando las distancias, a los intentos del embajador soviético en Londres y representante en el desdichado Comité de No Intervención Ivan M. Maiski para explicar la evolución histórica española. Al igual que el de Ramos también puede considerarse como muestra de un momento determinado de considerar el pasado y de reconstruirlo al amparo de presupuestos ideológicos y metodológicos tomados apriorísticamente como irrenunciables.

En este sentido, la obra ahora reeditada y diseccionada por Bernecker puede entenderse como perteneciente a la historia de la historiografía. Ramos Oliveira fue un autor serio dentro de sus limitaciones, conocedor del período que le tocó vivir y profundamente interesado por poner al descubierto las fuerzas profundas que llevaron al descalabro del primer régimen democrático y parlamentario español. Estaba en sintonía, pero en las más estrictas antípodas, con la historiografía pro-franquista que también buscó en el pasado (yendo hasta los siglos XVII y XVIII) materiales e interpretaciones para explicar las razones por las cuales la Guerra Civil terminó convirtiéndose en una necesidad. Pautar las diferencias entre ambos enfoques podría ser muy útil como trabajo de máster. Recomendando a tal efecto la comparación con el primer tomo de la historia de la Guerra Civil publicada por el Servicio Histórico Militar del Estado Mayor del Ejército en 1945, sobre los antecedentes del conflicto. Una obra, por cierto, que demanda a gritos su reedición. Ignoro si será posible. Es de suponer que un Ministerio de Defensa que guarda celosamente la llave de una abundantísi-

ma documentación todavía clasificada no tendrá el menor interés en prestarse a ello. Sería una lástima.

La renovación de los estudios sobre los siglos XIX y XX que se ha producido en España tras la desaparición de la dictadura franquista y de su terrible y agostante censura tiene en la obra de Ramos Oliveira un punto de contraste. Limitándome al período más próximo (República y Guerra Civil) el historiador puede encontrar en ella percepciones y visiones que, no por desconocidas, sirven para enriquecer las controversias actuales. En el bien entendido que en lo que se refiere al conflicto mismo Ramos Oliveira queda por detrás del testimonio historiado que, en mi modesta opinión, sigue siendo referencia inexcusable: el de Julián Zugazagoitia.

El énfasis, por ejemplo, puesto por Ramos Oliveira en la preferencia de la República reformista desde el primer momento por concentrarse en objetivos relativamente secundarios (anticlericalismo, autonomías) en detrimento de los más sustantivos (reforma agraria) sigue siendo válido como elemento explicativo. En lo que, en mi entender, cabe discrepar radicalmente es en el sentido teleológico que inspira la obra. Ni la historia de España es un “drama incomparable” (Bernecker titula la reedición con esta caracterización del autor) ni la evolución política y económica española fue inducida desde el exterior esencialmente. Ya en la época de Ramos Oliveira podían compararse tales premisas con las experiencias de otros países. ¿Acaso no determinó la conquista normanda a partir de 1066 la evolución de Inglaterra? ¿Y qué decir, en época menos remota, de los casos de Bulgaria o Grecia? ¿No se advertía lo que ya se denominaba *Sonderweg*

en el caso de Alemania? ¿Y cómo interpretar la unificación italiana?

Ninguna de estas preguntas, y otras posibles, detrae del interés historiográfico de la obra de Ramos Oliveira, representativa de un tiempo. Todo historiador escribe desde el suyo y desde una óptica determinada por su educación, formación técnica, ideología, lecturas y fuentes disponibles. Las de Ramos no fueron numerosas. En los años después del hundimiento de la dictadura creció la apelación a las primarias. No obstante, la presente reedición junto con el estudio introductorio del profesor Bernecker constituyen una aportación para precisar los contornos desde los que un actor e historiador inteligente contempló la época en la que le tocó vivir, con sus convulsiones, y que, se quiera o no se quiera, es la base desde la cual hay que partir para comprender la evolución histórica ulterior de la sociedad española.

Es de esperar que la reaparición en el mercado español de esta parte de la obra de Ramos Oliveira, que había desaparecido de los anaqueles, favorezca su lectura y su análisis desde las perspectivas que la historiografía española actual ha ido acuñando. Nunca viene mal leer o releer a un clásico. La editorial, conocida por la reedición de obras clásicas de historiografía (muy notable, en particular, la del conde de Toreno sobre la Guerra de la Independencia), le ha adicionado, quizá por motivos comerciales, una banda en la que se afirma que se trata de una exposición de las causas profundas que “condujeron, de modo casi irremediable, a la Guerra Civil”. Un aserto debatible.

ÁNGEL VIÑAS
(MADRID)

Luís Manuel Calvo Salgado / Concha Langa Nuño / Moisés Prieto López: *Te-le-revista y la Transición. Un programa de la televisión suiza para emigrantes españoles (1973-1989)*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2015. 704 páginas.

Moisés Prieto: *Zwischen Apologie und Ablehnung. Schweizer Spanien-Wahrnehmung vom späten Franco-Regime bis zur Demokratisierung (1969-1982)*. Köln: Böhlau 2015, 490 páginas. (Zürcher Beiträge zur Geschichtswissenschaft, 6).

El éxodo rural masivo que se dio en la España de los años comprendidos entre 1955 y 1975 coincide con las décadas de la mayor emigración de españoles a los países más industrializados de la Comunidad Europea. Suiza no fue una excepción, si se considera las dimensiones del país y el alto número de emigrantes españoles que llegaron a lo largo de los veinte años indicados.

El libro colectivo que reseñamos versa sobre el alcance, el significado y la audiencia de un programa de la televisión suiza en lengua española. Se trataba de una emisión de una hora semanal destinada a la nutrida (y al comienzo preponderantemente primera) generación de emigrantes españoles. Un programa pionero que duró más de tres lustros y que tuvo una relevancia política y cultural considerable, cuyas aportaciones siguen muy presentes en el imaginario colectivo de la emigración española en Suiza, que entre tanto ha llegado a la tercera generación.

Su historia es narrada desde aspectos y parámetros múltiples y entrelazados entre sí, y desde una perspectiva claramente

transnacional. La obra pulsa acordes sobre temas que van de la historia de la radiotelevisión suiza al concepto de democracia directa característica de la Confederación Helvética, de la política migratoria del país de acogida y de la democracia suiza al tratamiento y a la divulgación de asuntos españoles en los medios de comunicación suizos. Son parámetros y coordenadas que permiten contextualizar contenidos concretos del programa y apreciar y calibrar asuntos, orientaciones, contenidos y conocimientos destinados a un público hispanohablante, por lo general oriundo y procedente del éxodo rural señalado. Sus descendentes, sin embargo, crecían entre dos culturas sin grandes traumas, tutelados en parte por esos programas que les ayudaban a percatarse de la riqueza de las culturas de las que procedían sus padres.

Pero además, esta monografía colectiva traza en filigrana y configura una historia muy distinta a la que se da por buena de la Transición española, en la que los emigrantes, por su compromiso social, sus intereses y sus reivindicaciones se convertían en verdaderos protagonistas de una etapa y una época sumamente innovadora de la historia y la política de la España de los años ochenta. Protagonistas, porque los vivían al socaire del mundo local del asociacionismo español en Suiza, de la formación política, de la situación y los derechos de la mujer,¹ del arte, el deporte y la economía, asuntos todos que confieren a esta obra una valía y una polivalencia y versatilidad muy considerables.

¹ Fueron numerosas las agrupaciones de mujeres democráticas repartidas por todo el país, cuyas actividades culturales y labores informativas tuvieron una recepción considerable.

Y también están sus méritos muy presentes en lo relativo a cuestiones estrictamente políticas y culturales, desde las referencias detalladas al nutrido número de personalidades españolas (diplomáticos, escritores,² políticos, empresarios y políticos responsables de empresas estatales, pensadores, sindicalistas, activistas y demás) que divulgaban ya entonces, a su paso por Suiza y ante las cámaras y los micrófonos de Tele-revista, eso que hoy se llama Marca España. Tanto más si se considera que la libertad periodística existente en Suiza permitía –entonces como hoy– un tipo de entrevistas y un tratamiento de temas a la sazón impensables para los telespectadores en el territorio español.

La tesis doctoral de Moisés Prieto, *Zwischen Apologie und Ablehnung. Schweizer Spanien-Wahrnehmung vom späten Franco-Regime bis zur Demokratisierung (1969-1982)* (“Entre apología y rechazo. La percepción de España por los suizos entre la última etapa del régimen franquista y el comienzo de la democracia [1969-1982]”), focaliza y estudia un asunto y una época antes poco investigados: las relaciones entre España y Suiza durante los últimos seis años de la dictadura y los primeros seis de la Transición. Mas no se trata de las relaciones en el sentido al uso (e. d., la historia diplomática, política, cultural, militar³ o económica),

asuntos como sabemos bien conocidos. El estudioso desarrolla su investigación al hilo de acercamientos y enfoques que transgreden las fronteras de ambas naciones. Prieto escruta dos Organizaciones No Gubernamentales –el Comité Suizo por la Amnistía Política en España y la Liga Marxista Revolucionaria– y el compromiso profranquista del conocido político James Schwarzenbach⁴. Tanto las dos organizaciones como el dirigente político conservador desarrollaron sus actividades y mantuvieron sus posiciones en un contexto político muy condicionado por cuatro realidades concretas: la Guerra Fría, la llamada defensa espiritual, la vigilancia constante por parte de la policía política suiza (Max Frisch fue quizá el caso más conocido de personas “sospechosas”) y el despertar en Suiza de un cuestionamiento moral ante la dictadura franquista que se nutría cada vez más de los movimientos contestatarios surgidos sustancialmente al socaire del Mayo del 68. Conviene además subrayar que la investigación no se limita al análisis de la prensa escrita: también estudia numerosas emisiones radiofónicas y televisivas y muchos y variados documentos hasta entonces escasamente considerados en los estudios historiográficos.

Moisés Prieto logra asimismo dibujar las lindes del compromiso antifranquista en los ámbitos de la socialdemocracia suiza, condicionada por su bipolarismo ante

² Los escritores Jorge Semprún, Salvador de Madariaga, Camilo José Cela, Francisco Ayala, Javier Pradera, Antonio Gamoneda y muchos otros se convirtieron en referencia cultural para muchos emigrantes españoles gracias, precisamente, al programa televisivo en español.

³ Las relaciones militares entre ambos países comienzan en 1486, con la participación de oficiales y mercenarios helvéticos en las guerras de

Granada. Por otro lado, la presencia de voluntarios suizos en las Brigadas Internacionales fue superior, calculada en cifras proporcionales a la población, a la de los demás países europeos y americanos.

⁴ Schwarzenbach fue copromotor de la primera *Ueberfremdungsinitiative* en Suiza, que defendía una emigración controlada.

la Guerra Fría y su añeja animadversión hacia las corrientes comunistas, por lo que en general no se esforzó en mantener una posición decidida contra la dictadura franquista. En lo que se refiere a las buenas relaciones entre Suiza y España, abundan los panegíricos sobre la economía, el turismo y la buena acogida que tuvieron los emigrantes españoles en Suiza. Por lo demás, las reacciones oficiales cual respuesta a los actos represivos ejercidos por la dictadura, fueron pocas las veces que se aventuraron a traspasar las marcas de lo meramente simbólico. Como era de esperar, la llegada de la democracia tras la muerte del dictador fue aplaudida por los medios de comunicación suizos, desde hacía años seguidores atentos siempre del paulatino desmadejamiento del franquismo y del devenir de la democracia. Y a la vez, el autor muestra con gran detalle los avales concedidos y la simpatía brindada por los medios de comunicación a los actores principales del proceso de de-

mocratización, mas sin silenciar su preocupación por los peligros, los repetidos sobresaltos y los riesgos.

La bibliografía se apoya en una documentación exhaustiva y en fuentes que aún no han sido publicadas, procedentes de los principales archivos federales y cantonales, de libros de memorias, folletines y opúsculos políticos varios, de periódicos de tirada nacional (en los que están presentes todas las lenguas del país), de periódicos de partidos y de material audiovisual y electrónico disponible. Y el todo sin desatender las bellas letras, entre las que figuran las obras señeras y específicas de Serge Ehrensperger, Thomas Hürliemann, Hugo Loetscher y otros.

En suma: una obra de gran interés para los políticos y el público de lengua española, por lo que recomiendo calurosamente y cuanto antes la traducción.

JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA
(UNIVERSITÄT BERN)

4. HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES: AMÉRICA LATINA

Victoria Ríos Castaño: *Translation as Conquest: Sahagún and Universal History of the Things of New Spain*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2014. (Parecos y Australes. Ensayos de Cultura de la Colonia, 13) 320 páginas.

During the past two decades, anthropologists and historians have quarreled over the question of whether Bernardino de Sahagún should be considered the father

of modern anthropology. According to some of his biographers, Sahagún deserves this title because of what they see as his sincere admiration of Nahua culture, wide-ranging interests, and surprisingly modern methods of data collection. In contrast, others have argued that the idea of Sahagún as a “pioneering anthropologist” is both an anachronism and misinterpretation of his work. The fact that scholars and cultural organizations, in spite of clear evidence suggesting other-

wise, continue to repeat the former position engages Victoria Ríos Castaño in her book, *Translation as Conquest: Sahagún and the Universal History of Things of New Spain*. In her detailed study of Sahagún's *Historia universal*, Ríos Castaño seeks to carefully refute the three assumptions underlying the claim that Sahagún was primarily motivated by ethnographical concerns. Highlighting the friar's role in the conversion and colonization of the Nahuatl, Ríos Castaño proposes an alternative label, namely that of "cultural translator."

Translation as Conquest is built around an understanding of cultural translation as a transactional process that considers the work of the translator in relation to his social context and extra-textual constraints. The first two chapters focus on the conditions that influenced Sahagún and the translation processes he oversaw in New Spain between 1558 and 1577. By examining the intellectual trends and texts that were read in the institutions where Sahagún received his education and missionary training, chapter 1 explores cultural presuppositions to which the friar was or could have been exposed before his departure to New Spain. Meanwhile, chapter 2 shifts focus toward the Indies, to discuss the patrons, instructions, audiences, and purposes of *Historia universal*. Expanding on a well-known narrative about the "Spiritual Conquest" of New Spain, the chapter relates Sahagún's translating activities to contemporary debates on the qualities of the indigenous populations, Church leaders' efforts to obtain "weapons" for their conversion, and royal requests for information about them.

After having positioned Sahagún within these intellectual, missionary, and

political contexts, Ríos Castaño concentrates in the remaining three chapters on the various stages of the cultural translation processes involved in the composition of *Historia universal*. Chapter 3 examines the literary sources that Sahagún used to design an initial outline for his encyclopedic work and to rearrange the collected material into its final twelve-book form. Addressing the expectations of both clerical and secular audiences, the chapter presents various classical and medieval encyclopedia and doctrinal texts as well as confession manuals and treatises regarding vices and virtues, serving as possible templates for Sahagún's history. Particularly interesting is her reflection on the specific needs of confessors for recognizing trigger words pointing to specific sins and the influence this necessity had on the writing style of *Historia universal*.

Chapter 4 seeks to undermine the argument that Sahagún's "thorough ethnographic procedure" justifies calling him father of the modern discipline by exploring how inquisitorial techniques informed his methods of enquiry and data collection. Ríos Castaño points out that, in his use of these procedures for ethnographic purposes, Sahagún was preceded by the Franciscan friar Andrés de Olmos, who would thus, as Ríos Castaño points out, deserve the label of father of modern anthropology. Yet, more importantly, she argues that ethnographers and inquisitors share "neither motivation nor purpose or mode of thinking" (p. 154); the former trying to understand a culture, the latter trying to prosecute persons and extirpate non-Christian practices and beliefs. The chapter discusses the role of the friars' experiences with inquisitori-

al trails in familiarizing themselves with its procedures, subsequently considering how this knowledge was applied in developing questionnaires and transforming both verbal and non-verbal information provided by indigenous interviewees into written code.

Finally, chapter 5 focuses on the gathering, comparing, and codifying of data, as well as the composing of the final version of *Historia universal*. Using Patrick Johansson's semiotic triangulation scheme, Ríos Castaño provides a detailed discussion of the different roles that Sahagún's Nahua respondents, his Nahua assistants, and he himself played in relocation of the source culture into the target text. Themes that are dealt with include the codification of pictorial data, spoken word, and ritual; possibilities for self-censorship or manipulation of what Nahua leaders or assistants wanted the Spaniards to know; and Sahagún's efforts to rewrite and rearrange his expanding material into a work that inscribes the Nahua world within a Christian framework of Universal History and that could serve as an auxiliary for preachers and confessors.

Translation as Conquest formulates what I take as a convincing argument against understanding Sahagún as the father of modern anthropology. By placing the friar and his work in its proper historical context, the book is able to refute one-by-one the reasons that have been deployed to buttress this idea. Yet, at the same time, Ríos Castaño's efforts to position herself in this specific debate also become one of the book's weaknesses. The author's engagement with a wider field of scholarship on colonial Latin America is limited, leading to conclusions that

reaffirm rather than critically reconsider well-established assumptions about the production of evangelizing works. Illustrative here is the use of the "conquest" metaphor. While the book reveals the complexity of the interactions between Sahagún and his indigenous informants, her conclusions hardly explore the significance of these insights for our understanding of intercultural translation. Sahagún's activities are considered mainly through the narrative of the Spiritual Conquest, and the friar himself is characterized as an "imperialist missionary dedicated to the extermination of the Nahua cultural identity" (p. 245). The question of what collaboration and shared interests between the Spanish friar and his indigenous informants means for this notion of conquest remains unasked.

Something similar applies to a second meaning given to the "conquest" metaphor. Ríos Castaño seeks to explain the significance of the *Historia universal* within the apparatus of colonial power and the colonization of the Nahuas by using the "knowledge-power equation" (p. 241). Recent scholarship on the knowledge culture of the Spanish empire has questioned the imprecise use of this trope. Ríos Castaño falls in the same trap as she provides little empirical evidence on how the friar's translations helped to constitute, outside the immediate context of the convent, people's authority or ability to influence decisions about the colonial and evangelizing project. By addressing Sahagún's position amidst shifting power constellations inside New Spain, across the empire, and beyond, the book could have gained further in explanatory potential.

Ríos Castaño's decision to focus instead on the textual world in which Sahagún operated has nonetheless resulted in an insightful book. *Translation as Conquest* is well-structured and well-written and surely contributes towards deepening our understanding of the *Historia universal*, in particular, and the process of cultural translation in general. Specialists on Sahaguntine scholarship will find new insights in its close readings of translation techniques and intertextual interactions. For laypersons and students – both at the undergraduate and graduate levels – it presents an excellent introduction into this fascinating field of intercultural translation studies.

NINO VALLEN
(FREIE UNIVERSITÄT BERLIN)

Preuss, Ori: *Transnational South America. Experiences, Ideas, and Identities, 1860s-1900s*. London / New York: Routledge 2016. 176 páginas.

La latinoamericanidad es un proyecto en construcción, que se inició con los procesos de formación de las primeras repúblicas en la región y que llega hasta nuestros días. A lo largo de estos más de 200 años se produjeron avances y retrocesos. Ori Preuss, autor de este pequeño estudio, presenta la dimensión que este proceso tuvo por medio de una narrativa situada entre la historia diplomática y de las ideas. Se dedica a una época de particular interés, la cual fue impactada por la independencia de Cuba, una de las últimas posesiones coloniales de España en ultramar, tras la intervención militar de EE. UU. en

1898. Los contemporáneos consideraron este año como clave para el cambio del escenario internacional, marcado por la consolidación de los EE. UU. como nuevo poder hegemónico. Preuss, basándose en textos de literatura, prensa y discursos de políticos y diplomáticos, aporta una visión desde el Cono Sur, puntualmente de Argentina y Brasil, pero sin perder de vista al Uruguay, aunque este tenga un papel menos protagonista.

El trabajo reconstruye cómo, dentro de la región, la circulación de personas y de informaciones aumentó significativamente durante el tiempo en consideración. Este fenómeno se dio en base al creciente interés por conocer los países vecinos y opinar sobre ellos, para, de esta manera, formar un espacio de intercambio de opiniones. Un elemento que llama la atención a Preuss son los textos publicados en portugués en el mundo hispano y en español en el mundo lusoamericano. Preuss enfoca la apropiación del idioma de los vecinos con el concepto analítico de *translation*.

Otro aspecto que el autor pone de relieve es el hecho de que –si bien el mito del Brasil como isla en el continente americano siguió vigente– los viajeros, intelectuales, políticos y diplomáticos intensificaron sus esfuerzos a pensar Sudamérica (y América Latina) como ámbito cultural. Preuss destaca el telégrafo y las líneas marítimas que conectaron Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires como canales que facilitaron la circulación de información. Cabe señalar que la divulgación de noticias sobre el Cono Sur en los diarios y las revistas vinculó principalmente a las grandes ciudades portuarias, mientras el enorme *hinterland* de las naciones Brasil,

Uruguay y Argentina quedó menos integrado. No obstante, Preuss piensa que los proyectos políticos posteriores, como la Liga de los ABC (Argentina, Brasil, Chile), los congresos científicos, así como la actuación de los delegados del Cono Sur en el Congreso Internacional de Paz de La Haya en 1907, tenían su fundamento en la construcción discursiva de lo que él denomina “region building process” (p. 157). Si bien Europa y los EE. UU. eran los principales referentes para entender el ideal de sociedad por los autores mencionados en este libro, según Preuss “Sudamérica” (y “América Latina”) buscaba su propio camino hacia la modernidad. Cabe señalar que era un modelo muy ambiguo, al menos cuando se constata el poco éxito de esos esfuerzos.

Este libro es recomendable para un público especializado, particularmente para quienes se dedican a estudiar el Cono Sur latinoamericano a finales del siglo XIX e inicios del XX. Lo que lo hace realmente llamativo es el lugar crucial que tenía Brasil dentro de esos esfuerzos. De hecho, Preuss hace hincapié en que se logró establecer un latinoamericanismo lusoamericano. Era un latinoamericanismo con tinte oligárquico, que las elites brasileñas promovieron de manera paternalista en su afán de establecerse como líder de las pequeñas y débiles naciones de la región. En Brasil prevaleció la idea lanzada por Joaquim Nabuco de que la América Latina estaba dividida en una parte organizada y otra caudillista. El punto de partida del latinoamericanismo lusoamericano no era una obra literaria clave como el *Ariel* del uruguayo José Enrique Rodó, sino los discursos del político y diplomático Rui Barbosa durante la Conferencia de Paz

de La Haya en 1907. Allí Rui Barbosa se inscribió en el debate sobre el derecho de soberanía de todos los Estados como componente del Derecho Internacional. Preuss demuestra que tanto los delegados latinoamericanos presentes como la prensa sudamericana quedaron impresionados por los pensamientos de este brasileño. Al mismo tiempo, se reflejaron conceptos como los del argentino Luis María Drago en el Brasil. De esa manera se negoció la latinoamericanidad como parte de la conciencia criolla, según Preuss. Otro aspecto interesante de este estudio es la inclusión de varias fotos y caricaturas tomadas de revistas y periódicos contemporáneos, en las que se manifiesta el interés por la región sudamericana. Este material visual servía para marcar diferencias y constatar similitudes. Consumida la discusión sobre el *pictorial turn*, es de lamentar que el autor incorpore este material tan solo como ilustración de sus tesis; hubiese tenido mayor provecho como fuente primaria.

THOMAS FISCHER
(KATHOLISCHE UNIVERSITÄT
EICHSTÄTT-INGOLSTADT)

Amada Carolina Pérez Benavides: *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes. Colombia, 1889-1910*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana 2015. 327 páginas.

Esta obra estudia las formas en que se condensan e institucionalizan en la Colombia de fines del siglo XIX y principios del XX las representaciones de la nación y de sus habitantes. Partiendo del diálogo con

trabajos de otros autores sobre la construcción de la nación y de la comunidad nacional imaginada, la aproximación de la autora resulta novedosa no solo por su rigor al constituir en fuente tres tipos de representaciones —las del *Papel Periódico Ilustrado*, las del Museo Nacional y las de los informes de misiones religiosas—, sino, también, por poner el énfasis analítico en los lugares institucionales de enunciación, sus operaciones simultáneas en un lapso de tres décadas y sus agentes (periodistas, funcionarios y misioneros).

Su análisis del *Papel Periódico Ilustrado* (1881-1888) se centra en la representación de los habitantes del país en dos grandes conjuntos. Uno, corresponde al álbum de notabilidades, conformado por los retratos grabados de personajes reconocidos como héroes de la independencia o servidores de la patria, que se publican en cada número, resaltados por un marco, con su firma y nombre, y una nota biográfica que lo singulariza aún más. El otro es el conjunto de grabados de tipos sociales, por ejemplo, el pescador del río Magdalena o el indio del Cauca, acompañados por textos producidos por autores del *Semanario del Nuevo Reino de Granada* (1808-1809), o de la tertulia de *El Mosaico* (1858-1872) que, como las acuarelas de la Comisión Coreográfica (1850-1859), eran productos sobresalientes del proceso de representar una clasificación y una jerarquización racial, social y moral de los habitantes de la nación. A diferencia de las notabilidades, los tipos sociales son anónimos, con fisonomías representativas de regiones, razas y oficios, y datos sensibles de costumbres y vida cotidiana. En esta operación de representar a los habitantes en dos grandes categorías

contrastantes, la autora encuentra una de las claves del nosotros y los otros.

Si en el *Papel Periódico Ilustrado* se propone una historia en la que la Independencia es el mito fundante, en el Museo Nacional se proyectan las fronteras del territorio nacional del siglo XIX hacia un pasado inmemorial. Creado en 1824, el museo alcanza alguna solidez al final de esa centuria, en la misma etapa que estudia este libro (1880-1912). Entonces, sus colecciones fueron definidas como antigüedades indígenas, objetos coloniales, historia patria y mineralogía. Es un lugar institucional, regido por el Ministerio de Educación y tiene el objetivo claro de producir una representación de la nación, de sus riquezas y de su historia. Proponen una sola historia que establece la continuidad: desde los indígenas —como primeros pobladores pero no como ancestros—, hasta el período hispánico y el republicano. Se convoca a todos los colombianos a contribuir en la conformación de la colección, se reciben objetos de diversas regiones y, ya en el Museo, letrados y funcionarios los seleccionan, catalogan y exhiben poniéndolos en escena de acuerdo con un guión de memoria única, sin conflictos. Así, la sucesión de autoridades coloniales continua con la de héroes de la Independencia para mostrarlos como miembros del linaje traído de España, la raza latina, que se presenta como más vinculante que el mismo territorio. Aunque esta es también una historia moral tiene fuertes rasgos de historia natural: de un linaje, de sangre. Los indios pertenecen a otro linaje, inferior y, en cierta forma, atemporal, la raza americana. La tensión entre homogeneidad y heterogeneidad, que está en el centro de la construcción

de la nación en el siglo XIX, se resuelve (u oculta) jerarquizando dos razas inventadas y dejando por fuera a la gran mayoría de la población diversa, que no cabe en esos compartimientos.

La tercera institución analizada es eclesiástica, las misiones. Estas fueron restablecidas a fines del siglo XIX por el gobierno de la Regeneración como dispositivo para integrar a la economía nacional territorios marginales y a sus habitantes, los indios bravos. La clasificación principal es entre civilizados y bárbaros. Los informes de misioneros e informantes se inscriben en la lógica de la bondad de cristianizar y civilizar, pero en ellos se pueden observar muchos matices, no solo oposiciones nítidas, sino también descripciones que remiten a diversos “grados de civilización”, y dan indicios de prácticas dialógicas, agencia de los indios, resignificación de rituales católicos y luchas por el reconocimiento. Hay también variaciones regionales. Por otra parte, a pesar de que los misioneros se presenten generalmente como héroes de la fe, hay apartes de profundo cuestionamiento a sí mismos. Aunque la autora insiste en que el espacio de experiencia que regía las distintas representaciones misioneras era la conquista del siglo XVI, señala también cómo los informes se inscribían en el contexto de las misiones del mundo, las de Asia y África que adelantaba la Iglesia, por lo cual hay historias paralelas semejantes que daban sentido a lo que hacían.

Lo sugestivo del argumento de nosotros y los otros que propone Pérez Benavides radica en que, al rastrear la producción simultánea de representaciones de los habitantes de la nación en tres distintos lugares de enunciación —uno de

opinión, otro estatal y otro religioso—, nos muestra cómo los ejercicios clasificatorios de todo el siglo, las experiencias más antiguas y las expectativas parecen condensarse, mas no unificarse. Es posible ver que no hay correspondencia entre las clasificaciones. Aunque el álbum de notabilidades del *Papel Periódico Ilustrado* podría corresponder a la raza latina del Museo Nacional, no incluye, en cambio, a todos los comprendidos entre los nombrados como civilizados en los reportes misioneros. Y los tipos sociales del *Papel Periódico Ilustrado* son muchos y diferentes entre ellos, por lo que no caben en una categoría como la raza americana del Museo Nacional y, en cambio hacen parte (junto con su contraparte, las notabilidades), de los civilizados de los informes misioneros, que solo se oponen a los bárbaros.

Son también inclusiones y exclusiones que tienen referentes de tiempo denso y heterogéneo. La noción de raza latina y raza americana, remite a la Conquista, al pasado; la de notabilidades, a la Independencia y al presente, con convenciones de historia europea; la de civilizados, apunta al futuro, al deber ser, pero que ya, en cierta forma, es encarnado por la mayoría frente a los bárbaros indios de los márgenes. Así, es posible ver que la contienda de representaciones de nosotros y los otros no es solo asunto de pertenencia por linaje, raza, naturaleza o méritos, sino también asunto de tiempos y, diríamos, de destiempos. Se entrelaza un sentido de tiempo moderno, que cambia, que cree en el progreso, con un sentido de orden natural inmutable, sin tiempo y, aún más, con el retorno a narrativas de origen como la Conquista y la Independencia.

Por supuesto, las clasificaciones estudiadas constituyen operaciones desde el poder que intenta organizar de una manera la sociedad. Por una parte, buscan naturalizar las diferencias culturales y representarlas como estáticas, escondiendo relaciones de interdependencia, movilidad y luchas por estatus y reconocimiento. Por otra parte, además de heterogéneas, son frágiles, y algunas, como la de tipos sociales, más literaria que estrictamente social. El análisis deja claro la complejidad y variedad de las representaciones de los habitantes de Colombia de fines del XIX. No obstante, vale recordar que las clasificaciones apoyan las representaciones y son, por tanto, también un campo de contienda. Por eso, la idea de nosotros y los otros, aunque no se puede perder de vista e ilumina la tensión central, corre el riesgo de simplificar en opuestos la variedad y la complejidad de las relaciones al interior de las partes, las mediaciones, divergencias, fisuras, variadas formas de hacer, de resistir o contravenir. Y las persistencias de imaginarios anteriores, como el de castas, propio de la sociedad del Antiguo Régimen, apenas matizado en los tipos sociales. Quizás se deba examinar el alcance y la forma de los efectos que, suponemos, tuvieron estas clasificaciones y representaciones en las estructuras de reconocimiento y en la forma que tomaron las luchas por el reconocimiento. Sin duda, Pérez Benavides contribuye muy significativamente, al entendimiento de cuestiones sociales críticas en los procesos de representación de la nación.

MARGARITA GARRIDO
(UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, BOGOTÁ)

Mark Wasserman: *Pesos and Politics. Business, Elites, Foreigners, and Government in Mexico, 1854-1940*. Stanford: Stanford University Press 2015. IX + 257 páginas.

Mark Wasserman's *Pesos and Politics* makes a strong argument for a new economic history of Mexico during the administration of Porfirio Díaz and the Mexican Revolution. The author rejects the long prevalent interpretation, influenced by the Dependency theory, that foreign entrepreneurs had exploited Mexico and hindered the economic development of the country and that the Mexican governments had lost control over their land. Wasserman points out that the majority of foreign enterprises in Mexico had failed, could not generate profit and had not exploited their Mexican workers. Moreover, the Mexican governments had always shaped actively national economic politics. Regarding to the author, an "elite-foreign enterprise system" (2) had emerged that balanced the interests of the national governments, foreign entrepreneurs as well as regional and local elites. None of these historical actors could dominate the system. Moreover, Wasserman argues that this system had existed from around 1880 until the 1940s so that the economic politics between the *porfiriato* and the revolutionary period had been quite the same. Neither had Porfirio Díaz favored foreigners, nor had the Revolution strongly acted against them. In total, all governments had been interested in the economic development of Mexico. The fact that these efforts had only mixed results had nothing to do with the foreigners, concludes Wasserman.

The first chapter introduces the main argument and portrays the social groups of the elite-foreign enterprise system, i.e. Mexican elites, foreigners, and the government. The following six chapters present empirical case studies. Since every chapter can be read separately, Wasserman could not avoid some redundancies, especially in the chapter outlines. Based on the family networks of the Terrazas-Creels and the Maderos and their role as intermediaries for foreign enterprises, chapter 2 shows how Mexican entrepreneurs ensured their influence in the business system. Chapter 3 describes the strategies of the government of Díaz, mostly by purchasing shares, to hinder the dominance of Mexican infrastructure by foreign railway companies.

The next four chapters argue that foreign entrepreneurs had very little success in Mexico. Wasserman names six basic conditions for a successful business: abundant investment capital, efficient management, a market for the produced goods, access to transportation and workers as well as good relations to the government and to local elites. Frequently, foreign businesses lacked one or more of these conditions. Chapter 4 shows that foreign landowners hardly generated profit, even though they owned 25% of the land. Instead, they had to deal with Mexican landowners who acted often in a hostile way. Chapter 5 exemplifies this finding with the Corralitos Company which was involved in ranching and mining and failed even though it had access to all six key factors for success. Also foreign mining entrepreneurs who are discussed in the following section suffered similar problems. They possessed 90% of

all Mexican mines, but reinvested their earnings and did not withdraw their capital. The last case study is the American Smelting and Refining Company (ASARCO), the biggest mining company in Mexico at the beginning of the twentieth century. Even this profitable corporation had to follow the Mexican rules and did not exploit its workers.

To sum up, the book is well structured, argues convincingly, uses a vast array of archival material and is elegantly written. Future research will have to deal with Wasserman's thought-provoking findings and will be engaged, maybe, in bringing in eventually more nuances in Wasserman's key argument.

FREDERIK SCHULZE

(WESTFÄLISCHE WILHELMS-UNIVERSITÄT
MÜNSTER)

Frederik Schulze: *Auswanderung als nationalistisches Projekt. 'Deutschtum' und Kolonialdiskurse im südlichen Brasilien (1824-1941)*. Köln / Weimar / Wien: Böhlau Verlag 2016. (Lateinamerikanische Forschungen. Beihefte zum Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas). 426 páginas.

During the nineteenth and early twentieth century the Brazilian state of Rio Grande do Sul was a cynosure for German immigration and stood at the center of colonial discourses that promoted the maintenance of a German identity in the tropics—even though Germany was not a real colonial power, nor was, at least since the turn of the century, Brazil a proper colony. To this day, the town of Blu-

menau, founded in 1850, testifies to the legacy of German immigration in Southern Brazil. Frederik Schulze's comprehensive and meticulously researched monograph investigates an impressive amount of resources authored by the various agents in this debate, by ideologues, politicians, clergymen, and journalists. The press coverage alone is highly significant; Rio Grande do Sul was home to "one of the richest areas of German press outside of Germany" (p. 91).

Most importantly, Schulze shows that these discourses occur in a field that is triangulated by local, national, and global concerns. The theme of German immigration to Brazil has in the past frequently been studied from rather parochial—that is, strictly national or local—perspectives. Schulze's study is a welcome and highly topical contribution to current migration studies, since it inserts the well-known theme of German immigration into broader questions raised by postcolonial studies, as well as the global turn of historical studies in recent years. Moreover, the problem of German identity in Brazil is rigorously approached here from the perspective of conflicting discourses, bringing into focus the relation between the immigrants and the host society, an aspect, the author rightfully points out, often neglected in previous historical studies (p. 35). The author thus counters the received "master narrative of the isolation of German immigrants in Brazil" (p. 35). Consequently, Schulze's monograph is both a contribution to the historical and global manifestations of *Auslandsdeutschtum* and to the complex debates surrounding the multi-ethnic genesis of

Brazilian society, pioneered in the field of migration studies by the innovative contributions of Jeffrey Lesser.

The chronological arch that is covered by Schulze's study reaches from the arrival of Prussian immigrants in 1824, the peaking of German immigration during the years of the Weimar Republic, to the end of the *Deutschtumspolitik* during the 1940s. The book moves gradually from global to local constellations, and is divided into two major parts. The first part considers German identity politics in Rio Grande do Sul in global contexts, moving from a systematic discussion of individual agents of textual production (social associations and institutions, the German press in Rio Grande do Sul, etc.) to a consideration of Rio Grande do Sul in relation to German (proto-)colonial discourses (detailing the problem of German identity with regard to ethnicity, family, linguistic, political, and cultural community). A central role is accorded to the Protestant church, which since 1871 had become the state religion of the German Reich (p. 72). The second part zooms in on the contested relation between the German immigrants and the host society (the changing premises of Brazilian immigration policy, the hybrid concept of German-Brazilian identity, practices of disciplination, the failure of colonial ambitions).

The general theoretical framing of the very readable study and the historical context setting of the introduction and the first chapters are highly informative and fully conversant with the most recent contributions to colonial, global, and migration studies, incorporating German, Brazilian, and English scholarship. As Schulze moves toward the more particular

and local sources (with footnotes pointing to exhaustive archival research that more than justifies generalizing observations), the reconstruction of individual cases and biographies, such as the disillusion experienced by priests and teachers when confronted with the less than ideal local circumstances (ch. 7.3), can at times feel overdetailed and repetitive. For a reader there is the danger here to get lost in the plethora of biographical and circumstantial details, which sometimes threaten to dilute the otherwise forceful argumentative structure. In this latter section of the book, less would have been more. For instance, it would have been productive to complement the carefully reconstructed anecdotes and sets of discursive elements with some other, more symbolically dense sources. Thus, curiously, Graça Aranha, the author of the novel *Canaã* (1902), arguably the most important Brazilian literary text about German immigration, is only briefly mentioned, namely insofar as he followed the literary critic Silvio Romero's well-known criticism of German colonial aspirations (p. 196-197). A consideration of the novel's ideologically ambivalent representation of the German colonial mentality would have resonated with and further problematized many of the sources quoted by Schulze in chapter 4.2 ("Critique of German Immigration") and elsewhere.

Yet this is only a minor criticism. Schulze's study is highly valuable not only for its synthetic presentation of a huge amount of archival and other primary sources, it also succeeds in making suggestive comparisons with other phenomena of migrational settings (most importantly, the US) and colonialist frontiers;

it advances a convincing, carefully documented argument according to which the ideological impetus of German colonialist discourse was countered and weakened by the "heterogeneity, acculturation, and resistance" of the immigrants (p. 344).

JOBST WELGE
(STOCKHOLMS UNIVERSITET)

Hans-Jürgen Prien: *Christianity in Latin America. Revised and Expanded Edition*. Brill: 2013. 704 páginas.

Aunque hoy en día se sostenga —o por lo menos se intente sostener— que el Estado es laico, la religión en América Latina se mantiene presente y con fuerte influencia en las decisiones gubernamentales. Para entender el origen y las consecuencias de esa herencia, *Christianity in Latin America* ofrece una visión de más de 500 años de la historia del cristianismo en el Nuevo Mundo. En este trabajo, el historiador alemán Hans-Jürgen Prien, ex catedrático de la Universidad de Colonia, tiene un reto muy difícil. Él trata del cristianismo desde la llegada de diferentes pueblos —los españoles, portugueses, franceses, holandeses y británicos— hasta la actualidad. Para organizarse, Prien divide su trabajo en dos secciones principales: una sobre la era colonial (a partir finales de los años 1400) y otra para la época de la independencia (a partir de 1820), que a su vez están divididos por temas y por orden cronológico.

En la fase de conquista y colonización, la acción del Estado es caracterizada por la identidad Ibérica a través de la lucha contra la dominación islámica, mientras

surge la burguesía cada vez más en los países de América Latina. Ese escenario en el que se encuentra la región es tan complejo que se le hace difícil a Prién trabajar con demasiada información. La ironía en ese escenario tenebroso es que el cristianismo se expande a partir de los “nuevos europeos”, es decir, de la nueva generación que nace en América Latina. Esas mismas personas, religiosas y practicantes de la buena fe, son las mismas que perpetran atrocidades contra los pueblos locales. Lo que se puede concluir es que sus actitudes vistas desde un punto de vista histórico más lejano se muestran anticristianas. Lo que le falta al libro son relatos de las personas que sufrieron con las acciones de los conquistadores al imponer sus creencias. De hecho, resulta difícil por haber suficientes fuentes.

Además de la relación entre la Iglesia y la política, el análisis se centra en el sentido estricto de aspectos teológicos. La gran influencia de las comunidades religiosas en el desarrollo del catolicismo en América Latina está clara. Las principales tareas de los religiosos con frecuencia incluyen la educación y la expansión de la infraestructura de la Iglesia. Su influencia también se mostró en la aparición de la teología pastoral y la liberación social.

En general, el libro ofrece una visión interesante del desarrollo del catolicismo y de la Iglesia en América Latina bajo un punto de vista más regional. Sin embargo, lo que se plantea al final de la lectura es el interés por saber más sobre las diferencias específicas de las manifestaciones religiosas entre los países a lo largo del tiempo. Aunque América Latina aún esté marcada por el catolicismo, con el transcurso del tiempo los países crearon sus propias

identidades políticas y culturales lo que reflejan en las diferentes manifestaciones de la religiosidad. La orientación política, social y teológica de la Iglesia católica no solo varía en función del contexto histórico de un país a otro, sino que también creó conflictos dentro de las Iglesias locales. El Estado y la religión siguen conectados, no importa la época. Lo que cambia son las diferencias entre las influencias que tiene uno sobre el otro.

MARCIO ORSOLINI
(UNIVERSITAT POMPEU FABRA)

Loris Zanatta: *La larga agonía de la Nación Católica. Iglesia y dictadura en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana 2015. 317 páginas.

La larga agonía de la Nación Católica. Iglesia y dictadura en la Argentina es la última producción del reconocido historiador italiano Loris Zanatta, cuyos aportes son fundamentales para el acervo historiográfico sobre la sociedad, el Estado, la Iglesia y el catolicismo argentinos. El presente libro –estructurado en introducción (pp. 11-16), cuatro capítulos de contenido (pp. 19-302), conclusiones (pp. 303-308) y sección bibliográfica (pp. 309-312)– ofrece una interpretación panorámica sobre el vínculo entre política y religión a partir del mito nacional y en la cultura política en el siglo xx (p. 12). Zanatta propone *grosso modo* comprender la última dictadura cívico-militar, el auto-denominado “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983), a la luz del mito de la “Nación Católica” creado hacia las primeras décadas de siglo xx. Atento a los

discursos públicos y a un nutrido elenco de fuentes, el autor considera que el *coup d'État* debe ser interpretado más allá de las explicaciones fundadas en el desarrollo dependiente, en las crisis económicas y en las injusticias sociales o en las lecturas que estresan el militarismo, los factores de poder y los efectos de la Guerra Fría. Zanatta sostiene que la tragedia argentina, a modo de hipótesis, se aprehende fundamentalmente a partir de la relación, y las yuxtaposiciones, entre religión y política.

En el primer capítulo “La Argentina católica” (pp. 19-70), el autor presenta a grandes rasgos las líneas hermenéuticas que guían su narrativa. A partir de la gran ola inmigratoria –portadora de una diversidad idiomática y prácticas culturales disonantes para el medio local– y la explosión demográfica en los centros urbanos, el catolicismo se erigió como un elemento de cohesión social. En otros términos, al himno, a la bandera, al escudo nacional y a la “Historia Nacional” se sumaron la lengua castellana y la religión católica como instancias de amalgama de una sociedad en creciente diversificación. Entre 1880 y 1930, en una suerte de herencia de la Paz de Westfalia (*cuius regio, eius religio*), la religión se constituyó como fundamento de la nacionalidad y del orden político que, a la par de rechazar la democracia liberal y la economía de mercado, descreía del Estado de derecho y los derechos individuales. La doctrina católica y la Iglesia argentina construyeron una democracia “orgánica y funcional” donde la representación correspondía a los cuerpos sociales y no a los individuos unidos en partidos (p. 24).

En los tres capítulos subsiguientes, “La Revolución Argentina, 1966-1973”

(pp. 71-154), “Perón-Perón, 1973-1976” (pp. 155-210) y “El Proceso” (pp. 211-302), Zanatta propone no solo la idea del mito de “Nación Católica”, sino también de “guerras de religión” donde se enfrentan, en ausencia del Estado de derecho, visiones absolutas y mutuamente excluyentes del mundo. El propio mito de “nación católica”, y la disputa *ad intra* por su sujeto histórico, laceró la unidad eclesial e implicó que, el conflicto intracatólico, absorbiera progresivamente al resto de la sociedad y arrastrara al Estado detrás de sí. Aunque ambos golpes militares, la “Revolución Argentina” y el “Proceso de Reorganización Nacional”, encarnaron momentos en los cuales el catolicismo pudo proyectar una suerte de nueva “alianza constantiniana” construyendo el mito, el autor reconoce la creciente pluralidad y complejidad de la sociedad argentina en la segunda mitad del siglo xx. Asimismo, si bien la Iglesia estuvo atravesada por una severa crisis producto de las alineaciones políticas locales, las novedades del Concilio Vaticano II y una sociedad que ciertamente se alejaba a pasos agigantados de su tutela, el poder del mito de “Nación Católica” residía en su capacidad para presentarse como aglutinante de la identidad nacional (p. 46). A partir de aquel, se comprende que, en las décadas de 1960 y 1970, el denominado “catolicismo revolucionario” (es decir, la constelación contestataria que incluía, a modo de ejemplo, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y la revista *Cristianismo y Revolución*) y el “catolicismo tradicionalista” (los obispos vinculados al vicariato castrense creado en 1957) compartieran una profunda desconfianza frente al Estado de derecho, encontran-

do en la violencia una ideal sustituta (p. 139). El mito de “Nación Católica” se constituyó como elemento idiosincrático del catolicismo argentino independientemente de su sensibilidad política. Así, sea la “Nación Católica” o sea el “Pueblo Católico”, en Argentina se sostuvo a lo largo del siglo xx un mito que, fundado en un criterio de unanimidad, batallaba con una sociedad cada vez más heterogénea, plural y compleja.

En conclusión, Zanatta sostiene, a modo de hipótesis general, que el Estado de derecho no se impuso como fundamento del orden político, sino como la afiliación a un corpus de ideas propias del mito de Argentina como una “Nación Católica”, ideas que, por otro lado, no solo cultivaba la Iglesia, sino que también compartían los soberanos detrás del trono, las Fuerzas Armadas.

SEBASTIAN PATTIN

(WESTFÄLISCHE WILHELMS-UNIVERSITÄT
MÜNSTER)

Esteban Campos: *Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*. Buenos Aires: Edhasa 2016. 224 páginas.

Esteban Campos aborda en la presente obra, a partir de un sólido enfoque de historia política, pero en diálogo con la historia oral, la sociología de la cultura y la filosofía política, la compleja revista *Cristianismo y Revolución* (1966-1971). La revista es comprendida como una sociabilidad de resistencia a la dictadura autodenominada Revolución Argentina (1966-1973). Campos cuenta con un

nutrido elenco de fuentes que incluyen desde *Cristianismo y Revolución*, diarios y revistas hasta entrevistas con antiguos miembros de los círculos del director J. G. Elorrio. El libro reúne una introducción (pp. 9-24), seis capítulos de contenido (pp. 25-202) y un balance final (pp. 203-212).

En el primer capítulo, “El catolicismo renovador en *Cristianismo y Revolución*” (pp. 25-52), el autor examina el proceso de radicalización ideológica partiendo del diálogo cristiano-marxista del que católicos, afiliados al camino abierto el Concilio Vaticano II, terminaron participando en la formación de una organización cristiana clandestina llamada Comando Camilo Torres.

En el segundo capítulo, sobre “Teología y revolución” (pp. 53-80), Campos estudia, partiendo del entramado discursivo político-teológico, el proceso de significación de la categoría de revolución y la llamada “rebelión de los enanos” —así se denominó a la ruptura de quienes en los años por venir conformaron parte de Montoneros— en 1968. Campos reconstruye la trayectoria discursiva que, nacida en la renovación conciliar (1962-1965), se apropió del liberacionismo (1967-1968) y alcanzó su formulación más radical en una “teología de la violencia” que disputó la noción de violencia legítima con el cardenal A. Caggiano (1969-1971).

El tercer capítulo, “Los trabajadores en *Cristianismo y Revolución*” (pp. 89-120), se centra en el giro hermenéutico en torno a la representación de los “trabajadores”, es decir, el tránsito desde una comprensión tradicional basada en la Doctrina Social de la Iglesia hacia un clasismo peronista que, más o menos

sistemáticamente, se apoyó en el marxismo. El peronismo se configuró como una “condición necesaria”, pero no suficiente para la revolución. Por ello, la vanguardia armada se constituyó como elemento discriminante para el cambio social.

El cuarto capítulo, con el título “Reportaje a la guerrilla argentina” (pp. 121-138), analiza, a partir de entrevistas realizadas en *Cristianismo y Revolución*, a miembros de las Fuerzas Armadas Peronistas, Montoneros, Fuerzas Argentinas de Liberación y Fuerzas Armadas Revolucionarias, la relación entre lo político y lo militar. El autor no presume su incompatibilidad esencial y aporta nuevas aristas a tener en cuenta para comprender la identidad de la revista.

El quinto capítulo, “Sujeto y vanguardia en *Cristianismo y Revolución*” (pp. 139-174), se enfoca en la resignificación de los conceptos “sujeto”, “teoría” y “organización” revolucionarios teniendo en cuenta las ideas de la izquierda tradicional como “Peronismo revolucionario” de John William Cooke y “América Latina. Teoría y revolución” de Régis Debray.

En el capítulo 6, “¿Un proyecto de hegemonía alternativa?” (pp. 175-202), el autor explora tanto la configuración de la figura de Juan Domingo Perón en *Cristianismo y Revolución* como la curva discursiva que proponía una posible convivencia entre el viejo caudillo y la hegemonía alternativa revolucionaria que expresaba la revista.

Campos deconstruye las lecturas que, más o menos teleológicamente, plantean que *Cristianismo y Revolución* era un espacio “proto-Montoneros” sin tener en cuenta que allí desfilaron “grupos provenientes del integralismo, el nacionalismo

y el humanismo católico” (p. 9). Es decir, más allá de las afinidades electivas, la revista es un objeto de difícil abordaje en tanto en ella participaron miembros del movimiento obrero, del nacionalismo de izquierdas y del peronismo revolucionario. No obstante, Campos también discute con quienes consideran la revista como fruto solamente de la radicalización católica posterior al Concilio Vaticano II. El autor incorpora la compleja trama política —donde el peronismo, la izquierda nacional y la cultura política asumieron la violencia como *modus operandi*— que confluyó en la construcción de una hegemonía alternativa. En otros términos, “con el correr de los números, junto a las notas alineadas con la renovación conciliar de la Iglesia católica, creció el número de artículos sobre la guerrilla en América Latina y el peronismo en Argentina” (p. 10). Ello, en definitiva, expresó “un lento, pero sostenido proceso de secularización” en una revista cada vez menos interesada en lo religioso (p. 11).

Sin embargo, resta, a modo de tarea pendiente, incorporar las tensiones del Concilio Vaticano II que, a la par de proponer un *aggiornamento*, un *ressourcement* y un nuevo orden de autoridad en la Iglesia, fortaleció las prerrogativas de las conferencias episcopales nacionales. La apertura conciliar de Juan XXIII no implicó que en el Concilio de Pablo VI buscara una “democratización” de la Iglesia. Ahora bien, desde el anuncio del evento conciliar en 1959 se había inaugurado una diversidad de autoridades legitimadoras, es decir, Juan XXIII y sus encíclicas *Mater et magistra* (1961) y *Pacem in terris* (1963) se habían constituido como refugios “renovadores” fren-

te a una jerarquía local todavía aferrada al mito de “nación católica”. Así se abren nuevos interrogantes en torno a la comunidad católica argentina y *Cristianismo y Revolución*. ¿Qué relaciones cultivó la revista con la jerarquía “renovadora” como Devoto, Zazpe, Pironio, Angellelli y Quarracino, entre otros? ¿Cómo conceptualizó *Cristianismo y Revolución* la relación de la Iglesia local con la Iglesia universal? ¿Qué representación de la Iglesia “ideal” tenía? ¿Cómo se representó la relación entre el Estado y la Iglesia? En definitiva, el creciente proceso de secularización redundó en la desaparición de lo religioso de la escena y, por ende, algunas preguntas quedan sin repuestas.

En conclusión, el escenario característico de la década de 1970, donde los caminos del peronismo, del cristianismo y de la violencia política se entrecruzan, encuentra en los desplazamientos y las discontinuidades del pensamiento católico producto de la crisis católica a partir del Concilio Vaticano II y de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín, una clave interpretativa fundamental. La claridad conceptual, la rigurosidad en el tratamiento de las fuentes, el diálogo con otras disciplinas y la desafiante narrativa configuran a *Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60* como una referencia ineludible para cualquier estudioso del catolicismo argentino, de las organizaciones político-militares o de la cultura intelectual urbana de las décadas de 1960 y 1970.

SEBASTIAN PATTIN

(WESTFÄLISCHE WILHELMS-UNIVERSITÄT
MÜNSTER)

Aragorn Storm Miller: *Precarious Paths to Freedom. The United States, Venezuela, and the Latin American Cold War*. Albuquerque: University of New Mexico Press 2016. XXI + 278 páginas.

Since Venezuela is quite underrepresented in Latin American historiography, the book by Aragorn Storm Miller, a lecturer at the University of Texas at Austin, is very welcome. The author has written a classical diplomatic history (“international history”, XIII) about the decade 1958–1968 which examines the relationship between Venezuela and the United States of America. The chronological narrative focusses on how the U.S. helped the young democracy Venezuela to overcome both right-wing coup attempts, supported by the Dominican Republic, and left-wing guerilla activities which received military aid from Cuba. Miller interprets the Venezuelan case as a positive example of US-American foreign policy in Latin America, because the U.S. helped successfully to foster a democratic regime. By highlighting this “triumph” (X), the author aims to show the heterogeneity of the Cold War and to revise an interpretation that stresses failures and moral deficits of US-American foreign policy.

Each of the six chapters of the book deals with one to three years of the investigation period and describes the domestic and international political events in Venezuela in a Caribbean context. The study starts with the overthrow of Dictator Marcos Pérez Jiménez and the foundation of democratic Venezuela under President Rómulo Betancourt in 1958. In the previous years, the Eisenhower administration had been already engaged in the Caribbean and supported right-wing authoritarian regimes such as

the Dominican Republic under Trujillo or Cuba under Fulgencio Batista. In chapter 2 (1959–1961) Miller describes the attempts of the Dominican Republic to overturn the Betancourt administration. In 1960, the Venezuelan president escaped narrowly an attempt of assassination. During this period, Venezuela strengthened its ties to the U.S. and, temporarily, also to Cuba under Fidel Castro. Subsequently, the partnership between Kennedy and Betancourt led to an estrangement with Cuba (chapter 3), particularly because of the leftist opposition and several guerilla groups acting against Betancourt and receiving support from Cuba. Therefore, Venezuela became one of the main profiteers of the US-American aid program Alliance for Progress. Although the Alliance and the engagement in favor of democracies diminished under Johnson, Venezuela helped the U.S. to isolate Cuba in the Organization of American States (OAS), especially when authorities found Cuban arms deliveries for the guerillas on the Venezuelan coast (chapter 4). From 1966 to 1967, as we learn in chapter 5, the activities of the guerillas increased significantly under President Raúl Leoni so that the U.S. provided military assistance such as training and weapons, enabling the Venezuelan military to strike back. The last chapter ends with the election of President Rafael Caldera and the cessation of guerilla attacks. Regarding to Miller, the failure of the guerillas was due to US-American support, the fragmentation of the Eastern Bloc in 1968 and the unsuccessful export of the Cuban Revolution which became evident in 1967 when Che Guevara died in Bolivia.

Miller interprets the decade 1958–1968 as success story of US-American foreign policy in the Caribbean and high-

lights the importance of the Venezuelan case. Although Venezuelan history had been overshadowed by the US-American backup of Latin American dictatorships in the 1970s, the author concludes that Venezuela should be considered a paramount example for US-American democratization efforts. This interpretation, however, neglects other aspects such as the revenues of the oil economy, social developments or the structural weakness of guerillas in democracies.

In total, Miller's study offers valuable detail information, but it is methodically little innovative, does not consider economic or cultural history, lacks source material from Venezuelan archives and works only with a negligible bibliography. The narration is often limited to newspaper articles or political statements of important politicians which the author takes for granted. Minor inconsistencies, such as the location of Brasília in the Amazon jungle (p. 13), complete my ambiguous impression. Unfortunately, this book does not go beyond a summary of political events.

FREDERIK SCHULZE

(WESTFÄLISCHE WILHELMS-UNIVERSITÄT
MÜNSTER)

Miguel Carter (ed.): *Challenging Social Inequality. The Landless Rural Workers Movement and Agrarian Reform in Brazil*. Durham / London: Duke University Press 2015. 494 páginas.

Challenging Social Inequality provides a comprehensive and detailed survey of the Brazilian "Landless Rural Workers Movement". The collection contains fifteen

individual contributions. Divided into four parts, the various essays deal with the agrarian question, the historical struggle for land, the agricultural settlements of the rural worker movement and the role of the rural worker movement in politics and society of Brazil. The conclusion is sobering. As the editor of the volume states in his “Epilogue”: “Broken Promise: The Land Reform Debacle under the PT Governments”.

The land reform is not the only “promise” that were broken by the Brazilian labor party (PT) and his founder Lula Inácio da Silva and her successor Dilma Rousseff. The PT government wasted the time when the economy experienced a boom and when President Lula enjoyed extreme levels of popularity. Instead of pushing forward with reforms – with the agrarian land reform only one of them – the leading figures of the new Brazilian labor movement involved themselves in a maze of corruption schemes with the consequence that the party has lost most of its prestige along with the government.

In a sad twist of fate, one must state that the Brazilian landless worker movement allowed itself to be corrupted by the monetary benefits that its leaders received from the PT government. Similar to the “bolsa familia”, the Brazilian labor government tried to buy support by distributing benefits instead of promoting a factual integration of the poor into the economy. Likewise, the landless worker movement received state benefits instead of incentives to cultivate their own land. With the decline of the Partido dos Trabalhadores (PT), the Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (MST) is also falling apart. In this perspective, the various meticulously prepared contribu-

tions to the collection must be read as a history about a gigantic failure.

ANTONY P. MUELLER
(UNIVERSIDADE FEDERAL DE SERGIPE,
SÃO CRISTÓVÃO)

Carlos Iván Degregori: *Los límites del milagro, comunidad y educación en el Perú. Obras escogidas IV*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos 2013. 343 páginas.

Este libro es el cuarto volumen, resultado de la recopilación de las obras escogidas del autor, Carlos I. Degregori, como conmemoración de su largo recorrido en el campo de las ciencias sociales. De esta forma, podemos encontrar obras que abarcan tanto un periodo de tiempo extenso como también diversas formas estilísticas y aproximaciones teóricas desde diferentes escuelas de las ciencias sociales. Es así, como encontramos textos escritos desde los años setenta hasta el 2008. La selección de los textos pasa por reportajes, columnas editoriales, entrevistas, ensayos, ponencias académicas, introducciones, libros, escritos inéditos, poemas, relatos, dramas, entre otros. De igual manera, podemos leer diferentes análisis hechos desde el periodismo, la historia, la antropología y la ciencia política. La extensa recopilación resulta muy interesante precisamente por ser tan diversa, y permitir aproximaciones diferenciadas a la educación, al proceso de descentralización del Perú y a las diversas realidades de las comunidades de la Sierra de Lima.

Degregori hace un amplio análisis en torno al proceso de transformación de al-

gunas comunidades de la Sierra de Lima, como Santa Lucía de Pacaros y San Agustín-Huayopampa. La extensión de tiempo que abarca el libro permite contemplar el devenir histórico de muchas de estas comunidades ubicadas en la región del valle del Chancay. El autor analiza las transformaciones dentro de las comunidades gracias a los efectos que ha tenido la migración en las mismas y su contacto con la capital, Lima. Dicha migración está estrechamente relacionada, según el autor, con las formas económicas de producción y con la integración del país a la economía mercantilista. Este contacto con Lima, intensificado durante las últimas décadas del siglo xx y por los cambios infraestructurales, influye en una transformación de índole social y económica en el valle del Chancay, ya que Lima es el centro político y económico del Perú. También expone el problema de la tenencia y expropiación de tierras desde la colonización, situación que ha sido permitida y potencializada por la idea de progreso y la necesidad de avance económico dentro del país. Es así como Degregori analiza la dependencia económica construida históricamente de las comunidades indígenas de la sierra con el mercado capitalista del centro del Perú y la formación y división en clases sociales y económicas, que ha permitido la aparición de jerarquías socioeconómicas muy fijas y la alta dependencia mercantil de comunidades rurales. Esto, ligado también a la desaparición de una economía basada en la verticalidad propia de las comunidades de la región antes del proyecto colonizador. Interesante resulta, en este punto, el análisis que el autor hace sobre la formación de comunidades campesinas cerradas como segmentos de

la población que fueron desplazados a las periferias de las tierras de mayor productividad y que permanecieron a lo largo de la historia en el mismo espacio territorial, en un principio como reserva de mano de obra para haciendas y minas.

De forma crítica, el autor se acerca al tema de la educación, en este caso particular al de la educación rural y al rol del Estado en la implementación de la misma. Degregori critica el papel paternalista del Estado e intenta analizar por qué en esta zona rural puede hablarse de expectativas frustradas en la población con respecto a una educación que poco contemplaba las necesidades regionales y sociales de las comunidades. Es así como muestra el fracaso del Estado peruano en implementar modelos de educación en áreas rurales, ya que los mismos resultan incongruentes con las realidades sociales, culturales y económicas de la región de la sierra. En particular cobra sentido aquí la necesidad de promover una educación bilingüe en las aulas de clase como en los libros escolares. El castellano o “la castellanización”, como dice el autor, se presenta como un mandato obligatorio desde el centro político de Perú-Lima, que poco tiene que ver con las realidades dentro de las comunidades. El autor permite así observar las consecuencias sociales y económicas del proyecto colonial en la actualidad. El Estado, centralizado en Lima, intenta impartir una educación no diferenciada y enfocada a los espacios urbanos del país con la idea de “salvar” a las poblaciones rurales de la ignorancia y permitirles así entrar en la modernidad. De esta forma, olvida las necesidades específicas de la región, así como su realidad social y cultural, razo-

nes que resultan fundamentales al analizar porque estos proyectos educativos fracasan, creando cadenas de dependencia cada vez mayores. Degregori devela la interseccionalidad de etnicidad y clase en las formas de discriminación social e institucional que sufren las comunidades indígenas y rurales del Perú.

También dentro de la obra se puede percibir cómo el autor realiza una crítica al proceso de descentralización en el Perú y a la forma en la que este se ha llevado a cabo, situación debatida actualmente en diferentes campos de las ciencias sociales. Ambas perspectivas críticas permiten entender que en los procesos de promoción y extensión de la educación tanto como en el proceso de descentralización del Perú no existe un reconocimiento a la diversidad territorial y cultural de la población, lo que impide que estos avances sean sostenibles y permitan a las comunidades desarrollarse de forma autónoma y consecuente con sus realidades y cosmovisión. Es así como en el libro está muy presente la pregunta por la posibilidad de realizar un proyecto nacional en el Perú con una sociedad pluricultural y multiétnica que no se ve reconocida dentro de la implementación de los proyectos de desarrollo en el país. Sin embargo, la diversidad estilística hace difícil para el lector poder seguir el argumento del libro o el análisis en torno a los progresos educativos o de descentralización en el Perú. La repetición de anécdotas en los diferentes acápites del libro impide hacer una lectura fluida del mismo.

CAROLINA TAMAYO ROJAS
(KATHOLISCHE UNIVERSITÄT
EICHSTÄTT-INGOLSTADT)

Carlos Iván Degregori / Tamia Portugal / Gabriel Salazar / Renzo Aroni: *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria y consolidación democrática en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos 2015. 317 páginas.

Este libro se divide en tres partes, cada una subdividida en varios capítulos. Aborda la problemática del postconflicto peruano, específicamente la batalla por la memoria y su sentido en el marco de la instauración de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación en el Perú (CVR-Perú), precisamente tras la caída del régimen de Alberto Fujimori, a finales del año 2000. En general la obra brinda un panorama contextual donde la creación de la CVR, su gestión, hallazgos y particularidades y su informe final, tuvo una importancia simbólica fundamental en diversos campos como el político, el sociocultural y la producción académica. Todos estos campos tienen en común su peso y su proyección en el desenmascaramiento de la memoria oficial, selectiva y hegemónica que se había construido en el fujimorismo sobre la restricción de los derechos humanos y la supresión e interferencia en las ramas del poder público, en pos de la derrota del Partido Comunista del Perú "Sendero Luminoso" (P.C.P.-S.L). Este último construido a conveniencia en el imaginario social y mediático como causa única y final de todos los males padecidos por el Perú.

En principio, el antropólogo Carlos Iván Degregori –desde una mirada política– evalúa la creación y consolidación del informe final de la CVR y su papel en el tránsito de un Estado convulsionado a otro más reflexivo. En la segunda parte,

Tamia Portugal y Renzo Aroni, introducen las divergencias y contradicciones desde una perspectiva cultural y empírica de los procesos memorialísticos en los remotos lugares donde se dio la violencia a mayor escala. Señalan la violencia epistemológica de los agentes culturales externos, los gestores de la memoria y el gobierno en los procesos memorialísticos de las comunidades víctimas del conflicto. Por último, aunque no menos importante, Gabriel Salazar pone en el contexto de los “tiempos de la memoria” la literatura, trabajos académicos, cátedras y eventos que indagan sobre la memoria y las contradicciones entre la memoria como “deber-ser” y el negacionismo, contradicciones que aún no afloran, que aún no logran construir un campo fértil para el debate y la construcción de una corriente más sólida que se plasme en estudios y publicaciones; siendo aún la violencia política el tema más consolidado y abordado en el Perú y en las instituciones educativas, no así la memoria y menos la memoria en el presente.

Degregori enfoca su artículo en la experiencia que tuvo como integrante de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación en Perú. Discute cómo las desigualdades sociales estructurales influyeron no solo en el acceso a la justicia, a la reparación y a la verdad, sino también en el informe final de la CVR y las dificultades político-presupuestales, geográficas e idiomáticas en los procesos de recuperación memorialísticos que trascendieron a posteriori. Degregori singulariza el universo de las víctimas y su incapacidad de hacerse escuchar debido a las desigualdades estructurales que los acompañan en su diario vivir.

Otro aporte sumamente importante es el análisis que se hace del salto y la participación cualitativa de la sociedad peruana para lograr el tránsito hacia una etapa de postconflicto mediante la defensa de una verdad alternativa a la dejada por Fujimori. Dicho esfuerzo posibilitó una reconciliación parcial y la legitimación de una democracia tenue, en contraste con el ínfimo interés y participación social posterior en el reclamo por la construcción de condiciones económica, políticas y sociales que abonen un futuro menos excluyente y más igualitario como mecanismo para evitar el acrecentamiento de los focos guerrilleros remanentes o futuros brotes de insurgencia armada. En este sentido Degregori plantea que, si bien el Estado peruano ganó la guerra, no logró ni quiso ganar la postguerra, lo que otros autores como el noruego Johan Galtung llaman la ‘paz positiva’.

En la segunda parte del libro Tamia Portugal y Renzo Aroni discuten, a través de estudios de casos en los centros poblados de Yuyanapaq, Putis y Putaca, ubicados en la región de Ayacucho, la tensión existente en las diversas formas de memorialización de los hechos de violencia entre la institucionalización de los procesos memorialísticos que responden a parámetros impuestos desde Occidente, a través de ONG u organizaciones nacionales cofinanciadas con proyectos europeos, incluyendo a la misma CVR, frente a otras formas propias de recordar anteriores a esta uniformización eurocéntrica, tales como murales, espacios de violencia que se recuerdan con ofrendas florales, canciones y canticos que conmemoran hechos trágicos de la violencia acontecida en sus poblados. En el desarrollo de

sus textos se cuestiona cómo la memoria se enmarca dentro de una tradición eurocéntrica generalizada mediante los procesos de justicia transicional que subyacen en la concepción universal de los derechos humanos.

Por último, Gabriel Salazar, aborda el estado actual de los estudios de la memoria recabando el origen de los mismos, que nacen con el desarrollo del conflicto y se catapultan a finales de la década de los noventa. Estos estudios se originaron internamente por el interés de intelectuales comprometidos generalmente de izquierda y el posterior impulso externo de una corriente internacional de estudios de postconflicto y transiciones democráticas en el sur del planeta. Aunque los estudios de la memoria se han logrado posicionar por parte de agentes y procesos externos como la producción impulsada por el Social Science Research Council SSRC y el impulso de organizaciones defensoras de derechos humanos, aún no se ha generado una discusión dentro de las instituciones de educación superior y en la misma sociedad peruana sobre otras perspectivas, como, por ejemplo, las memorias de actores ausentes en las versiones oficiales y de otras voces no escuchadas o silenciadas en su momento, voces tan necesarias para cuestionar, debatir, comprender y aportar a la producción académica existente sobre el pasado violento reciente del Perú.

Para concluir, el libro hace unos aportes importantes, aportando un minucioso estudio de los actores, intereses y poderes en disputa de la verdad y la memoria hacia el futuro, enfocado a la evaluación posteriori de la concreción del derecho a la verdad como una de tantas batallas a dar por la memoria, luego del fin de la

guerra civil acontecida en el Perú entre 1980 y el año 2000.

LAURA RIVERA REVELO
(UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,
QUITO)

Roque Arregui: *Historia del Frente Amplio. 45 años en lo nacional y en Soriano*. Montevideo: Editorial Fin de Siglo 2016. 137 páginas.

El título de este libro insinúa que se trata de una obra histórica sobre el desarrollo del Frente Amplio uruguayo desde el año 1971 hasta nuestros días. Si bien este es el tema central del texto, no se trata de un trabajo historiográfico. Aunque Roque Arregui, el autor, quiere “seguir un orden más o menos cronológico” (p. 66), no aborda todos los aspectos relevantes del desarrollo histórico del Frente Amplio. Por ejemplo, se busca en vano información sobre la actividad del Frente Amplio en el exilio durante la dictadura cívico-militar (1973-1985). Prevalece entonces un cierto eclecticismo. La obra tiene por lo tanto dos enfoques: primero, la historia del Frente Amplio a nivel nacional inserto en el contexto del desarrollo político y social del país y segundo, la historia del partido en Soriano, un departamento al occidente de la República Oriental de donde es oriundo el autor del libro. Dice Arregui: “En este libro, paralelamente a la historia del Frente Amplio en los 45 años que lleva inserto en la vida del país, procuramos aportar aspectos que hacen a la historia del Frente en el departamento de Soriano. Para ello se registran aquí hechos, sucesos, acontecimientos y

procesos” (pp. 7 s.). El autor cuenta los mencionados “hechos, sucesos, acontecimientos y procesos”, tanto en lo nacional como en lo regional. Pero se queda en la descripción, no entra en un análisis profundo de las interrelaciones entre los niveles y las particularidades del desarrollo en el interior del país.

El autor brinda información muy detallada, como listados con las nóminas de candidatos a las elecciones, da información pormenorizada sobre los resultados de distintos comicios o enumera los miembros del partido y sus respectivos cargos. El libro también contiene pasajes anecdóticos –anécdotas contadas tanto por personajes clave del partido como por el mismo autor–; lo hace sin que llegue a ser una obra testimonial. Eso se refleja también en los permanentes cambios estilísticos: el autor nos habla en primera persona, pero a la vez habla de sí mismo usando la tercera persona. La obra tiene entonces un carácter híbrido: es un poco de todo, centrándose en su tema clave como es la historia del Frente Amplio, carece de un aparato crítico, de una bibliografía y no cita ninguna fuente. La única fuente de información que tiene es el mismo autor.

Roque Arregui vivió la historia del Frente Amplio en carne propia y fue uno de sus protagonistas. Nacido en Mercedes, en el Departamento de Soriano, se afilió al partido poco después de su fundación en el año 1971. Trabajó como maestro y fue destituido durante la dictadura. Desde las elecciones de 1994 es diputado frenteamplista por el Departamento de Soriano. Entre 2009 y 2010 fue presidente de la Cámara de Diputados del Uruguay. Por lo tanto, el autor conoce de

manera muy particular y personal la historia del partido desde el primer instante. Cuenta esa historia empezando por los antecedentes y la prohibición durante la dictadura (pp. 11-33). Describe la fundación del Frente en el contexto de crecientes movilizaciones sociales, estudiantiles y sindicales. Menciona cómo la situación se agudizó, cómo el nivel de conflictividad aumentó y cómo en este ámbito se unieron las fuerzas progresistas para formar un frente político unitario. Tuvo como propósito “plantear la lucha de inmediato, en todos los campos, tanto en la oposición a la actual tiranía o a quienes pretenden continuarla, como en el gobierno” (pp. 16 s.), como decía la primera declaración política del Frente Amplio. Ante la primera participación del partido en las elecciones del año 1972, Arregui menciona que se “propagandeaba de parte de la derecha que si el Frente ganaba las elecciones vendrían los tanques rusos al país, que se llevaría a los jóvenes a Cuba, que se quitarían las jubilaciones, que se expropiarían propiedades y cuanta cosa pudiese generar temor en el elector” (p. 24).

Los relatos sobre la época de la dictadura cívico-militar (pp. 37-60) se concentran sobre todo en el desenvolvimiento de la dictadura, en las violaciones a los derechos humanos, el exilio, las destituciones, la prisión política, la tortura, etc. Como ya ha sido mencionado, no enfoca en el actuar del Frente Amplio tanto en la clandestinidad dentro del país como en el exterior.

Siguen capítulos sobre los gobiernos postautoritarios: el de Julio María Sanguinetti (1985-1990, Partido Colorado) y el de Luis Alberto Lacalle (1990-1995, Partido Blanco). Estos capítulos informan sobre el rol del Frente Amplio como

fuerza de oposición y sobre el desarrollo dentro del partido (pp. 63-83). En los capítulos siguientes el autor, diputado a partir del año 1994, expone con más detalle las iniciativas parlamentarias del Frente Amplio y, sobre todo, sus propias exposiciones y pedidos de informe en el poder legislativo (pp. 89 ss.).

Arregui escribe refiriéndose a la victoria electoral del Frente Amplio en el año 2004: “Fueron los resultados que cambiaron la historia del país. La emoción fue incontenible: la lucha, el sacrificio y la entrega de los frenteamplistas se veían coronados por el triunfo. Los jóvenes frentistas que elección tras elección vertían lágrimas de dolor tras los resultados adversos, las cambiaron ahora por lágrimas de alegría. Los adultos y veteranos, fogueados en duras luchas políticas, se abrazaban y vivían la alegría colectiva” (p. 101). Resumiendo los logros del primer gobierno frenteamplista escribe el autor: “Tener que comprimir en unos pocos párrafos los logros de este gobierno necesariamente obliga a priorizar algunos y a dejar afuera la mayoría de los más de mil logros” (p. 107). Este último capítulo sobre la gestión de los gobiernos a partir de 2005 ofrece otra vez miradas al quehacer político desde uno de los protagonistas. Termina el libro con acontecimientos del año 2015 como la entrega de *tablets* a los jubilados y la ley que establece una tasa de cero alcohol para los conductores, a nivel nacional y un acto conmemorativo en la ciudad de Mercedes en honor a las víctimas de la dictadura, a nivel regional. No se incluyen ni conclusiones ni perspectivas para el futuro.

En resumen, es un librito sui generis, que presenta la visión partidaria-militan-

te de un protagonista del movimiento frenteamplista de primera hora. Resuelta interesante la combinación de la perspectiva nacional con la del interior del país, aunque al carecer de un análisis más profundo no convence en su totalidad. No obstante, puede contribuir a un mejor entendimiento del desarrollo histórico del Frente Amplio uruguayo.

VEIT STRASSNER
(MAINZ)

Alejandro Toledo: *The Shared Society. A Vision for the Global Future of Latin America.* Stanford: Redwood Press 2015. 284 páginas.

In *The Shared Society*, Alejandro Toledo, who was President of Peru from 2001 to 2006, tries to outline a blueprint for “the global future” of Latin America. Toledo sees “historic opportunities” for his region to achieve “a shared society” of overall social inclusion of those groups that have been historically marginalized. For this purpose, the author regards as essential to combine “growth and equity” and enhance the “quality” of democracy (pp. 71). Embracing sustainable development requires eradicating poverty step in step with reducing inequality. Toledo’s vision says that such an “inclusive society” (pp. 157) would prepare Latin America for the new global age. Toledo’s manifest has received much applause from prominent sides, including from the former Brazilian President Fernando Henrique Cardoso.

Nevertheless, Toledo’s agenda lacks a deeper understanding of how growth and development is brought about. As has

been the case with the so-called “Consensus of Washington”, good governance is not enough to bring about economic progress. Likewise, income redistribution that neglects economic growth tends to fail, as it has been the case with the “bolsa familia” in Brazil, for example.

Toledo addresses many important points and most of these are indeed essential in order to obtain economic progress. In the end, however, Alejandro Toledo misses to face the real challenge of economic development: that there is no magic formula and that economic development is not a matter of years or of only a few decades. In order for a region to develop, nice plans and good intentions are not enough. What is required are generations of dedication to such a project. Finally, Toledo’s arguments would deserve more credit if he weren’t involved into a mayor corruption scandal because of alleged bribes paid for steering public contracts.

ANTONY P. MUELLER
(UNIVERSIDADE FEDERAL DE SERGIPE)

Edward S. Casey y Mary Watkins: *Up Against the Wall: Re-Imagining the U.S.-Mexico Border*. Austin: University of Texas Press 2014 (Louann Atkins Temple Women & Culture Series 35). 288 páginas.

At times when flows of migration, especially forced migration, and the question of how to deal with groups of migrants have become such pressing concerns, a study of the conditions on and around the U.S.-Mexican border comes precisely

at the right moment in time. This border has been particularly contested as it has been used to wall off the United States and the so-called global North against the desire of poor Mexicans to make a better living up North. The notably large Mexican presence in the American Southwest makes it easy to see that close family relations have always existed across that border. The conflict across this border is old, and has shaped the relations between both countries to this day.

Up Against the Wall: Re-Imagining the U.S.-Mexico Border is co-authored by the philosopher Edward Casey who has been vital in establishing the scholarly field known as the philosophy of place, and Mary Watkins, a sociologist who has lived and work in the border region for many years. Together they have visited various border locations over the years, which is reflected in the book’s individual chapters as most of them tackle one particular place on the border, or close to it, at a certain point in time. Place indeed seems to be the salient category underlying the Casey and Watkins’s project. The book by and large consists of studies of different places, on both sides of the border fence, which are well chosen and insightfully described. After a jointly written introduction, detailing the personal motifs and conditions of this project, part one of the book is written by Casey, part two by Watkins. Casey starts off his discussion by a differentiation between the conflicting terms border and boundary, both seen as two major forms of an edge. Whereas the border, to him, figures as a “rigid and unyielding” construct, the boundary is conceived as more open and “permeable” (p. 5). The chapters written by Casey also

offer a helpful survey of the best known studies on “la frontera”, the U.S.-Mexico border, as, for instance, Gloria Anzaldúa’s landmark concept of the “borderland” (p. 19-21) and several others.

In a perhaps surprising, but largely convincing move, the authors do not remain right at the border or the closer border territories, as one would expect. On the contrary, they venture out and look at border conditions in other places in the larger area of the Southwest, describing how the border affects lives and shapes living conditions far away from the actual geographical borderland. They focus on the literal but also of the concomitant metaphorical walls in their analyses, and they can corroborate that the injustices and often tragic consequences of the border do not stop at the border patrol, but are carried far into the countries involved. An extended case study, for example, discusses Santa Barbara in terms of the city’s development into an internal colony following the U.S. conquest of Mexican land. Hence, the book at hand is a contribution to area studies in its emphasis on the region as a sphere of influence and shared history, rather than on the political borderlines of the nation.

The most interesting section of the book is perhaps its encompassing collection of the impressive variety of works of art and the surprising range of different artistic practices that have come to mark the border territories (the book offers a photo spread, partly in color). Artistic work is shown as a workable and fruitful approach to oppose the limitations and shortcomings of the borderline, unveiling it more in terms of a boundary. And yet, notwithstanding the power and

undeniable benefits of artistic practice for dealing with complex, and deplorable socio-political situations, the insistence on, even celebration of a proud range of art works situated on the border and dealing with the border problematics may sound glib to those suffering at and from the border in their daily lives and most basic needs. And yet, the book’s impressive collection of artistic communal practices is a strong proof of the power of the imagination in envisioning alternatives to policed divisions and in overcoming rigid and exclusionary border politics; in other words, the focus of Casey and Watkins’s joint project is on places and practices of resistance, thus finally corroborating the simple futility of erecting a wall to wall people off.

KERSTIN SCHMIDT
(KATHOLISCHE UNIVERSITÄT
EICHSTÄTT-INGOLSTADT)